
El Heredero
RECHAZADO DEL
PRESIDENTE
TRILOGÍA - ROMANCES PROHIBIDOS LIBRO 1
JÉSSICA DRIELY

El Heredero RECHAZADO del PRESIDENTE

TRILOGÍA - ROMANCES PROHIBIDOS LIBRO 1

JÉSSICA DRIELY

EL HEREDERO RECHAZADO DEL PRESIDENTE © 2024 —

JÉSSICA DRIELY

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico —incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta obra es de ficción.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

¡EL PLAGIO ES UN DELITO!

Prohibida la copia, reproducción o distribución de esta obra sin autorización.

Revisión: Sonia Carvalho

Diseño de portada: T. Tenorio

Maquetación: Jéssica Driely

Imágenes: Freepik y Canva

Ilustración: Carlos Miguel Artes

Traducción: Gustavo Henrique

Sigue a la autora en redes sociales:

Grupo de WhatsApp:

https://chat.whatsapp.com/DQrm5Wj2NABCQoj2asdjl1

Instagram: @jessdrielyautora -

https://www.instagram.com/jessdrielyautora/

NOTA DEL AUTOR

¡Hola, amores!

Me hace muy feliz teneros aquí. En este libro vais a conocer la historia de Maya y Maxwell: un romance prohibido que adoré escribir y que tocó profundamente mi corazón. Espero que os involucréis con la trama tanto como yo me involucré.

Quiero destacar que esta es mi primera traducción y, si encontráis algún error, estaré muy agradecida si me lo podéis comunicar al correo que dejaré justo abajo.

jessdrielymkt@gmail.com

Os agradezco de todo corazón estar aquí.

¡Disfrutad de la lectura!

AVISO:
Este libro puede contener temas sensibles, incluyendo violencia física, psicológica y menciones de agresión sexual.

SINOPSIS

Romance prohibido entre el presidente y la mejor amiga de su hija · Diferencia de edad · Atracción fulminante · Embarazo inesperado · Rechazo.

Maxwell Monroe está a punto de convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos. Un hombre decidido, centrado exclusivamente en su carrera política. Criado para desempeñar ese papel a la perfección, jamás imaginó que la pérdida de alguien a quien amaba lo llevaría a cerrarse por completo al mundo.

Maya Sanders es una joven estudiante solitaria cuya vida cobra un nuevo sentido al conocer a su mejor amiga en la universidad. Lo que **nunca esperó fue que el padre de su nueva amiga fuera el hombre capaz de despertar en ella un deseo tan intenso como prohibido.**

Max intenta resistirse a la tentación de involucrarse con la mejor amiga de su hija, pero el deseo acaba imponiéndose. Se entregan a esa pasión inesperada y, cuando Max

se da cuenta de que está volviendo a enamorarse, algo ocurre y **termina rechazando a Maya.**

Herida y sintiéndose aún más sola, Maya decide desaparecer, solo para descubrir que está embarazada. Pero el mundo de la política es peligroso, y **cuando se convierte en el objetivo de uno de los enemigos del nuevo presidente, comprende que alejarse de él quizá haya sido el mayor error de su vida.** Ahora, hay vidas en juego, y tanto Maya como Max tendrán que enfrentarse a las consecuencias de sus decisiones.

+18

Para Cristian Dállat y Alcione Lopes,

puede que él sea un hombre de poder,

pero tiene esa forma de domarte como solo un tejano sabe hacerlo…

Venid a ~~montaros~~ en el presidente…

digo, a votar por el presidente.

Para quienes desean a un hombre poderoso,

pero irresistiblemente prohibido…

venid a perderos en ese error que,

en el fondo, es el mejor acierto posible.

"Desde que te fuiste, estoy perdido, sin rumbo.

Te sueño por las noches y solo puedo ver tu rostro.

Miro a mi alrededor, pero eres tú a quien no puedo reemplazar.

Siento tanto frío y anhelo tu abrazo."

Every Breath You Take - The Police

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Ven a escuchar la playlist del libro haciendo clic en el enlace desde tu móvil o escaneando el código QR.



Enlace: *https://open.spotify.com/playlist/63fb8LdQFYcxV58dKR69i1?si=0709f37db6014e08*

RESUMEN

NOTA DEL AUTOR
SINOPSIS
LISTA DE REPRODUCCIÓN
RESUMEN
PRÓLOGO
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
EPÍLOGO
ESCENA EXTRA



PRÓLOGO



Maxwell Monroe

Ocho meses antes

Mi mirada recorrió a todos los presentes, y tal vez debería haberme sentido como el rey del mundo en ese momento, ya que era el centro de atención de todos los que estaban allí. Saludé con un leve gesto a algunas personas, pero evité alargarme demasiado, porque no quería entrar en temas de política ese día.

Era el vigésimo cumpleaños de Ruby, y solo ella merecía mi atención en ese instante. Mi hija estaba preciosa, y parecía divertirse, como hacía tiempo que no la veía... desde que su madre falleció. Bebí un sorbo de whisky e intenté apartar esos pensamientos de mi mente.

Ese también era un asunto que evitaba recordar, porque ya no había lugar para el dolor en mi vida; la política había ocupado todo mi mundo desde que lo que más amaba dejó de estar presente: mi esposa. Claro que fue ella también, quizás, quien me alejó de Estela, pero aquella fue la única forma que encontré de sobrevivir, lanzarme de lleno al trabajo.

Seguí observando a la gente en la fiesta, hasta que una adolescente distraída chocó conmigo, haciendo que el líquido ámbar se derramara sobre mi mano, e incluso manchara los pantalones de mi traje. Apreté la mandíbula y dejé que mis ojos se cruzaran con los de la chica que acababa de chocar conmigo.

Claro que tenía que ser ella… la chica que llevaba atormentando mi vida desde la primera vez que la vi: Maya Sanders.

—Disculpe, señor Monroe — dijo, con esos ojos suyos tan perspicaces clavados en mí.

—Mire por dónde camina, señorita Sanders.

Las comisuras de sus labios se alzaron ligeramente y asintió.

—Por supuesto, *señor presidente*. — Pude oír la ironía en su voz.

—Aún no soy presidente, señorita — susurré, sin apartar la mirada de la amiga de mi hija.

—En mi corazón ya lo es — replicó.

—Vaya a disfrutar del cumpleaños de Ruby y deje de provocarme.

Me saludó con un gesto, no sin antes lanzarme una descarada guiñada, y luego se dio la vuelta, caminando hacia mi hija.

Maya Sanders desde que apareció en mi vida, la estaba convirtiendo en un auténtico infierno. Nunca olvidaré el día en que me dijo que me quería entre sus piernas.

¡Chica insolente!

Lo que más deseaba era alejarla de Ruby, pero lo peor era que mi hija adoraba a esa chica problemática y yo no quería hacerla sufrir.

Sin embargo, el problema era que la chica de pelo corto y ojos azules, cada vez que me encontraba, parecía empeñada en causarme trastornos…

Un trastorno que no quería… no después de haberlo perdido todo… y no con ella, tan joven y *mejor amiga de mi hija.*

Esa chica era un huracán… un huracán que necesitaba evitar.

Y lo haría...

CAPÍTULO 01



Maya Sanders

Días actuales

Respiré hondo e intenté controlar los latidos acelerados de mi corazón, que golpeaban con fuerza a causa del miedo. Sabía que mi padre había llegado a casa, porque ya había escuchado cómo se rompía algún objeto de vidrio en el salón.

Odiaba tener que venir allí cada semana; prefería quedarme en la residencia de la universidad. Pero, aunque ese hombre ya no se preocupara por mí, yo aún lo amaba, simplemente por el hecho

de ser mi padre. El hombre que, en mi infancia, fue mi héroe, pero que, tras la traición de mi madre, se transformó en un verdugo completamente distinto del que yo había conocido.

Volví a respirar hondo, metí unas cuantas prendas más en la mochila que había traído y salí de mi habitación. Antes de que todo se viniera abajo en mi vida, pensaba que éramos la típica familia perfecta: una madre cariñosa, un padre aún mejor, y yo, una hija ejemplar que solo quería ser su orgullo. Pero a los trece años comenzaron las peleas constantes, y a los quince, llegué a casa justo cuando mi madre se iba con otro hombre.

Sus palabras aún rondan por mi mente de vez en cuando, dejándome claro que, en realidad, nunca me había querido. Solo fingía muy bien.

—No eres más que un estorbo en mi vida. Una destructora de sueños. Un ser que nunca debió haber venido al mundo.

Negué con la cabeza y me dirigí al salón del pequeño apartamento que un día llamé hogar, pero en el que hoy me sentía una intrusa en medio de aquel caos.

Encontré a mi padre desplomado en su butaca favorita, una botella de cerveza tirada en el suelo y otra rota sobre la alfombra, donde la cerveza ya empapaba todo el tejido.

—¿Papá? — lo llamé en voz baja.

El hombre se irguió un poco y enseguida clavó los ojos en los míos. Tan distinto a mí… yo era el vivo retrato de mi madre, con mi cabello claro y mis ojos azules.

—¿Qué haces aquí, puta de mierda? — Sentí el estómago revolverse al escuchar cómo me había llamado.

Aun así, intenté ignorarlo. Lo amaba. Era mi padre. El mundo nos enseñaba, a nosotros, los hijos, que, aunque los padres fueran los peores del mundo, debíamos respetarlos. Claro que, en más de un momento, lo único que deseaba era mandar ese tipo de juicio a tomar por culo. Porque un hombre que llama puta a su propia hija no merece ni un gramo de mi respeto. Pero yo era tonta… muy tonta… Y aún me preocupaba por su salud.

Contuve las lágrimas, tragué ese nudo que se había formado en mi garganta y susurré:

—He venido a recoger algo de ropa para llevar a la universidad y a ver cómo estaba usted.

—No necesito que una desgraciada como tú venga a preocuparse por mí. Ya te dije que no aparezcas por aquí cuando yo esté en casa, Lárgate, zorra.

Esta vez, una lágrima se deslizó por mi mejilla, y asentí, sin poder hacer mucho más que obedecer. Eché un último vistazo al hombre de pelo canoso y barba descuidada antes de salir al pasillo del pequeño edificio, situado en una zona no muy buena de Amarillo.

Mi padre me culpaba por la huida de mi madre. Según él, el hecho de no haberla detenido cuando se fue con su amante solo demostraba que yo quería verlo destruido y que era igual a ella. En aquel entonces, me echó de casa. Por suerte, mi abuela paterna aún vivía, así que tuve un techo bajo el que dormir mientras me enfocaba en conseguir una beca en la universidad de Amarillo. Y cuando la obtuve, a los dieciocho años, fue una victoria. La mejor cosa que me había pasado en mucho tiempo.

Sin embargo, mi abuela había fallecido hacía cinco meses. Por suerte, al morir, me dejó sus ahorros en un testamento, y gracias a

eso tenía algo de dinero para sobrevivir hasta terminar la universidad, sin necesidad de encontrar un trabajo de inmediato. Pero como su casa había sido puesta en venta, tuve que llevar mis cosas de nuevo al piso de mi padre. Él no lo aceptó muy bien, aunque dijo que podía ir allí, siempre y cuando no estuviera en casa.

Yo estaba cumpliendo con lo que me había propuesto, pero ese día quería saber cómo estaba. En cada visita semanal, siempre le dejaba una nota en la mesita del salón. Y aunque nunca contestaba, al volver la semana siguiente, la nota ya no estaba allí. Sin palabras, sin respuesta, pero era su manera de decirme que seguía vivo. Y yo aceptaba esa migaja.

Siempre aceptaba ser humillada por la familia que debería amarme.

Saqué el móvil del bolsillo de mi sudadera y marqué el número de la única persona buena que había llegado a mi vida.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Ruby en cuanto contestó, al segundo tono.

Sabía que ese día iba a casa de mi padre, así que seguramente ya se imaginaba que algo había salido mal.

—Perdona por molestarte — murmuré con la voz quebrada.

—No digas eso, nunca me molestas. ¿Qué necesitas? ¿Tu padre te ha hecho algo?

Aunque las lágrimas ya resbalaban por mis mejillas, sonreí, porque amaba a esa chica. Había conocido a Ruby hacía dos años, cuando entré en la universidad, y por increíble que parezca, coincidimos en el mismo grupo de Derecho. Desde que la vi, sentí una conexión tan fuerte que no pude evitar hacerme su amiga. Nunca había sido buena para hacer amistades, pero con ella todo fue fácil, y ahora, haría lo que fuera por no perderla. Ella era mi refugio.

—No me ha hecho nada... solo me ha ofendido con sus palabras.

—No entiendo por qué sigues intentando acercarte a él.

Suspiré profundamente, porque tenía razón.

—¿Puedo dormir en tu casa? La residencia de la facultad ya debe estar cerrada.

—Claro que sí, voy a pedirle a un chófer que te recoja, ¿vale?

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, eres mi hermana.

Colgó la llamada, y por un momento me sentí querida por alguien. Aunque, en el fondo, sabía que era la peor amiga del mundo, porque deseaba al padre de Ruby con la misma intensidad con la que deseaba ser feliz algún día.

Maxwell Monroe fue el primer hombre que vi en la vida y que me hizo quererlo solo para mí. Cuando conocí a Ruby, no tenía ni idea de que era hija de un político. Siempre fue muy discreta, pero cuando me llevó por primera vez a su casa y me presentó a su padre, mi mundo se puso patas arriba.

En cuanto puse los ojos en Max, supe que tenía que ser mío, aunque solo fuera una vez. Y aunque le lanzara miradas, o incluso soltara algún que otro comentario subido de tono, él jamás me dio la más mínima señal… Ese hombre frío no se interesaba por crías como yo. Pero yo lo deseaba. Se había convertido en una obsesión, aunque jamás lo hubiera probado.

Dos años así… dos años deseando a un hombre prohibido…

dos años intentando seducir al padre de mi mejor amiga…

dos años sabiendo que no iba a conseguir nada, pero, aun así, sin poder dejar de intentarlo.

Ruby nunca me perdonaría, pero era más fuerte que yo. No podía resistirme cuando estaba cerca de Max. Lo deseaba y solo dejaría de intentarlo cuando cumpliera el único deseo que me ardía por dentro: Tener a Maxwell, el futuro presidente de los Estados Unidos, entre mis piernas.

CAPÍTULO 02



Maxwell Monroe

Estaba sentado en la cabecera de la larga mesa de madera maciza, en el centro de la sala de reuniones de mi despacho. Una de mis manos reposaba sobre mi barbilla, mientras observaba a mis asesores debatir algunas estrategias para mi próximo debate político.

Varios estrategas iban aportando ideas, mientras Avery, mi secretaria, tomaba nota de todo lo que se decía. Era muy profesional, y cuando mi tío insistió en que le diera un empleo, no

dudé ni un segundo en aceptar. Después de todo, si Liam Jameson confiaba en esa mujer, yo también lo haría. Le debía la vida a mi tío, y aunque no teníamos mucho contacto, siempre cuidó de mí desde lejos, y con la ayuda de mi difunto padre, trazó el camino que me llevó a esta carrera por la que doy todo de mí y más.

La política era la sangre que corría por mis venas, era lo que me hacía seguir adelante, incluso después de haber perdido al gran amor de mi vida hace cinco años. Un amor que me destrozó y cuyo dolor me hizo concentrarme aún más en mi objetivo: la Casa Blanca de los Estados Unidos.

Dejé que mis ojos buscaran algún punto donde enfocar mi atención, algo que no fueran esas personas. Y al fijarme en las grandes ventanas, pude notar el cielo tejano teñido de naranja por la puesta de sol. Está bien. Tal vez solo quería un poco de paz en medio del caos en que se había convertido la carrera presidencial, pero ese era mi sueño. Y iba a cumplirlo.

Avery carraspeó discretamente, y supe que me estaba llamando de vuelta a la reunión. Con una mirada rápida de agradecimiento, volví a centrarme en las personas sentadas alrededor de la mesa.

Mi director de campaña, Alfred Díaz, un hombre de mediana edad, de cabello canoso y mirada siempre decidida, estaba terminando de exponer los desafíos que enfrentaríamos en los próximos meses.

Los escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando, pero mi mente trabajaba a toda velocidad. No se trataba solo de construir una plataforma política, sino de forjar una visión capaz de unir a las personas en un país profundamente polarizado. Y lograr que esas mismas personas depositaran en mí todo su apoyo.

Cuando llegó mi turno de hablar, carraspeé suavemente y dejé que mi mirada recorriera los rostros frente a mí.

—Estoy de acuerdo con todos los puntos que se han discutido, pero quiero recordaros algo que, creo, estáis dejando de lado: la imagen que pretendo proyectar a los votantes. No se trata solo de ganar esta elección. Se trata de redefinir lo que significa liderar este país. Quiero que cada uno de vosotros imagine el impacto que podemos generar, no solo en Texas, que es un estado clave, sino en cada rincón de Estados Unidos. Así que eso es lo que quiero, quiero que me presentéis de esa manera, porque quiero ser la diferencia. Y

quiero que sepan que yo soy la diferencia. No quiero ser uno más del montón.

Pude ver cómo Avery esbozaba una sonrisita triunfal y volvía a anotar algo en su agenda. La mayoría asintió con la cabeza, aunque sabía que algunos seguían siendo escépticos respecto a mi forma de pensar.

Sobre todo, ahora que ya había empezado a tomar decisiones que no les gustaban. Pero si querían que liderara este país, tendría que ser a mi manera. No iba a convertirme en uno de esos políticos mediocres que prometen y prometen… y luego no cumplen nada. Toda mi vida política se había construido sobre esa base. Y si hoy estaba compitiendo por la presidencia, era porque sabía perfectamente lo que hacía. Y no iba a ser la maldita opinión de un asesor la que cambiara eso.

Permanecimos reunidos un rato más. El sol ya se había puesto cuando terminamos. Todos abandonaron la sala. Avery fue la última a la que despedí, y finalmente me quedé solo en medio de aquella sala silenciosa. Cerré los ojos un momento para liberar tensión, y por fin me levanté de la silla.

Abroché el botón de mi chaqueta, y salí de la sala de reuniones, donde uno de mis escoltas ya me estaba esperando.

Caminamos en silencio hasta la SUV que me aguardaba, y al subir al coche, sentí cómo el peso del día se deslizaba de mis hombros. Me iría a casa. A ese lugar donde aún podía ser simplemente un hombre normal, sin la carga de ganar una elección. Y tal vez, si Ruby quería, hasta veríamos una película.

Mi hija acababa de cumplir veinte años, pero no pude hacer ningún viaje con ella porque, por desgracia, estaba completamente absorbido por la carrera presidencial. Por suerte, mi niña entendía cómo era mi vida y nunca me reclamaba nada. Al fin y al cabo, yo intentaba ser un buen padre, y creo que estaba logrando cumplir con mi papel.

En cuanto mi coche cruzó los portones de la mansión, aflojé el nudo de la corbata en mi cuello. El conductor detuvo el vehículo frente a la casa justo en el momento en que una de las SUV que estaban a disposición de Ruby se detuvo junto a la nuestra. Un escolta abrió mi puerta, y mientras salía del coche soltando las mancuernas de mis puños, la vi…

Esa pequeña chica que, a pesar de su tamaño diminuto, conseguía ser un huracán capaz de sacarme de quicio. Apenas Maya bajó del coche y me vio, noté que sus ojos estaban enrojecidos, pero incluso después de haber llorado, aún recorrió mi cuerpo con la mirada, haciéndome sentir como un trozo de carne que deseaba devorar.

¡Maldita sea!

Un hombre de cuarenta años, completamente desarmado por la simple mirada de una chica de veinte, incapaz de moverse o reaccionar. ¡Qué patético era!

—Buenas noches, señor Monroe — murmuró Maya, con esa voz melosa que usaba cuando estábamos lejos de Ruby.

Por suerte, justo en ese momento, mi hija salió por la puerta principal.

—¡Ay, llegaron mis dos amores! — dijo Ruby en cuanto salió de casa y corrió hacia mí.

La abracé en cuanto se lanzó a mis brazos y deposité un beso en la parte superior de su cabeza.

—¿Cómo estás, mi amor?

—Bien, papá.

Le acaricié la mejilla y fijé la mirada en sus ojos, tan parecidos a los míos. Pero tenía tanto de su madre… Que dolía mirarla, porque solo veía a Estela en sus facciones. Preferí dejar de pensar en eso, antes de ponerme melancólico.

Ruby se apartó de mí después de darme un beso en la mejilla, y se volvió hacia su amiga, esa misma de la que yo deseaba que se alejara.

Sería mejor para todos. Yo dejaría de sentirme perseguido dentro de mi propia casa, y mi hija no sufriría la mala influencia de esa chica que se me echaba encima a mí, un hombre con edad de ser su padre.

—¿Cómo estás? — preguntó Ruby a su amiga, y vi cómo Maya asentía, como si quisiera dejar de lado lo que estuvieran ocultando.

—Bien… gracias por acogerme.

Maya abrazó a mi hija y, al apoyar la cabeza en su hombro, sus ojos se clavaron en los míos. Aparté la mirada y le pregunté a mi

hija:

—¿La cena ya está lista, Ruby?

—Lex acaba de avisar que en unos diez minutos pondrá la mesa, papá.

—Perfecto. Voy a darme una ducha.

Me alejé de las dos porque ya no quería seguir siendo el centro de atención de Maya, y entré en la casa, dispuesto a hacer exactamente lo que había dicho.

Al salir de la ducha, me puse ropa más informal de lo habitual: un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Salí del dormitorio y me dirigí hacia el comedor. Al acercarme, escuché la voz de Maya, y me detuve un instante, atento a lo que estaban hablando.

—Solo me dijo que no me presentara allí cuando él esté en casa.

—Amiga, te entiendo, pero no puedes humillarte por amor.

¿Así que tenía novio o algo parecido y aun así se ofrecía a mí?

Negué con la cabeza, deseando poder pedirle a esa chica que se marchara de mi casa. Pero no quería herir a Ruby. Ella no merecía sufrir otra pérdida.

Entré finalmente en el comedor, y las chicas cortaron el tema de inmediato. Noté que el cabello de Maya estaba mojado. Probablemente también se había duchado igual que yo.

—Bueno, ¡vamos a cenar! — anuncié, sin mirar más de una vez en dirección a la amiga de mi hija.

—Lex ha dicho que hoy prefería irse a casa a cenar con su marido.

Lex era la cocinera de mi casa desde que Ruby era apenas un bebé, cuando Estela falleció. Esa mujer fue mi pilar para poder criar a una adolescente de quince años.

—Está bien, entonces.

Me senté en la cabecera de la mesa y empecé a servirme, mientras las chicas hacían lo mismo.

—¿Cómo ha ido tu día, papá? — preguntó Ruby.

—Un poco agotador, pero nada que no pueda manejar.

—Debe de ser muy estresante presentarse como candidato a la presidencia, ¿verdad, señor Monroe? — preguntó Maya, sentada junto a Ruby.

Permití que mis ojos se encontraran con los suyos por un instante, y su expresión inocente dirigida hacia mí no me engañaba en lo más mínimo.

—Lo es un poco, sí, señorita Sanders. Pero como he dicho, puedo manejarlo y estoy esperanzado con ganar las elecciones.

Ese pequeño huracán se mordió el labio inferior de forma discreta, y aproveché para volver mi atención al plato.

—Ya tiene mi voto, señor.

Ruby soltó una carcajada y la miré.

—¿Qué pasa, papá? Por lo menos ya tienes una votante más.

Solté un suspiro y volví a cenar en silencio. Era lo mejor que podía hacer. Después de un rato, empecé a preguntarle a Ruby por cosas más ligeras: cómo le habían ido las clases, y ella no tardó en incluir a Maya en cada detalle, incluyendo que se quedaría a dormir allí, porque la residencia de la universidad ya había cerrado.

Como si yo no lo supiera. Maya, un día entre semana, siempre dormía allí, para mi total desgracia. Sin embargo, fue lo que Ruby dijo después lo que me hizo quedarme helado.

—Papá, estaba pensando… Si cuando ganes las elecciones nos vamos a Washington, ¿podríamos llevarnos a Maya con nosotros?

Me quedé con el tenedor a medio camino de la boca. Fruncí el ceño y miré a la amiga de mi hija, notando que estaba tan sorprendida como yo con la pregunta.

—Si quiere venir de visita algún día, y tú quieres recibirla en casa, puede ser, Ruby.

Mi hija puso los ojos en blanco.

—No, papá. No me has entendido. Quiero que Maya venga a vivir con nosotros.

Dejé el tenedor sobre el plato y centré toda mi atención en Ruby.

Mi hija tenía que estar siendo influenciada por esa chica. No era posible que dijera algo así en serio.

—Por supuesto que no. La señorita Sanders tiene su vida aquí en Amarillo. No me la voy a llevar conmigo. — Volví la mirada hacia Maya, y en ese instante, se me fue el hambre por completo. — Y si tú estás metiéndole ideas como esa en la cabeza, será mejor que lo dejes. Yo solo tengo responsabilidad con mi hija. No voy a llevarte a la Casa Blanca. Ni siquiera eres parte de la familia.

Maya tragó saliva en seco, y Ruby no tardó en intervenir:

—Papá, ella no ha dicho nada...

—Entonces deja de decir tonterías como esa — levanté la voz, empujé la silla hacia atrás y salí del comedor.

Siempre que Maya Sanders estaba en mi casa, pasaba alguna maldita cosa.

Esa chica sabía cómo sacarme de mis casillas… de una forma u otra.

Tenía que sacarla de mi vida cuanto antes… antes de perder, de verdad, el maldito control.

CAPÍTULO 03



Maya Sanders

Miré a Ruby sin poder creer lo que acababa de decir.

—Perdón — susurró en cuanto se cruzó con mi mirada —. No pensé que mi padre reaccionaría así.

—¡Dios mío, Ruby! Ahora debe de pensar que soy una aprovechada, que me acerqué a ti solo para intentar sacaros algo.

Mi amiga negó con la cabeza.

—No lo había visto desde ese lado, amiga. Solo pensaba en que no podría vivir en Washington si tú estuvieras lejos de mí.

Mi corazón se encogió un poco al oír sus palabras. Porque si Max realmente ganaba las elecciones, se irían de Texas y yo tampoco me imaginaba lejos de Ruby. Pero mudarme con ella no resolvería nada.

—Lo sé, amiga. Pero no puedo irme a vivir contigo. Aunque tu padre haya sido un borde con sus palabras, tiene razón. Somos jóvenes, sabemos movernos por internet, vamos a estar bien. Yo iré a visitarte, tú vendrás a verme, y todo seguirá igual. Solo estaremos un poquito más lejos la una de la otra.

Ruby suspiró y me abrazó fuerte.

—¿Lo prometes? — preguntó, apretándome con más fuerza.

—¡Con toda mi vida!

Después de aquello, subimos al cuarto de Ruby. Siempre que dormía en su casa, compartíamos su habitación. Al fin y al cabo, su cama era tan grande que ni entre cuatro llenaríamos ese colchón entero.

Nos quedamos charlando hasta que el sueño nos venció, pero no sé qué fue lo que me despertó. Lo que sí sé es que, al abrir los ojos, aún no había amanecido. Miré el reloj de la mesilla de noche, eran las dos de la madrugada.

Me incorporé en la cama y vi que mi amiga dormía profundamente. Miré hacia la mesita cerca de la ventana, donde Ruby dejaba siempre una jarra de agua por la noche, y vi que estaba vacía. Tenía sed, y como no sabía por qué me había despertado, decidí ir a por un vaso de agua y llenar la jarra por si volvía a necesitarla.

Salí del cuarto descalza, con la jarra en la mano. Bajé las escaleras notando lo silenciosa que estaba la casa. Fuera, el cielo estrellado acompañaba a la luna, que iluminaba las zonas sin luces encendidas.

Me dirigí a la cocina, algo distraída, y no me di cuenta de que no estaba sola. Justo cuando Max salió de allí, llevando aún la misma ropa de la cena, me sobresalté. Solté un pequeño grito y la jarra casi se me escapa de las manos, pero por suerte conseguí sujetarla, si no, habría acabado hecha pedazos en el suelo.

Llevé la mano al pecho, sintiendo el corazón golpear con fuerza dentro de mí, mientras intentaba regular mi respiración, que se había vuelto agitada de repente.

—Perdón — susurré muy bajito —. No vi que estuviera aquí.

Max cruzó los brazos, y con ese gesto los músculos se le marcaron de forma descarada, y yo intenté no recorrerlo con la mirada, pero joder... Así de informal, era un pecado para los ojos. Un pecado que yo moría por cometer.

—O tal vez sí lo viste. Conociéndote como te conozco, no me sorprendería nada que me estuvieras siguiendo — gruñó, con esa voz grave que me erizaba la piel.

—Se equivoca. De verdad no sabía que estaba aquí.

No pasó desapercibido cómo Max dejó que sus ojos descendieran por mi cuerpo, fijándose en mi pijama diminuto. Vale, puede que me hubiera equivocado al elegir ropa tan ligera estando fuera de mi residencia, pero la manera en que me miró, hambriento, despertó en mí una sensación de triunfo inexplicable.

—Evita andar así por la casa cuando estés aquí. Suele haber gente por todas partes, y no sé hasta qué punto son

bienintencionados.

Cómo me gustaría poder controlar mi lengua cuando estoy cerca de ese hombre, pero él saca un lado mío que ni yo misma reconozco.

—¿Y usted es uno de esos hombres con malas intenciones, *señor presidente*?

Max frunció aún más el ceño y me fulminó con la mirada.

—Maya, eres la amiga de mi hija. Espero que te comportes como tal y dejes de lanzarte sobre mí. Estoy harto de esa actitud tuya. La cena de esta noche fue más que suficiente.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Pero tragué saliva y fingí que no dolían, que no me afectaban, que no era eso lo que yo quería oír.

—Tranquilo, *presidente*. Aún ni siquiera he empezado a lanzarme sobre usted. — Sabía que llamarlo así le irritaba… y eso me encantaba. — Porque cuando lo haga, va a sentirlo. Va a ser con mis manos recorriendo su cuerpo, mi boca explorando cada rincón… hasta llegar a tu polla.

Fue en ese instante cuando Max avanzó hacia mí, me agarró del brazo con fuerza y me empujó contra la pared. La jarra resbaló finalmente de mis manos y estalló en mil pedazos sobre el suelo.

No me atreví a moverme, con miedo de cortarme. Y el hombre que me había arrinconado contra la pared parecía pensar lo mismo, porque apenas respiraba estando tan cerca de mí.

—No digas esas cosas, chica.

—Solo estoy diciendo la verdad, señor Monroe.

Él frunció el ceño con gesto de desagrado y susurró con frialdad en mi dirección.

—Ojalá mi hija nunca hubiera conocido a alguien como tú.

Si antes sus palabras ya me habían golpeado, esta vez fue como recibir un puñetazo directo en el estómago. Dolió tanto que me faltó el aire. La sonrisa que intentaba mantener en los labios se fue desvaneciendo poco a poco, y esta vez no pude fingir que no me había herido.

Yo siempre trataba de ser una Maya distinta con Max. Él no conocía otra versión de mí más que la que lo deseaba. Pero en ese

momento, la máscara que siempre había llevado con él se cayó y no fui capaz de volver a ponérmela.

—¿Como yo? — respondí. — ¿Soy una mala persona por haberme interesado en ti y dejarlo claro? ¿O estás diciendo que soy una puta?

Vi su nuez de Adán subir y bajar cuando solté esas palabras que me dolían.

—No quería decir eso — murmuró.

Le sonreí con puro desprecio.

—Por desgracia, sabes perfectamente que es mentira, Maxwell.

Y aunque yo fuera una mujer que disfruta del sexo, no tenías ningún derecho a juzgarme. Porque si un hombre se lanza a por la mujer que quiere para una noche, todos lo llaman seductor. Pero si una mujer deja claro que desea a alguien, entonces es una puta, ¿no?

Max frunció el ceño con fuerza.

—Maya, yo no quise…

Me solté de su brazo bruscamente, moviéndome demasiado deprisa y pisé de lleno un trozo de vidrio roto. Aun así, contuve la mueca de dolor y también el grito que estuvo a punto de escapárseme. Max se dio cuenta de que me había cortado, pero con un gesto le impedí acercarse o decirme cualquier otra cosa.

—Crees que me acerqué a Ruby por vuestro dinero, ya lo he entendido. Pero no fui yo quien tuvo la idea de decir aquello en la cena. Sé perfectamente cuál es mi lugar, señor Monroe. También sé que soy una pésima amiga por desearte, pero joder… es una mierda cuando mis instintos gritan por una sola caricia tuya. Soy una amiga terrible, y una cría que se fijó en el hombre equivocado. — Mis ojos se llenaron de lágrimas. — Buenas noches.

Ya ni recordaba que tenía sed, solo quería encerrarme en algún lugar lejos de ese hombre, pero seguía dentro de su casa, así que evitarlo sería más complicado. Con el pie doliéndome, subí las escaleras, dándome cuenta de que estaba manchando la alfombra con la sangre que salía del corte. Por suerte, no era grave.

Entré en el cuarto de Ruby, que seguía dormida. Fui directa al baño, me quité el trozo de cristal que se me había clavado en el pie, lavé la herida, me puse un cicatrizante y un apósito. Cuando

terminé, volví al dormitorio, me cambié de ropa y preparé la mochila.

Miré a mi amiga durante un instante, y luego salí de su habitación.

Prefería pasar la noche en la puerta de la residencia antes que quedarme un segundo más en esa casa.

El hombre que me gustaba había dejado muy claro lo que pensaba de mí. Y puede que yo estuviera lo bastante loca como para haber querido probarlo, pero nunca me humillaría por una polla. Ya bastaba con haberme arrastrado toda la vida por el afecto de un padre que me despreciaba. Humillarme por otro hombre sería exceder mi propio límite.

Sin mirar atrás, salí de la mansión de los Monroe y pronto me encontré en la calle, en la noche silenciosa de Amarillo. Esperaba que los hermanos Holstrom hubieran limpiado un poco la escoria de esta ciudad, porque no tenía ninguna gana de convertirme en otra estadística dentro del caos que ya era mi vida.

Estaba harta de humillarme solo para recibir un poco de afecto…

Necesitaba enfocarme en otra cosa y dejar de querer a quien no debía, dejar de desear a ese hombre que nunca me daría una oportunidad, el hombre que podía haber despertado algo animalesco dentro de mí con una sola mirada, pero que nunca sería mío.

CAPÍTULO 04



Maxwell Monroe

Había sido un idiota. Lo sabía. Y no había forma de dar marcha atrás, porque ya había metido la pata hasta el fondo. Maya podía ser algo atrevida, sí, pero definitivamente no debería haberle hablado de esa manera. Mis palabras dieron a entender que la consideraba una cualquiera, y eso era inadmisible. Tenía la misma edad que mi hija, y tratarla así fue un error imperdonable.

A la mañana siguiente, cuando Ruby se despertó y vio que su amiga ya no estaba en casa, entró en pánico. Lo que dejó claro que

Maya realmente era importante para ella.

Y ahora, una semana después de todo aquello, seguía sin ver a Maya por los pasillos de mi casa. Y eso me resultaba demasiado extraño. Ya estaba acostumbrado a que esa chica me siguiera con la mirada desde cada rincón.

Y siempre volvía al mismo pensamiento, jamás me olvidaría de la primera vez que dejó claras sus intenciones conmigo. Claro que ya me había dado cuenta de sus miradas, pero hasta entonces nunca lo había dicho en voz alta. Hasta casi un año atrás, después de una reunión con varios colaboradores políticos en casa.

—¿Necesitas algo? —Cuando la vi acercarse, supe que sería un problema. Por eso, mi voz salió más ronca de lo habitual, tal vez como una advertencia, para dejar claro que no estaba para jueguecitos.

Sin embargo, por la expresión de la chica de pelo corto, algo insano estaba a punto de suceder.

—Sí, señor Monroe — respondió, haciéndome un gesto con el dedo para que me acercara. Intenté resistirme, de verdad lo hice,

pero acabé cediendo. Me incliné un poco para oír lo que quería decirme:

—Necesito tenerle entre mis piernas.

Me aparté de Maya tan rápido, sin creer que realmente hubiera dicho eso.

—No me obligues a echarte de mi casa.

Y aquel pequeño huracán pasó la punta de la lengua por los labios, dejando claro que era un demonio y que destrozaría mi vida si yo se lo permitía.

—¿Me echarías?

Y en ese instante me quedé sin respuesta... porque no sabía si la echaría. Algo dentro de mí gritaba que la echara de mi casa, pero otra parte me dejó clavado en el sitio y no supe qué hacer, no sabía realmente si quería echarla.

Volví al presente, y ni siquiera ahora tenía claro si sería capaz de echarla. Algo me lo impedía. Tal vez fuera porque era la mejor amiga de mi hija, pero, en el fondo, sabía que no era solo por eso.

Sin embargo, no tuve tiempo de volver a pensar en esa maldita, porque mi teléfono sonó y, en cuanto vi el nombre que parpadeaba en la pantalla, supe que tendría que centrar toda mi atención en esa llamada.

—¡Hola! — murmuré, en cuanto me llevé el móvil a la oreja.

—¿Cómo va el futuro presidente?

—Como te lo imaginas, hasta el cuello de reuniones, campaña presidencial, desesperación.

Intenté suavizar mi tono, porque con ese hombre nunca demostraba estar a menos del cien por cien. Necesitaba mantenerme tranquilo, *porque con él nunca podía fallar.*

—Conociéndote bien, sé que lo sacarás adelante. No te elegí como presidente de los Estados Unidos por nada.

Yo lo sabía. Me había elegido para ser el títere de la mafia y, aun así, controlar el país.

—¿A qué debo el honor de tu llamada, Bianchi?

Romeo soltó una risa al otro lado de la línea.

—Solo quería saber si todo está en orden. Ya sabes que me gusta estar al tanto de lo que ocurre con las personas a las que apoyo, Monroe.

—Todo está bien — respondí rápidamente.

—¿Los Holstrom te están ayudando? — Quiso saber, probablemente tanteando a sus otros socios.

—Por supuesto, sin el apoyo de ellos probablemente ni siquiera tendría Texas en mis manos.

Hizo un sonido de aprobación al otro lado del teléfono.

—Es bueno oír eso, Max. Lo último que quiero es que esta campaña se venga abajo por culpa de aliados poco fiables. Recuerda que esto es una partida de ajedrez, y tú eres la pieza más importante del tablero — murmuró Romeu, con su habitual tono de confianza.

—Lo sé — respondí, manteniendo un tono firme. — Y estoy jugando para ganar. Al fin y al cabo, nunca pierdo las batallas que decido enfrentar.

Romeo Bianchi era el tipo de hombre que exigía perfección. Como jefe de la Cosa Nostra de Chicago, no toleraba errores y, aunque no necesitaba decirlo explícitamente, el peso de su influencia flotaba sobre cada decisión que yo tomaba.

Mi familia había tenido vínculos y alianzas con la suya desde hacía muchos años. Así que, cuando decidimos que el que gobernaría los Estados Unidos sería yo, los Bianchi y los Holstrom se unieron para que eso sucediera. Y yo tenía claro que sucedería.

—Perfecto. ¿Y qué hay de los fondos para la próxima fase de la campaña? Necesito que estés bien abastecido antes del próximo debate. No quiero que te falte nada.

Solté una risa llena de desdén.

—Todo está bajo control. Los Holstrom garantizaron el apoyo financiero que necesitábamos. Y no es como si no tuviera fondos suficientes para financiar mi campaña.

—Excelente. — Soltó un suspiro al otro lado de la línea, pero cuando volvió a hablar, su voz sonaba más seria de lo habitual.

—Solo un recordatorio, Max. Tú eres la cara pública, pero no olvides quién está entre bastidores. Nuestra alianza es un equilibrio,

y espero que siga siéndolo. Que no la cagues en lo que estoy construyendo.

—No lo olvidaré — aseguré, aunque, en el fondo, la idea de estar controlado por alguien como él me resultaba profundamente molesta.

Aflojé el nudo de la corbata con la mano libre, porque odiaba cuando él quería dejar claro quién la tenía más larga.

—Bien. Yo vuelvo a lo mío, y tú ve a hacer lo que mejor sabes. Convéncelos de que eres el salvador que este país necesita.

Antes de que pudiera responder, colgó. Me quedé mirando el móvil unos segundos, reflexionando sobre la conversación. Siempre que hablaba con Bianchi, había un recordatorio implícito de que, por muy alto que aspirara a volar, él siempre estaría tirando de los hilos.

Solté un suspiro y guardé el teléfono. Lo consideraba un gran amigo, pero cuando actuaba así, dejaba claro que nuestra amistad estaba muy por debajo del poder. Y que lo único que importaba, era estar en la cima.

Salí de mis ensoñaciones en cuanto un golpecito suave en la puerta llamó mi atención. En cuanto autoricé la entrada, Sadie Hall,

una de mis asesoras más antiguas, desde mis comienzos en la política, la más dispuesta a tomar la delantera en todas las situaciones de mi campaña, entró en el despacho y volví a concentrarme en el trabajo.

Era mejor centrarme en mi objetivo, en agradar a Romeo Bianchi y a la Cosa Nostra, que quedarme dándole vueltas a lo culpable que me sentía por la desaparición de Maya.

La chica a la que tanto quería evitar, pero que cada día parecía más difícil convertir esa intención en realidad.

CAPÍTULO 05



Maya Sanders

Estaba sentada en un rincón más apartado de la biblioteca de la facultad, haciendo algunas anotaciones para un trabajo que tenía que entregar el mes que viene, cuando vi por el rabillo del ojo que se acercaba mi amiga, a quien estaba evitando un poco desde el día en que me fui de su casa en plena noche.

Ruby se sentó en una de las sillas de la mesa, cogió una goma y se recogió el pelo negro, dejando que sus ojos claros se

encontraran con los míos, mientras yo la miraba, pensando qué decirle.

—No sé qué ha pasado, pero no me gusta que me estés evitando.

Solté un suspiro y pasé las manos por mi cabello, echándolo hacia atrás para apartarlo de mi rostro.

—No te estoy evitando — susurré, mintiendo descaradamente.

—Ah, claro que no — murmuró Ruby, muy bajito para no molestar en la biblioteca. — No sé qué te he hecho, pero si te he herido de alguna manera, te pido perdón.

Odiaba verla así. Aún más cuando ella no había hecho nada, sino su maravilloso padre, que me trató como a una cualquiera.

—No tiene nada que ver contigo. Creo que solo necesitaba estar sola esta semana.

Llevé mi mano hacia la suya y la apreté suavemente. Ruby acercó su silla a la mía y me abrazó. Sentir sus brazos rodeando mi cuerpo hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Era una pésima amiga, la peor persona del mundo con la que podría querer compartir su vida, y aun así no conseguía alejarme de la única persona que me apoyaba en medio del caos que era mi vida.

Ruby notó que estaba llorando, me apartó para mirarme el rostro y trató de secar mis lágrimas.

—¿Tiene que ver con tu padre? — preguntó tan preocupada, que aquello me partió el corazón.

Necesitaba al menos decirle algo para tranquilizarla, aunque hablar pudiera dejarla aún más curiosa.

—No, amiga. Es solo que soy tonta. Me he fijado en alguien en quien no debería haberme fijado — confesé.

Ruby se quedó mirándome un instante, miró a su alrededor y, al comprobar que nadie nos prestaba atención, susurró:

—Y mi padre es un hombre tan complicado que no quiere nada con nadie desde que mi madre fue asesinada.

Ruby ya me había comentado que su madre había muerto en un atentado durante un evento político en el que estaba presente,

pero no fue eso lo que hizo que mis ojos se abrieran de golpe, que mis lágrimas se secaran al instante y que la mirara completamente asustada. Sentí que todo mi cuerpo se erizaba de miedo. No quería perderla, era lo único bueno que me había pasado en la vida.

Y ahora ella lo sabía...

—Tú…

—Claro que lo sé. Veo cómo lo miras.

Desvié la mirada, fijándola en mis manos, completamente avergonzada. No, no podía creer que había sido tan estúpida como para pensar que nadie notaría mis intentos con Max.

Me dolía el pecho, Ruby me odiaría por esto, iba a perderla.

—Perdón — murmuré, en voz baja, muriéndome de vergüenza por mirarla y ver que probablemente estaría decepcionada de mí.

—¿Por qué? — preguntó, pareciendo tan tranquila con lo que estábamos hablando.

Volví a mirarla, vi que tenía una media sonrisa juguetona en los labios y ningún juicio en sus ojos.

—¿Por ser una pésima amiga y desear a tu padre?

Ruby soltó una risa, cargada de desdén, pero se contuvo, porque estábamos en la biblioteca de la facultad.

—Me da pena que estés interesada en un hombre tan gruñón como él. Mi padre es demasiado serio, solo piensa en el trabajo. Creo que sería un novio terrible.

La opresión en mi pecho desapareció, y me sentí tan aliviada por poder hablar con Ruby de esto después de tanto tiempo. Ella me miraba con tanto cariño, que en el fondo sabía que no la merecía. Ruby era demasiado buena para mí.

—Pero es justo esa forma suya lo que me vuelve loca por él — bromeé.

Ella hizo una mueca graciosa.

—¡Puaj, qué asco! Estamos hablando de mi padre — respondió en tono de broma.

—Creo que aún es muy pronto para bromear así.

Ruby tomó mis manos entre las suyas.

—Puedes hablar conmigo, aunque sea mi padre. Sé que está bueno, pero sigue siendo un hombre y puede cagarla como todos los demás.

Asentí y le sonreí.

—Un tío bueno no le llega ni a los talones.

Ruby puso los ojos en blanco.

—¡No tengo por qué aguantar esto, Dios mío! — murmuró, pero era evidente que no estaba enfadada.

—Ya paro — susurré.

—Ahora que estamos bien y volvemos a ser confidentes, y que ya viste que no te voy a arrancar la cabeza por querer a mi padre… ¿puedes decirme si él hizo algo para que te fueras de casa en plena noche? ¿Y para que me evitaras durante una semana?

Me mordí el labio inferior y me lo pensé un momento antes de hablar, pero si estaba siendo sincera con mi amiga, lo mejor era contarlo de una vez.

—Creo que él piensa que soy una cualquiera… por haberlo agobiado un poco con mi manera de tirarle la caña.

Ella frunció el ceño y puso una cara rara.

—Ah, eso es muy raro. — Sonreí al verla. — ¿Le tiras mucho la caña?

Me encogí de hombros.

—A veces, cuando está solo… — Sentí que mis mejillas se encendían aún más al confesarlo.

—¿Y cómo no me di cuenta? — replicó.

—Al menos eso parece que lo disimulé mejor que las miradas que le lanzaba.

Ruby asintió.

—¡Sin duda!

Ruby se quedó callada un momento y luego preguntó:

—¿Quieres que hable con él por lo que te dijo?

Negué rápidamente.

—No. Quiero olvidar eso. Vamos a ser solo amigas y a dejarlo pasar, ¿vale?

Ruby me miró en silencio durante un instante.

—¿Pero eso te va a hacer sufrir? ¿Te gusta de verdad?

¿Me gustaba Max? No tenía ni idea, porque sentía una necesidad constante de que me notara, pero no sabía lo que era gustar de verdad. Era demasiado joven para saber si me gustaba alguien con quien apenas había intercambiado una conversación completa.

—No, no me gusta —admití.

Esa era la única verdad. No se puede gustar de alguien a quien nunca tuviste oportunidad real de conocer.

—Solo para que quede claro… si mi padre correspondiera a tu "manera" — hizo comillas con los dedos — yo apoyaría vuestra relación. Quiero que él sea feliz. Después de que mi madre muriera, se cerró tanto y si fuera contigo, mejor aún, porque te quiero un montón.

Tiré de Ruby hacia mí y la abracé con fuerza.

—Entonces me convertiría en tu mamá —bromeé en cuanto se apartó.

Ruby puso los ojos en blanco.

—¡Cállate, Maya! — respondió con una sonrisa.

—Vamos a olvidarlo, ¿vale? Me prometí a mí misma que no me volvería a humillar por ningún hombre. Ya basta con lo que me humillo por mi padre. Entonces… ¿me perdonas por haberme alejado esta semana?

—Estás perdonada.

Volví a mis apuntes mientras Ruby hacía lo mismo. En el fondo, me alegraba que hubiera dejado claro que sabía de mi interés por su padre. En ese momento ya no me sentía una traidora, y saber que mi amiga me apoyaría si algún día pasara algo entre su padre y yo, me hizo sentir aún más feliz.

Aunque sabía muy bien que no pasaría nada. Max Monroe había dejado clara su opinión sobre mí, y yo no volvería a intentar nada con él.

Jamás volvería a ofrecerme de aquella forma...

Ni siquiera al hombre que hacía latir mi corazón con solo una mirada correspondida.

CAPÍTULO 06



Maxwell Monroe

Sentí una gota insistente de sudor resbalar por mi nuca, provocada por el calor que me llegaba directamente de los focos de aquella sala de entrevistas. Al menos la silla de cuero era cómoda y me ayudaba a sentirme más relajado, mientras la periodista, de uno de los periódicos más respetados del país, me lanzaba preguntas directas e incisivas.

Dejé que mis ojos recorrieran rápidamente la sala, notando las cámaras listas para captar cualquier error mío, mientras el equipo de

producción iba de un lado a otro, probablemente rezando para que metiera la pata y su audiencia se disparara aún más. El escenario era una mezcla de profesionalismo y presión, con las cámaras apuntando hacia mí y el equipo moviéndose sin parar.

—Candidato Monroe, muchos se sorprendieron con su decisión de postularse a la presidencia, especialmente siendo tan joven. ¿Por qué cree que el país debería confiar en usted? —preguntó la periodista, inclinándose levemente hacia delante, y no pude evitar notar que también ansiaba que cometiera algún error.

Solo que si creían que iban a ser las serpientes que me harían fallar, estaban muy equivocados. Respiré hondo, manteniendo una postura firme, pero con un tono accesible. Siempre ha sido mi estrategia equilibrar autoridad con empatía.

—Entiendo la sorpresa, e incluso la duda de algunas personas. Pero la verdad es que creo firmemente en el trabajo que inicié hace años en la política. He visto el impacto de las acciones que implementé durante todos mis mandatos como senador, y sé que aún queda mucho por hacer. Mi candidatura no trata solo de cambiar de puesto dentro de la política, sino de asegurar que el futuro de las

próximas generaciones sea aún mejor. Yo quiero un cambio en nuestro país y sé que lo lograré, si los votantes me lo permiten.

La periodista asintió levemente, claramente satisfecha con la respuesta, pero siguió con sus preguntas, tratando de hacerme tropezar y cometer algún fallo.

Sin embargo, me defendí bien, y cuando terminamos, agradecí a todos y finalmente salí de aquella sala que parecía un verdadero horno. Enseguida mis asesores me rodearon, y Alfred, el cerebro estratégico detrás de mi campaña, empezó a caminar a mi lado.

—Ha estado genial, Max. Vamos por el camino correcto.

—Gracias —respondí rápidamente, caminando hacia el SUV que nos esperaba.

Sadie iba justo detrás de mí, con la tablet en la mano y ese aire decidido que conocía bien. Cuando Avery no podía acompañarme por estar con su hija, Sadie tomaba el rol de secretaria interina. Pero si lo pensaba bien, prefería mil veces a Avery antes que a esa mujer que parecía querer controlar mi vida. Y aunque llevaba años trabajando conmigo, aún no terminaba de aceptarla del todo.

—Señor Monroe, volviendo al tema de antes, no creo que sea estratégico, ni para la campaña ni para su imagen regresar a Amarillo hoy. Es mejor que pase el fin de semana en Nueva York, se reúna con algunos políticos y fortalezca alianzas. ¿No cree, señor Díaz? —Además de cuestionar mi decisión, también quería el respaldo de mi estratega.

—Bueno, yo no veo ningún problema en que Max regrese a Amarillo, sobre todo porque no necesitamos mendigar atención para él. Todo el foco ya está puesto en su figura.

Sadie frunció el ceño e intentó decir algo más, pero me aseguré de cortarla lo más rápido posible.

—Sadie, entiendo lo que estás diciendo, pero como ha dicho Alfred, no me voy a quedar en Nueva York. Volveré a mi ciudad, y si hay algún compromiso la próxima semana, cogeré de nuevo mi jet y vendré hasta aquí.

Ella cruzó los brazos, soltando un suspiro de frustración, y me vi obligado a alzar una ceja en su dirección.

—Sé que Ruby lo está esperando en Amarillo, pero estamos hablando de su candidatura. Del futuro del país. Cada paso que da

ahora será analizado.

Pasé la mano por el cabello, sintiendo la tensión en el ambiente. No quería ser grosero con una miembro de mi equipo, pero esa chica estaba intentando tomar el control de algo que no le correspondía.

—Sadie, la política va de decisiones. Y yo he decidido mostrar que, pese a todo, soy un hombre como cualquier otro. Un padre. Mi hija está en Amarillo y no voy a pasar el fin de semana lejos de ella. Soy alguien que valora a la única familia que le queda. Si eso no es suficiente para ganarme la confianza del pueblo, entonces quizá ni siquiera debería estar en esta carrera.

Ella me miró durante un largo momento antes de soltar otro suspiro y negar con la cabeza.

—Como quiera, señor Monroe —dijo con una leve sonrisa en la comisura de los labios—. Entonces ajustaremos la agenda para no tener que molestarlo el fin de semana y…

—No hace falta. Avery es mi secretaria y ya tiene toda la agenda organizada. —Miré a mi equipo, pues la furgoneta que los

llevaría al hotel ya había llegado—. Buenas tardes, señores. ¡Hasta la semana que viene!

Faltaban unas dos horas para que anocheciera, quizá lograría llegar a Amarillo y encontrar a Ruby aún despierta. Como no tenía compromisos ese fin de semana, quería pasarlo con ella y aprovechar a mi hija, porque sabía que, cuando ganara la presidencia, nuestros momentos juntos serían escasos.

Las horas dentro del avión fueron un tormento, pero en cuanto el jet aterrizó suavemente en la pista del pequeño aeropuerto de Amarillo, una ola de tranquilidad me invadió. La ciudad, con su ritmo lento y familiar, era un contraste bienvenido frente al caos de Nueva York. Sabía que tendría que acostumbrarme a todo ese movimiento, pero valoraba demasiado un momento de paz.

Mientras bajaba los peldaños de la aeronave, el cielo ya se había teñido de oscuridad y estrellas. Pero aún no era tan tarde, quizá conseguiría al menos darle las buenas noches a mi hija antes de que se durmiera.

Echaba tanto de menos a Estela, y sabía que Ruby también, por eso no quería convertirme en un padre ausente, aunque mi

profesión me consumiera casi por completo. Solo esperaba estar haciendo algo bueno por mi niña.

Salí de mis pensamientos en cuanto vi que mi chófer me esperaba. Saludé al hombre y pronto íbamos camino a casa. El trayecto fue rápido, como siempre lo era en Amarillo. Enseguida el coche quedó aparcado. Cogí mi maleta y entré en la mansión, cuidando de no hacer mucho ruido. En cuanto cerré la puerta detrás de mí, el silencio acogedor fue interrumpido por el sonido amortiguado de la televisión, proveniente de la sala que usábamos para ver películas.

Dejé mi maleta en un rincón y me dirigí al lugar, convencido de que encontraría a Ruby. Pero en cuanto crucé el umbral de la puerta, me quedé clavado en el sitio. Maya había vuelto a frecuentar mi casa, y en ese momento, estaba con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, la boca entreabierta, durmiendo plácidamente, mientras Ruby, con los pies apoyados en su regazo, también se había quedado dormida.

Las dos dormían profundamente, seguramente después de una maratón de películas. Miré la pantalla y vi que estaban poniendo un dorama, y casi puse los ojos en blanco, pero prefería que estuvieran

enganchadas a ese vicio coreano antes que en alguna discoteca para adolescentes.

Eché un vistazo a la habitación y encontré el mando tirado junto a un bol de palomitas. Intenté no volver a mirar a las chicas, pero me fue imposible cuando Maya soltó un leve suspiro. Mientras mi hija parecía totalmente despreocupada, su amiga, incluso dormida, mantenía ese rastro de seguridad habitual. Resultaba casi gracioso ver a la chica que siempre parecía tan llena de energía completamente rendida al cansancio.

Suspiré, negando con la cabeza con una sonrisa que ni siquiera noté que se había dibujado en mi rostro. Caminé lentamente hasta donde estaba el mando, intentando no hacer ruido al apagar la televisión, pero Maya, *siempre ella*, se movió de nuevo y abrió los ojos azules poco a poco.

—¿Señor Monroe? —preguntó, parpadeando varias veces, con la voz ronca por el sueño.

¡Joder!

¿Debería ser ilegal que esa voz suya me pareciera tan jodidamente bonita? Pensamientos impuros se colaron en mi mente

al imaginarla despertando a mi lado… Negué con la cabeza para expulsar aquella imagen de inmediato.

¿Qué demonios me pasaba?

—Sí, soy yo —respondí en voz baja, señalando a Ruby, que seguía dormida como una piedra—. ¿Tuvieron una fiesta privada o fue solo una sobredosis de películas malas?

La chica que al principio me había mirado, desvió su atención de la mía, y recordé la última vez que nos habíamos visto en persona. Sabía que debía disculparme, pero me aterraba la idea de que, al hacerlo, Maya creyera que podía seguir tirándome los tejos.

—Creo que estábamos cansadas por el estrés de la semana —respondió en voz baja.

Esa no era la Maya que yo conocía, esa chica ahí parecía encogida, casi acorralada, al hablar conmigo. Apartó los pies de Ruby, se levantó del sofá y se estiró. Me dio la espalda, solo para acercarse a mi hija y darle un toquecito con el dedo índice.

Ruby se despertó y sonrió al ver a su amiga.

—Me voy, amiga —anunció Maya, y Ruby frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó, y fue entonces cuando me vio allí—. ¡Papá!

Ruby saltó del sofá y vino corriendo hacia mí para abrazarme. Le devolví el abrazo, y supe, en ese instante, que estaba en paz con mi niña, aunque algo dentro de mí seguía incómodo con la forma en que Maya se comportaba.

—¿Tu día fue bien? —le pregunté a mi hija, intentando ignorar a Maya, que estaba recogiendo algunos de sus cuadernos y guardándolos en la mochila.

—Sí, tuvimos un examen un poco pesado, pero nada que nos impidiera hacerlo bien, ¿verdad, Maya?

La chica rubia miró a Ruby por encima del hombro y le regaló una sonrisa.

—¡Sí! —Echó un vistazo rápido a la sala, como asegurándose de no olvidarse nada, y cuando pareció satisfecha, murmuró de nuevo—: Me voy.

Y esta vez no pude quedarme callado.

—No hace falta que te vayas, puedes…

—Gracias, señor Monroe, pero me voy —me interrumpió sin siquiera mirarme—. ¿Me acompañas fuera, Ruby?

—Claro. ¡Ya vuelvo, papá!

Asentí, y recibí un beso en la mejilla de mi hija, que salió de la sala de cine junto a su amiga.

¿No debería agradecer esta nueva versión de Maya?

Entonces, ¿por qué verla evitarme de esa manera me dejaba con esta incomodidad tan jodida?

¿Qué demonios me estaba pasando?

Todavía no tenía respuesta, pero sabía que fuera lo que fuese… era algo muy malo. Demasiado malo.

CAPÍTULO 07



Maya Sanders

Ajusté la correa de la mochila sobre mis hombros mientras subía los escalones que me llevaban al apartamento de mi padre. Esta vez iba bien temprano, para no correr el riesgo de encontrarnos y que volviera a lanzarme esas palabras crueles que tanto le gusta dedicarme.

Abrí la puerta del salón con la llave que tenía y entré en el apartamento, pero nada me preparó para lo que vi a continuación.

Una mujer estaba sentada encima de mi padre… bueno, cabalgando sobre él.

En cuanto me vio, soltó un grito y se apartó de encima de él, mientras yo desviaba la mirada, sin ningún deseo de ver a esos dos sin ropa.

—¡Perdón! —susurré, dándome la vuelta de inmediato—. No sabía…

Intenté explicarme, pero no tuve tiempo, porque sentí un tirón en el pelo. Grité al notar cómo el tirón me desgarraba el cuero cabelludo y terminé cayendo hacia atrás, justo para ver a mi padre mirándome con odio. Se había puesto unos calzoncillos, pero aun así estaba mostrando demasiado.

—¿Qué haces aquí, zorra?

—¡Madre mía! —murmuró la mujer, vistiéndose a toda prisa.

—Papá, no sabía que estabas aquí —murmuré, arrepintiéndome de haber venido, de preocuparme por ese hombre.

—¡Te he dicho que no aparezcas aquí, puta!

Se me llenaron los ojos de lágrimas y miré a la mujer, a la que no conocía de nada, esperando que dijera algo en mi defensa, pero solo se quedó ahí, inmóvil, mirando la escena. Volví a mirar a mi padre, y nada me preparó para lo que hizo a continuación. Podía ser cruel, pero nunca me había puesto la mano encima… hasta ese día.

El puñetazo en mi ojo fue tan fuerte que sentí cómo mi cabeza se echaba hacia atrás y un dolor punzante me atravesaba el cráneo. Gemí de dolor, acurrucándome en el suelo, esperando el siguiente golpe que nunca llegó. Me eché a llorar. No merecía pasar por esa humillación. Siempre había sido una buena hija para ese hombre.

Tragando todo el dolor físico y emocional que sentía, me levanté del suelo aún llorando, pero esta vez lo miré directamente a los ojos. Tal vez vi algo de arrepentimiento en los suyos, pero ya no me importaba.

—Hoy ha sido el último día que me he preocupado por ti, monstruo. No mereces el amor que siento por ti. Cuando te abandonaron, a mí también me abandonaron, pero tú solo pensaste en tu propio dolor. Así que jódete, sufre tú solo. —Sollozaba, viendo por primera vez a mi padre sin palabras frente a mí—. Nunca hice

nada para merecer este trato. Quédate tranquilo, no volveré a pisar esta casa. Ni siquiera para recoger mis cosas.

Miré una vez más a la mujer, que parecía asustada por lo que acababa de oír, pero no me importaba. Ella tampoco tenía nada que ver con esa historia. Me di la vuelta y salí del apartamento de mi padre; no quería volver a ver a ese hombre en mi vida. Estaba harta de ser maltratada por él, harta de todo, harta de mi vida.

Al día siguiente cumpliría veintiún años, y lo único que había recibido como regalo de mi propio padre fue un puñetazo. Caminé por Amarillo sin rumbo, sin saber adónde ir, pero mi cerebro debió de entender que necesitaba a la única persona que, en este mundo, sentía algo por mí, porque una hora después me encontré frente a los portones de la mansión Monroe.

No debería haber entrado, no en ese estado… pero lo hice.

Y quizá aquella fue la peor decisión que tomé… o la mejor.





Maxwell Monroe

Llegué a casa agotado. Aquella semana había sido insoportable, y solo pensar que al día siguiente tendría que viajar a

Chicago para otro evento político hacía que mi cuerpo rogara desesperadamente por descanso.

Aflojé el nudo de la corbata y miré a mi alrededor buscando a Ruby. Una música suave venía desde la biblioteca privada que teníamos en la mansión. A Ruby le encantaba ese lugar, igual que a su madre, así que cuando estaba allí, sabía que era porque quería estar sola. Sin embargo, algo preocupado, me acerqué a la puerta para comprobar si necesitaba algo.

Pero, al llegar a la biblioteca, vi a la chica de cabello rubio, que caía justo por encima de sus hombros. Tenía la cabeza agachada, concentrada en una pila de papeles sobre una de las mesas.

Maya estaba tan enfocada en la lectura que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia en el umbral. Me apoyé en el marco, crucé los brazos y me quedé observándola. Desde donde estaba, solo podía ver su rostro de perfil, pero lo poco que veía no mentía… era preciosa.

Demasiado preciosa.

Aquel pequeño huracán empezó a hacer algunas anotaciones, y, sin querer, dejé que las palabras salieran de mi boca.

—¿Dónde está Ruby?

Ella suspiró, pero respondió enseguida.

—Ha ido al baño.

Definitivamente me estaba evitando, ya lo había notado, pero aquello fue la confirmación.

—Lo siento por lo que te dije aquel día.

Maya dejó de escribir, pero no me miró. Tal vez una parte de mí disfrutaba de su distancia… o la odiaba. Aún no lo había decidido.

—Vale —respondió simplemente.

Esa no era la chica que yo había conocido todo este tiempo. Yo le había apagado ese brillo que siempre veía en sus ojos. No me gustaba verla así. Quería verla feliz, no así.

—¿Vas a dejar de tirarte encima de mí?

No sabía por qué estaba diciendo eso, pero allí estaba yo, intentando sacar conversación con la chica a la que había querido mantener alejada desde el primer momento. Y ahora que se alejaba, deseaba que volviera a mirarme de esa forma… de esa forma que me hacía sentir vivo.

Maya me miró de reojo, pero no giró del todo el rostro hacia mí.

—¿Quieres que pare, verdad?

Guardé silencio, tratando de ordenar todo lo que pasaba por mi cabeza en ese momento. Y para mi total sorpresa, admití algo que ni siquiera había imaginado que diría:

—¡No lo sé! —Realmente no tenía ni idea.

Incluso de reojo, pude ver cómo Maya arqueaba una de sus cejas.

—Pues descúbrelo. No voy a estar arrastrándome por una polla, ni lo necesito. Te deseo muchísimo, señor *presidente*, pero si tú me deseas, si quieres olvidarte de la puta de tu vida solitaria, aquí estaré. Es ahora o nunca.

Ella siempre fue directa, y como fui yo quien insistió en que hablara, ahora no podía reprocharle que me respondiera así. Pero antes de que pudiera decir nada, Maya giró bruscamente la cara hacia mí, aunque pareció acordarse de algo y la desvió enseguida. Solo que ya era tarde. Yo ya lo había visto.

Me separé del marco de la puerta, bajé los brazos y apreté los puños. Caminé hacia Maya, viendo rojo, lleno de rabia por lo que acababa de ver. Quería matar a alguien. Y lo haría, en cuanto supiera quién le había hecho eso.

Me agaché a su lado y, sin pensar en las consecuencias, le tomé el mentón con los dedos y giré su rostro hacia el mío. Y cuando vi su ojo morado, completamente hinchado, quise reventar esa puta ciudad... no, eso no bastaba, destruiría el mundo entero solo por el hecho de que alguien hubiera tenido los cojones de ponerle una mano encima a esa cara tan hermosa.

—¿Quién te ha hecho esto? —solté entre dientes, temblando de rabia, intentando no perder el control.

Maya intentó apartarse de mi toque, pero no la dejé. Y fue entonces, cuando empezó a llorar, que esa posesión antigua, esa que hacía años no sentía, se apoderó de mí. Y supe, sin sombra de duda, que esa chica iba a ser mía.

—Te lo voy a preguntar otra vez. ¿Quién te ha hecho esto?

—Su padre, papá. —Ruby apareció detrás de mí, contestando por Maya, que parecía incapaz de hablar.

—Ruby —intentó detenerla Maya.

—No voy a encubrir a ese hombre, amiga. Lo siento, pero no voy a ocultar lo que te ha hecho.

Finalmente, dejé que Maya apartara el rostro. Y para no estallar delante de ella y de mi hija, me levanté y me alejé de ella todo lo que pude.

Me giré hacia mi hija y me encontré con su expresión, tan furiosa como la mía.

—¿Estás bien, hija? — pregunté, sintiendo aún cómo me temblaba el cuerpo.

—Sí, papá.

Asentí una, dos, tres veces. Abrí y cerré los puños, pero nada lograba calmar esa rabia.

—Cuida de tu amiga.

Ruby frunció el ceño, pero no me preguntó nada, porque sabía que yo no iba a decirle que pensaba encargarme de un desgraciado para enseñarle cómo se trata a una mujer.

Mi hija ya me había contado que la convivencia de Maya con su padre era complicada, pero jamás imaginé que fuera tanto...

Pero ese hijo de puta se metió con la chica equivocada… con la chica que yo… no, no iba a admitir esos pensamientos contradictorios, pero iba a proteger a Maya. Si no tenía a nadie de su parte, desde ahora ya tenía a alguien. Yo sería su salvador.

CAPÍTULO 08



Maxwell Monroe

Estaba mirando fijamente el edificio, situado en uno de los peores barrios de Amarillo. No es que ahora fuese peligroso, después de que los Holstrom limpiaran la ciudad con ayuda de la policía, pero seguía siendo una zona complicada.

En cuanto la camioneta se detuvo frente al SUV en el que yo estaba, vi el logo del rancho Holstrom en una de las puertas, y de inmediato, mi viejo amigo bajó del vehículo. Sujetaba su sombrero, ya que la brisa era algo fuerte a esa hora de la noche.

Alec Holstrom caminó hacia mi coche con esa calma medida que solo él sabía manejar. Se detuvo justo al lado de la ventanilla del conductor —decidí conducir yo mismo esta vez—, se inclinó ligeramente. Bajé la ventana, y nuestras miradas se cruzaron. Su expresión era de piedra: fría, seria, exactamente lo que necesitaba en ese momento.

—¿Cuál es la jodida urgencia? — soltó, directo como siempre. Alec nunca se andaba con rodeos.

—Quiero partirle la cara a alguien — murmuré, lo suficientemente bajo para que solo él lo oyera.

Soltó un suspiro pesado, como si ya supiera adónde iba todo eso, pero aun así mantuvo el profesionalismo.

—¿Hay que matar? — preguntó, con total naturalidad, como si hablara de pedir un café.

La idea era tentadora, pero incluso en medio del cabreo, sabía que Maya sufriría por ese cabrón. Por más que quisiera zanjar el asunto de una vez por todas, matar no estaba en los planes. Aún no.

—No — respondí con firmeza. — Solo quiero darle una advertencia. Y como sé que, sin ti, mi nombre podría acabar

estampado en algún puto periódico sensacionalista, preferí llamarte. Así, el mensaje le queda clarito.

Alec asintió con un leve gesto, casi imperceptible. Siempre captaba las indirectas. Siempre.

—Bien. Pues asegurémonos de que aprenda la lección. — Alec se acarició la barba espesa que cubría su rostro. — Menos mal que eres listo. No te estamos apoyando en la política para que nos jodas la imagen.

Solté una risa cargada de desprecio, pero por dentro aún estaba hirviendo de rabia.

Abrí la puerta del coche y salí a la noche de Amarillo. Cuatro de mis guardaespaldas salieron del SUV aparcado detrás del mío. Caminamos hacia el edificio y subimos las escaleras que llevaban al apartamento que había averiguado que estaba en la tercera planta.

—¿A quién vamos a partirle la cara? — preguntó Alec.

—Dallas Sanders —murmuré, sintiendo el odio en cada sílaba.

—¿Ese no es el padre de la amiga de tu hija? —preguntó Alec cuando nos detuvimos frente a la puerta del apartamento del

desgraciado.

—Sí. Y se atrevió a golpearla.

Alec soltó un gruñido y golpeó la puerta con fuerza. Si yo fuera Dallas, no habría abierto después de ese toque tan sutil de Alec, pero el muy idiota lo hizo, y cuando abrió y nos vio a los dos de pie allí, se le abrieron los ojos como platos. Sabía quiénes éramos, sabía perfectamente lo que significaba Alec, y cuando su susto se transformó en miedo, me sentí completamente satisfecho.

Tendría unos diez años más que yo, pero parecía tener cien más.

—Señores…

Alec me miró de reojo y preguntó:

—¿Quieres hacer los honores?

Ni contesté. Cerré el puño y le solté un golpe directo en la cara a ese cabrón.

—¿Pero qué coño…? —farfulló.

Se llevó la mano al mentón, y Alec le endosó otro puñetazo, esta vez directo al ojo. Seguramente le quedaría morado durante

varios días. Dallas gimió y yo volví a golpearlo, haciéndolo caer hacia atrás.

—¡Parad, joder! ¿Qué he hecho, malditos…?

Alec se agachó junto a él, lo agarró por el cuello de la camisa y le soltó:

—Esto es lo que les pasa a los hijos de puta que le ponen una mano encima a una mujer en mi ciudad. Si se te ocurre abrir la boca sobre lo que ha pasado aquí, al día siguiente no vas a amanecer para contarlo. Recuerda que soy un Holstrom.

El hombre asintió muerto de miedo. Sus ojos buscaron los míos mientras yo seguía en pie, firme.

—Si te atreves a volver a tocar a Maya, no me quedaré solo en los puñetazos —le advertí.

Holstrom soltó el cuello de su camisa y lo empujó al suelo.

—Estamos entendidos. Espero no tener que volver a este sitio.

Se levantó y nosotros le dimos la espalda al hombre, que se quedó en el mismo sitio, tirado en el suelo, completamente aterrorizado por lo que acabábamos de hacer.

—Trabajo hecho —soltó Alec con sarcasmo.

—Gracias.

—Cuando quieras.

Salimos del edificio y nos despedimos. Yo volví a subirme a mi coche, Alec al suyo, y nos marchamos de aquel lugar asqueroso. Regresaría a casa e intentaría sobrevivir a las ganas de eliminar a ese hombre del mundo tras ver a Maya herida.

Pero de algo estaba seguro, nunca más volvería a ser lastimada de esa manera.

Nunca más.





Maya Sanders

Estaba tumbada en la cama de Ruby, sintiendo cómo me pesaban los párpados, pero me despejé por completo en cuanto oí los coches que habían salido hacía un rato detenerse frente a la casa.

Me levanté de la cama y fui hacia la ventana para comprobar si realmente era Max quien había vuelto. Ruby había insinuado la posibilidad de que hubiese ido a enfrentarse con mi padre, pero yo no lo creía. No había ninguna razón para que fuera a pedir explicaciones, sobre todo después de haber dejado claro, semanas atrás, que para él yo no era más que una cualquiera.

Vi a Max bajar del coche con ese aire suyo de conquistador del mundo y pronto desapareció de mi vista. Ruby estaba en la planta baja esperando a que su padre regresara, así que me quedé en su habitación, sin ganas reales de saber qué había ido a hacer.

Pero, en el fondo, deseaba que realmente hubiese ido a defenderme. Quería sentirme importante para alguien en este mundo. Negué con la cabeza para quitarme esos pensamientos de encima, porque no era bueno hacerse ilusiones con algo que sabía que no pasaría.

Después de unos minutos que me parecieron horas, Ruby entró en la habitación y me miró con una sonrisa suave.

—Realmente hizo de príncipe azul y fue a defenderte —dijo mi amiga, claramente satisfecha con la actitud de su padre.

—¿Hablas en serio?

Asintió y se acercó a mí, acariciando mi rostro justo donde sentía el ojo hinchado.

—Hablo en serio, y me pidió que te dijera que vayas a su despacho, quiere hablar contigo. Creo que quiere explicarte lo que ha pasado.

Mi corazón se aceleró y sentí esa ansiedad rara que siempre me invadía cada vez que sabía que iba a enfrentarme cara a cara con Max. Me acordé de cuando dejó claro que no sabía si me echaría de su casa, y quise tener esperanza, pero con Max no se puede tener esperanza. Ya había dejado bien clara su opinión sobre mí.

—Voy a ver qué le ha hecho a mi padre. Espero que eso no perjudique su candidatura.

Ruby sonrió aún más.

—Mi padre nunca hace nada que pueda perjudicarlo. Seguro que lo que haya hecho no le afectará en absoluto.

Asentí y respiré hondo.

—Voy a ver qué quiere.

Salí de la habitación de Ruby y recorrí el pasillo que conectaba con las escaleras. Al bajar, me dirigí directamente al despacho de Max. Nunca había entrado en ese lugar, solo sabía cómo era, así que cuando toqué la puerta, sentí incluso las manos sudar por la expectativa.

—Adelante. — Escuché la voz ronca de Max al otro lado, y aunque todo mi cuerpo temblaba por la ansiedad, intenté controlarme lo mejor que pude.

Abrí la puerta del despacho, encontrándome con el hombre con las mangas de su camisa remangadas hasta los codos. Los primeros botones estaban desabrochados y sostenía un vaso de whisky, sin hielo, en una de las manos.

Max estaba apoyado en el borde de la mesa del despacho, imponente como él solo. Sus ojos claros se encontraron con los míos en cuanto entré en aquel ambiente silencioso.

—¿Me mandó llamar? — pregunté.

El futuro presidente dio un trago a su bebida, y en cuanto apartó el vaso de los labios, sentí unas ganas locas de pasar mis dedos por ellos, que habían quedado ligeramente húmedos por el whisky.

—Te llamé porque quería avisarte de que tu padre no volverá a hacerte daño.

Sentí que se me erizaba la piel, con miedo de lo que podría haberle hecho al hombre que me había agredido.

—¿Qué le ha hecho?

—Solo le di un aviso. No hace falta que me mires así, como si fuera un monstruo.

Parecía molesto.

—No le estoy mirando como a un monstruo.

Max me miró fijamente mientras se llevaba el vaso a los labios y lo vaciaba por completo, tragando el líquido ámbar. En cuanto dejó el vaso de cristal sobre la mesa, susurró:

—Eso era todo.

Debería salir de su despacho, pero esa manera seca del hombre que había ido a enfrentarse a mi padre por mí me sacó completamente de quicio. Aquel hombre que parecía tan preocupado cuando me vio herida.

—¿Por qué te importa? — solté de golpe.

Max pareció no esperarse aquella pregunta. Frunció el ceño y me miró, como si estuviera enfadado.

—¿Querías que dejara que te pegara y no hiciera nada?

Bufé y di un paso al frente, acercándome a ese hombre al que no sabía si quería golpear o besar.

—Solo quiero saber por qué te pusiste en plan defensor. No soy nada, solo una cualquiera, como dejaste claro hace unos días.

Maxwell apretó los puños, haciendo que las venas de sus brazos se marcaran con fuerza.

—Ya te pedí perdón por eso.

—Sí, lo hiciste — resoplé, alzando la barbilla en su dirección. — Así que supongo que ir a darle una lección a mi padre es como

saldar tu deuda conmigo, ¿no? Como si fueran las disculpas que necesitaba.

—Entiéndelo como quieras — gruñó.

Solté una bocanada de aire, sintiendo rabia en lugar de gratitud por haberme defendido. Ese hombre me confundía por completo.

—No hacía falta todo eso, pero gracias. No pienso volver a ese piso. Ya debería haber cortado ese cordón que me ataba a ese hombre hace tiempo, pero lo que hizo fue la gota que colmó el vaso.

—Una decisión inteligente.

—¿Eso era todo? — pregunté, mirándole, esperando algo, pero él simplemente asintió, dándome por despedida. — Buenas noches.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta del despacho. La había dejado abierta, pero antes de poder cruzar el umbral, sentí cómo alguien me agarraba del brazo con fuerza y me tiraba hacia atrás.

Por el rabillo del ojo, vi el momento exacto en que Max cerró la puerta de un tirón, girando con fuerza el pomo, encerrándonos allí

dentro. Me giró de golpe y me empujó contra la madera sólida, su movimiento cargado de intensidad.

Fue cuando mis ojos se encontraron con los suyos que lo supe: algo había cambiado en ese hombre.

Ya no era el mismo. Ahora, era un depredador.

Y yo... bueno, yo era la presa.

CAPÍTULO 09



Maxwell Monroe

Debería haberle permitido marcharse.

Debería haberla dejado cruzar esa puerta y mantenerse a salvo, lejos de mí. Sin embargo, ese instinto protector seguía rugiendo dentro de mí, feroz, como una bestia que no podía ser contenida.

Y peor aún, esas ganas insanas de tocarla, de sentirla, ya se habían apoderado de todo mi ser. Mis dedos aún sujetaban su brazo,

pero la fuerza que aplicaba no era para hacerle daño. Era para mantenerla cerca. Para no dejarla escapar.

Sus ojos, grandes y asustados, se clavaron en los míos, y por un instante, el tiempo pareció congelarse. Era tan joven, tan… inadecuada para mí. Amiga de mi hija, alguien a quien jamás debería estar pensando en tocar más de la cuenta.

Pero fue ella quien metió esa idea en mi cabeza. Intenté huir, pero Maya se empeñó en adueñarse de mi mente con esa forma suya tan descarada que ahora sabía que me gustaba. Odiaba verla así, desde que discutimos de madrugada; me gustaba su alegría, su espontaneidad, esa mirada perspicaz que me dejaba completamente descolocado.

Mis dedos se deslizaron lentamente por su brazo hasta alcanzar su mano, como si buscaran una razón para soltarla, para dejarla ir. Pero entonces, se mordió el labio, dejando claro que sabía perfectamente lo difícil que me estaba resultando contenerme.

Mi mandíbula se tensó mientras libraba una batalla interna. Mi mente me decía que me echara atrás, que abriera esa puerta y la dejara salir. Pero mi cuerpo, traidor, se inclinaba más y más, atraído como si ella fuera un imán imposible de resistir.

Me quedé quieto allí, tan cerca que podía oler su perfume suave. Mi respiración se mezclaba con la suya, y mis manos temblaban de tanto esfuerzo por mantener el control.

—Ruby dice que hoy es tu cumpleaños — gruñí, con la voz cargada de algo que ya no sabía cómo controlar.

Maya desvió los ojos por primera vez desde que la tenía acorralada contra la puerta. Su mirada se fue al reloj de pared detrás de mí, y respondió en un susurro casi ronco, casi un gemido.

—Sí… oficialmente, veintiún años.

Ya había perdido la noción de todo: del tiempo, de los sonidos, incluso de mí mismo. Mi frente se apoyó contra la suya en un movimiento involuntario, y ese simple contacto hizo que su respiración se acelerara, entrecortada. Sentí el instante en que sus pechos rozaron mi pecho, una tortura que me arrastraba aún más al abismo.

—Feliz cumpleaños, Maya — murmuré, intentando contener a la bestia que rugía dentro de mí, esa bestia que sabía que estaba a punto de ganar.

La bestia que quería devorar al huracán en que se había convertido Maya en mi vida.

—Gracias… — respondió, con una voz tan baja que apenas era un suspiro.

Mi batalla interna ya estaba perdida, pero el último hilo de autocontrol que me quedaba se rompió en cuanto llevé mis manos a su rostro. Quería su atención, toda su atención, y la conseguí. Mi mirada recorrió cada detalle de su expresión. Incluso con ese hematoma que marcaba su piel, era perfecta. Malditamente hermosa.

—Joder… Voy a darte tu regalo de cumpleaños.

Maya entreabrió los labios, tal vez para preguntar qué quería decir con eso, pero no le di oportunidad. Antes de que pudiera pronunciar palabra, presioné mi boca contra la suya. Fue como caer al vacío desde un acantilado — el impacto, el vértigo… y después, el éxtasis de simplemente dejarse caer.

Durante un instante, ella se quedó inmóvil, quizá demasiado sorprendida para reaccionar. Pero entonces, como si alguien hubiera

pulsado un interruptor, se relajó. Sus brazos se alzaron, rodeando mi cuello, y ese huracán se entregó a mí.

Bastó apenas rozar su sabor para que me volviera un adicto, y con solo probarla, perdí todo control. Le acaricié el rostro mientras profundizaba el beso, queriendo más, necesitando más. Ella correspondía, ardiente y hambrienta, como si aquel momento fuera tan inevitable para ella como lo era para mí.

Todo a nuestro alrededor desapareció. No existía lo correcto o lo incorrecto, solo ese deseo palpitante y arrasador que finalmente nos consumía. Intenté resistirme, lo hice… pero ya no podía más. Tenía que probarla, tenía que sentirla de esa forma para, quizá entonces, lograr alejarme.

Su lengua rozó la mía y solté un gruñido. Retiré una de mis manos de su rostro y la llevé a su nuca, manteniéndola allí, atrapada, y devoré su boca. Tomé lo que sentía que me pertenecía, reclamé a esa chica como si fuera mía… No lo era. Pero yo quería que lo fuera. Que fuera completamente mía.

Mi cuerpo se estremecía de deseo mientras la apretaba con más fuerza contra la madera, sintiendo cómo mi polla se endurecía por tener una mujer entre mis brazos después de tanto tiempo.

Maya se restregó contra mí y gimió en mi boca al notar cómo estaba. Y fue ese sonido el que me devolvió el juicio. El que me hizo ver la locura que estaba cometiendo.

Me aparté bruscamente de ella, aún jadeando. Di tres pasos hacia atrás, y creo que lo notó, porque el fuego que vi en sus ojos se apagó por completo al toparse con el arrepentimiento en los míos.

—Maya… yo…

Ella alzó una de sus manos hacia mí, para detenerme antes de que dijera lo que fuera que estuviese a punto de decir.

—No hace falta que te expliques, Max. Por tu cara ya he visto que estás completamente arrepentido. — Llevó los dedos a sus labios y esbozó una sonrisa, aunque en sus ojos todavía podía ver la tristeza. — Ha sido el mejor regalo de cumpleaños que he recibido en años.

Me quedé en silencio mientras ella aún me miraba por un momento más. Y cuando terminó de analizarme, se dio la vuelta y salió de mi despacho.

Mientras tanto, el arrepentimiento me devoraba.

Había besado a la mejor amiga de mi hija y, para colmo, durante una fracción de segundo, había olvidado que era viudo. Que todavía sentía una jodida falta de mi esposa.

Me pasé las manos por la cara, sintiendo cómo el desespero me invadía, una rabia, un odio hacia mí mismo.

Me quedé quieto, como si me hubieran asestado un golpe directo al pecho. El silencio en la sala ahora era ensordecedor. Lo único que podía oír era mi propia respiración, pesada y desacompasada. Me temblaban los dedos al pasarlos por las sienes, mientras mi mente era devorada por una tormenta de culpa y deseo.

Había perdido el control por completo. Besar a Maya había sido una locura, pero peor aún era lo que ese beso había despertado dentro de mí. Todavía sentía su sabor en mi boca, aún notaba la suavidad de sus labios, la forma en que encajaba conmigo como si perteneciera allí.

Y eso me destrozaba.

No tenía derecho a desear a esa chica. No tenía derecho a reclamarla de esa manera, a tratarla como si fuera mía. Ella era joven, llena de vida, y yo… yo era un hombre roto, un jodido viudo.

¿Qué pensaría mi hija de mí? Además de traicionar su confianza al involucrarme con su amiga, también había manchado la imagen de su madre.

Me pasé las manos por la cara una vez más, intentando borrar los recuerdos que ya parecían tatuados en mi mente. La culpa era un ancla, demasiado pesada para ignorarla. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había permitido que Maya, con ese aire provocador y sonrisa traviesa, se colara en mi vida y se adueñara de mis pensamientos?

Lo peor era saber que, por mucho que intentara convencerme de que eso no podía volver a pasar, una parte de mí quería más. *Quería a Maya*.

Salí de mis ensoñaciones solo para caminar hasta la silla del despacho y dejarme caer sobre ella. Necesitaba ordenar mis pensamientos, pero todo lo que podía sentir en ese instante era su boca aún sobre la mía, su sabor adictivo, su cuerpo pequeño pegado al mío.

Necesitaba alejarme. Tenía que volver a levantar una barrera entre nosotros antes de que todo se saliera aún más de control.

Pero, en el fondo, una voz susurraba lo que no quería admitir: *ya estaba perdido, ya necesitaba a esa chica…*

No sé cuántas horas pasaron, pero cuando salí del despacho, encontré a Ruby en el pasillo. Estaba con los brazos cruzados, apoyada contra la pared, y me preocupé al instante.

—¿Ha pasado algo, mi amor? — pregunté, sintiendo de nuevo cómo la culpa me invadía y me corroía por dentro.

Había traicionado la confianza de mi hija, y ya no sabía cómo arreglarlo. El miedo a que lo descubriera y nunca me perdonara me hacía doler el pecho de una forma que pensé que me iba a dar un infarto allí mismo, aunque todos mis análisis estuviesen al día. Aun así, sentía que iba a morir.

Mi niña se acercó a mí y, sin decir nada, me abrazó. Aquello dolió… dolió tanto. Porque era como si supiera el monstruo en el que me había convertido.

—Te quiero, papá.

Apreté la mandíbula y suspiré profundamente.

—Yo también te quiero, mi amor — respondí, intentando demostrarle lo mucho que significaba para mí.

Ruby se apartó de mí y me dedicó una sonrisa llena de ternura.

—Solo voy a decirle una cosa. La vida es demasiado corta para vivir atormentados por el pasado, sobre todo cuando ese pasado ya no está. La vida no es solo trabajo, política, elecciones. Tiene que vivir, quiero verle feliz, con quien usted quiera, papá. — Hizo tanto énfasis en ese "quien", que supe en ese momento que tenía plena certeza de lo que había pasado en el despacho.

—No es tan sencillo, mi amor.

Ella hizo un gesto para que no siguiera hablando.

—No tiene que darme ninguna explicación, solo quería quitarle ese peso que sé que lleva encima. Viva, papá. Solo viva y sea feliz. Ahora me voy a la cama, estoy muerta de sueño.

No quise alargar más el tema. Ni siquiera quise preguntar cómo sabía lo que había ocurrido. Probablemente Maya se lo habría contado a mi niña, pero tenía razón, oír sus palabras aliviaron un poco el malestar que sentía, aunque no cambiaban el hecho de que

seguía sintiéndome como una mierda por haber permitido que el deseo me dominara.

Ruby se despidió, y yo me quedé allí, solo, aún culpándome, sintiéndome el peor hombre del mundo.

No volvería a hacerlo nunca más…

Nunca más dejaría que la desesperación hablara más fuerte…

Nunca más tocaría a esa chica.

CAPÍTULO 10



Maya Sanders

Estaba tumbada sobre la cama del dormitorio, con los ojos pesados, pero pronto me despertaron los destellos de aquel momento en que la boca de Max se fundió con la mía.

Y sí, había dicho la verdad: ese fue el mejor regalo de cumpleaños que había recibido. Jamás lo olvidaría. Había deseado tanto ese instante que ahora, al pensar en ese beso, ni siquiera sabía decir si fue real o solo un sueño.

Cerré los ojos solo para recordarlo un poco más. Ya habían pasado dos semanas desde que todo sucedió, y aun así no había conseguido olvidar ni un solo detalle.

Sentir sus manos fuertes sobre mí… saber lo que podía provocarle cuando noté su erección contra mi vientre… pero todo eso se derrumbó en el momento en que vi el arrepentimiento en sus ojos.

Me sentí la persona más asquerosa del mundo. Me dio asco de mí misma. Había dicho que no volvería a ir detrás de él, y no fui, fue él quien me besó. Pero, aún así, me sentí horrible.

Por eso, cuando llegué al cuarto de Ruby aquella noche, no pude contenerme y le conté lo que había pasado. Se alegró durante unos segundos, antes de darse cuenta de que yo estaba fatal. Entonces le conté todo: el beso maravilloso, lo que sentí, como si el mundo entero hubiera encajado por fin… y también como si yo fuera la desgracia de Maxwell Monroe, el hombre que me miró con tanto arrepentimiento que me hizo sentir sucia.

Solté un suspiro y decidí coger el móvil para distraerme con las redes sociales. No tenía nada que hacer ese día, ya que Ruby se había ido a Seattle con su padre a un evento político, así que decidí

matar el tiempo así, a ver si el sueño volvía y dejaba de pensar en ese hombre.

Como seguía algunas páginas de cotilleos y tabloides, enseguida me di cuenta de que olvidarme de Maxwell Monroe, el prometedor futuro presidente de los Estados Unidos, sería imposible. El hombre, al ser un político tan reconocido y estar en la cima de todas las encuestas, se había convertido en una figura mediática, y todos los periodistas querían una pizca de él.

Así que, en ese mismo instante en que él y Ruby estaban en Seattle, lo único que se veían eran fotos de los dos llegando al evento, que además de reunir a diversos miembros del consejo de medicina, también contaba con grandes nombres de la política.

Observé una foto de Ruby y Max y terminé sonriendo, porque esos dos eran guapísimos. No cabía duda de que eran padre e hija; formaban una pareja que dolía a la vista de tan bellos que eran.

Y entonces, me puse a escribirle un mensaje a mi amiga, para molestarla un poco.

Maya: *Te juro que, si no fuera hetero, te desearía, solo por lo increíblemente guapa que estás con ese vestido.*

Ruby - Mejor amiga del mundo:

No juegues con mi corazón.

Solté una carcajada al ver la foto que me mandó justo después, como si se hubiera desmayado de la emoción. Amaba a esa idiota.

Maya: *¿Qué tal está el evento?*

Ruby - Mejor amiga del mundo:

¡Un coñazo! ¡Socorro! ¿Me salvas?

Puse los ojos en blanco ante su drama.

Maya: *Te juro que, si estuviera ahí, ya te habría encontrado algún viejales buenorro para que te lo ligaras.*

Ruby - Mejor amiga del mundo:

¿Quieres que me quede sin herencia?

Solté una carcajada, porque tenía clarísimo que Max nunca la desheredaría solo por liarse con un hombre mayor.

Maya: *Necesitas follar, Ruby.*
No quiero ser una mala influencia,
pero ya casi tienes 21,
muerta de ganas estás, y solo
no lo has hecho por miedo a tu padre.

Ruby - Mejor amiga del mundo:
Yo sé que soy una clásica,
pero aún no he encontrado al chico indicado.

Maya: *Entonces, ¡todo bien!*
Si es solo por eso,
te apoyo totalmente.
Todo llega a su debido tiempo.

Esperé a que me dijera algo más, pero Ruby no volvió a escribir nada. Probablemente estaría ocupada con el evento y no pudo prestarme atención. Mañana, cuando regresara a casa, hablaríamos más.

Dejé el móvil a un lado y, sabiendo que realmente no volvería a dormirme, me levanté y caminé hasta la ventana de la habitación.

Me quedé observando hacia fuera, sin embargo, algo malo me oprimía el pecho y no supe explicar qué era, solo tenía claro que algo no iba bien.

Probablemente era porque me sentía muy sola ese día. Sin embargo, aquella sensación extraña no dejaba de incomodarme. Volví a la cama y cogí el móvil, desbloqueé la pantalla y revisé la bandeja de mensajes para ver si Ruby me había respondido, pero al notar que no había ninguna respuesta, esa sensación se intensificó, dejándome casi sin aliento.

Entré en mi Instagram y, en cuanto actualicé la página y vi la noticia que apareció, sentí cómo el aire se me quedaba atrapado en el pecho, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

"Atentado contra el candidato Maxwell Monroe durante un acto político"

Las piernas me fallaron y simplemente abrí la marcación rápida.

El móvil sonó… sonó… sonó… y no contestó.

—Por favor… por favor…

Las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro, y me acordé de cuando Ruby se abrió conmigo, unos meses después de que nos conociéramos.

—Estábamos en un acto político, cuando sufrimos un atentado y mi madre recibió un disparo justo en la nuca.

—No… Ruby… por favor, contesta — seguí murmurando.

Y no sé si mis súplicas fueron escuchadas, pero cuando oí la voz llorosa de mi amiga al otro lado de la línea, pensé que me iba a morir del miedo y, al mismo tiempo, del alivio de saber que estaba bien, al menos dentro de lo que cabía, porque estaba contestando mi llamada.

—Por el amor de Dios, dime que estás bien — ni siquiera me di cuenta de que estaba gritando.

—Ma… Maya, sí… — Ruby lloraba tanto que apenas se le entendía.

—¿Juras que estás bien? Me estaba muriendo mientras no contestabas.

—Lo juro… — Ruby pareció quedarse sin aliento. — No puedo hablar ahora.

Yo lo entendía, no había manera de no entenderlo, pero solo saber que estaba bien ya aliviaba un poco el miedo en mi pecho.

—Amiga, todo bien. Te quiero. Tranquila, ¿vale?

—Papá, habla con ella — oí a lo lejos la voz de Ruby.

—¿Maya? — la voz grave de Maxwell tomó la línea, y todo el resto del miedo que sentía se desvaneció; estaban bien, no habían sido alcanzados.

—¿Estáis bien, verdad? — mi voz sonaba desesperada.

—Todo está bien. Tranquila. Solo fue un ataque de ansiedad de Ruby —tú sabes por qué, no hace falta que entre en detalles—. Pero estamos bien.

—Gracias… por hablar conmigo.

Respiré hondo.

—Claro. Voy a colgar para cuidar de Ruby.

—Vale, ¿puedes pedirle que me llame cuando se sienta mejor?

—Lo haré.

Maxwell colgó, y yo cerré los ojos, dejando que más lágrimas recorrieran mi rostro.

Nunca había sentido tanto miedo al ver un titular en una página de cotilleos. Pero estaban bien. Volverían pronto, y yo cuidaría de mi amiga... en el fondo, también me preocupaba Max, pero no quería pensar en eso. Me concentraría solo en Ruby.

No podía seguir ilusionándome con un hombre que se arrepentía de haberme besado…

En ese momento, solo podía dar gracias de que él y mi mejor amiga estuvieran bien… porque eran mis únicas personas en el mundo, y si los perdiera, no sabría qué hacer con mi vida.

Ni siquiera podía imaginarme esa posibilidad.

No sabía cómo me alejaría de ellos cuando Max ganara las elecciones, pero al menos, cuando se fueran a la Casa Blanca, tendría la convicción absoluta de que estarían seguros. No como hoy, cuando creí que me los habían arrancado de golpe.

Ya no podía soportar perder a nadie más, ya fuera porque se alejara de mi vida o porque falleciera. No podía más.

Necesitaba una dosis de felicidad, o no sería capaz de seguir adelante con mi camino.

Solo quería ser feliz, una sola vez... solo una.

CAPÍTULO 11



Maxwell Monroe

Después de unos días desesperantes, con Ruby sin poder dormir al recordar todo lo que vivimos en la Cumbre Nacional de Salud y Políticas Públicas —el evento que volvió a hacerme temer por ser político, el evento que me hizo pensar que perdería a mi hija. Casi pierdo a mi secretaria, pero por suerte, un hombre desconocido para mí —aunque sabía que Avery lo conocía— la salvó.

En cuanto avisté las puertas de mi casa, aún dentro del SUV, agradecí mentalmente por estar ahí, sanos y salvos.

Durante el camino, Ruby había llamado a Maya, así que no me sorprendió en absoluto verla sentada en los escalones que llevaban a la entrada de la mansión. En cuanto vio acercarse el coche, se levantó y esperó hasta que nos detuviéramos.

En cuanto el vehículo se detuvo, Ruby saltó del coche y corrió hacia su amiga, que la recibió con los brazos abiertos, y vi el momento exacto en que ambas rompieron a llorar.

—Tuve tanto miedo —susurró Ruby, pero pude oírlo, y me sentí el peor padre del mundo por haberla expuesto a todo aquello, aunque escapaba completamente de mi control.

Mis guardaespaldas actuaron en cuanto detectaron el peligro y nos sacaron del lugar, pero aún me culpaba de que Avery se hubiera quedado atrás. Todos mis asesores habían sido protegidos, y mi secretaria, sobrina de la esposa de mi tío, estuvo a punto de ser alcanzada. No me lo habría perdonado jamás si algo le hubiera pasado y hubiera dejado a Ella, su hija, sola en el mundo.

—Cuando vi la noticia, mi mundo se vino abajo, estaba tan desesperada, y tú no contestabas —sollozó Maya, llorando también.

—Perdón, estaba tan en shock que vi la llamada después.

—No me pidas perdón, ni siquiera me imagino cómo debiste de sentirte. Pero qué alivio que tú… —Maya me miró—. Que vosotros estéis bien.

Ruby asintió y besó a su amiga.

—¿Y tú, cómo lo llevaste? —quiso saber mi hija.

—Desesperada, pero en cuanto supe que estabais a salvo me quedé más tranquila —Maya volvió a mirarme—. ¿Me esperas un momento?

Cuando Ruby asintió, Maya la soltó y caminó hacia mí. Jamás había visto tanta determinación en una sola mirada, pero cuando me rodeó con los brazos y suspiró, me quedé sin reacción durante unos segundos.

Pero en cuanto el dulce aroma de su cabello me invadió, no pude resistirme y la atraje más hacia mí, devolviéndole el abrazo.

No dijo nada. Yo tampoco. Pero no hacía falta. No cuando su corazón, latiendo con tanta fuerza, retumbaba contra el mío.

Fue desesperante pensar que tal vez no volvería a verla nunca más, que nunca volvería a sentir su olor, y al mismo tiempo, fue

angustiante saber que estaba aquí, probablemente muy preocupada por Ruby y… por mí.

Maya se apartó, dejó que sus ojos, de un azul tan profundo, se encontraran con los míos durante unos segundos, asintió una vez en mi dirección y enseguida me dio la espalda, volviendo junto a mi hija, que nos observaba con una ligera sonrisa en los labios.

Ruby alzó una ceja hacia mí, pero enseguida desvió la atención, entrando en la mansión con Maya. Mientras yo me quedé atrás, viendo cómo ambas desaparecían de mi vista.

No sabía lo que estaba haciendo, pero ese abrazo de Maya, después del beso que le di, hizo que algo dentro de mí cambiara, algo que no había cambiado en mucho tiempo. No quería dejarme llevar por el deseo, pero la verdad es que, durante esas dos semanas, no había conseguido olvidarme de cómo se entregó a ese beso, de cómo me sentí vivo al tener su boca en la mía.

Pero también estaba la culpa… me sentía demasiado culpable por haberme permitido ceder. Llevaba tiempo intentando mantenerme alejado y, en un instante de debilidad, me dejé caer.

Eso no podía continuar. Maya era amiga de mi hija, yo era el futuro presidente del país, y esa chica sería un escándalo si la prensa llegara a saber de su existencia. Esa niña estaba prohibida para mí, completamente prohibida.

Entré en la mansión en silencio, cerrando la puerta con cuidado a mis espaldas, como si el ruido pudiera desatar una nueva oleada de pensamientos que llevaba semanas intentando reprimir desde el momento en que Maya me abrazó. Mi corazón seguía latiendo rápido solo por saber que me había tocado.

Caminé por el pasillo principal, intentando distraerme con el brillo familiar de los candelabros y el eco de mis pasos sobre el mármol impecable. Pero mi mente insistía en volver a aquella noche de semanas atrás. El beso. La forma en que Maya me había mirado después, y cómo yo dejé claro lo arrepentido que estaba.

—¡Qué bueno que esté bien, señor! — Me sobresalté, sacado tan bruscamente de mis pensamientos.

—Lex, por el amor de Dios, ¿quiere matarme del susto?

La mujer que trabajaba en mi casa desde hacía tantos años sonrió y se acercó a mí, apoyando la mano en mi hombro mientras

bromeaba:

—¿Quién le manda andar tan distraído?

Solté una risa por la forma en que aquella mujer me hablaba. Siempre había tenido ese tipo de confianza conmigo, sobre todo porque yo la consideraba como una madre.

—La verdad es que estaba perdido en mis pensamientos.

La mujer, con una expresión más relajada, preguntó:

—¿Cómo está todo después del atentado?

—Ah, es un poco raro. Más aún cuando ya has pasado por algo parecido y has perdido a alguien. Tenía mucho miedo, Lex. Sentía como si hubiera vuelto atrás en el tiempo y estuviera viendo todo repetirse. Si perdía a Ruby…

Yo no era un hombre que mostrara sus emociones, pero sentí que la voz se me quebraba solo de imaginar que me arrebataran a mi hija, como ocurrió con su madre.

Lex apretó mi hombro con suavidad, dejándome claro que estaba ahí para mí, por si necesitaba desahogarme.

—Siento mucho que hayas tenido que revivir eso, hijo. Pero lo importante es que estáis bien.

—Sí, lo estamos, y estoy agradecido por ello.

La mujer me dedicó una sonrisa más amplia y avisó:

—He preparado una lasaña para levantar el ánimo, porque con el estómago lleno nadie está triste.

Sonreí de lado y asentí. Lex era de esas personas que creía que la comida lo curaba todo. Ojalá eso fuera verdad, pero la realidad era que no lo arreglaba todo.

Sabía que mi vida en la política conllevaba riesgos, pero sufrir un atentado otra vez, y esta vez con mi hija presente, me mantenía en alerta. A medida que se acercaban las elecciones, me sentía cada vez más tenso, con la sensación de que algo mucho peor podía ocurrir. Por eso, la seguridad mía y la de Ruby se había reforzado. Todo mi equipo también estaba protegido. No quería perder a nadie.

No podía permitirme perder a nadie más.

—Vamos a cenar, que las chicas ya están esperando —avisó Lex mientras se dirigía al comedor.

Asentí y me quedé pensando también en eso.

Mi vida ya estaba llena de problemas, y por lo visto, me estaba buscando uno más al seguir pensando en la mejor amiga de mi hija de esa manera…

De la forma en que un hombre no debería pensar en una chica tan joven…

¿Qué demonios estaba pasando con mi vida?

Y bastó con llegar al lugar donde las chicas ya estaban reunidas para saber que, en algún momento, probablemente volvería a cometer el error de dejar que Maya se acercara.

Y lo sabía… esa chica sería mi perdición.

CAPÍTULO 12



Maya Sanders

Estaban bien…

Eso era lo único en lo que podía concentrarme. Ruby y Max estaban bien, no les habían alcanzado las balas, todo iba a salir bien, su seguridad había sido reforzada.

Sabía que el mundo de la política era peligroso, pero nunca lo había sentido tan real frente a mí. Todavía no lograba olvidar el día en que todo ocurrió; me sentí tan desesperada, con el corazón en un puño. Aun así, todo había terminado bien.

Me levanté de la cama de Ruby, mientras mi amiga dormía profundamente, y salí de su habitación. Tenía insomnio. No se lo había dicho, pero desde el atentado no conseguía dormir más de dos horas por noche. Mi cuerpo estaba agotado, pero la preocupación no me dejaba descansar.

Recorrí el pasillo silencioso; la mansión parecía aún más imponente de noche, envuelta en penumbra, con solo la luz suave de la luna atravesando las ventanas, apenas iluminando el interior de la casa.

Bajé las escaleras despacio, con los dedos rozando la barandilla. Cada paso parecía retumbar en la inmensidad del lugar. Tal vez si iba a la biblioteca y cogía un libro, podría leer hasta que el sueño me venciera.

Pero justo antes de continuar hacia allí, me di cuenta de que la luz del despacho de Max seguía encendida.

¿También estaría él con insomnio?

Si conocía bien a ese hombre, tenía casi la certeza de que seguía preocupado por lo ocurrido y por lo que pudiera venir.

Llevé la mano al pomo, pero dudé por un instante. Era demasiado tarde y no debía quedarme sola con Maxwell en una habitación cerrada. Aún no había olvidado su arrepentimiento después de besarme, y estaba cansada de ponerme la máscara de chica atrevida, dispuesta a todo por él. Estaba cansada de mentirme. Max no quería estar conmigo, y yo debía dejar de insistir.

Aquello era una adicción inexplicable, pero que necesitaba un final. Tenía que encontrar a un chico de mi edad, que seguramente rompería mi corazón, pero sería mejor que joderlo todo con el padre de la única amiga que tenía.

Sin embargo, esa comezón que siempre me empujaba a hacer tonterías me hizo girar el pomo, y abrí lentamente un resquicio de la puerta, solo para comprobar si Max estaba realmente allí o si se había olvidado de apagar la luz. Pero al constatar su presencia, me quedé paralizada para no llamar su atención. Max estaba sentado en su escritorio, con la cabeza apoyada en una mano, los dedos presionando las sienes como si intentara aliviar el peso del mundo.

Tragué saliva al ver lo devastado que se veía. No quería interrumpirlo, así que me quedé quieta en la entrada. Parecía tan… humano. Distinto del hombre firme e inquebrantable que solía ver,

distinto incluso del Max que me había besado semanas atrás, ese Max que parecía una bestia hambrienta de mi boca. Ese hombre allí estaba perdido, preocupado, desesperado.

Y aunque quisiera alejarme, no podía, porque ver a Max triste y tan desamparado de aquella manera me rompía algo por dentro. Algo inexplicable, pero que aun así me dolía.

Pensé en abrir del todo la puerta y entrar en su despacho, pero necesitaba ser fuerte, necesitaba no volver a pensar en el padre de mi amiga. Por eso, me marcharía de allí sin siquiera hablar con Maxwell.

—Sé que estás ahí, Maya —dijo de repente, sin levantar la vista.

Sentí que mi cuerpo se congelaba por un segundo antes de obligarme a respirar, y toda mi resistencia se fue a la mierda al oír su voz. Sin pensarlo dos veces, empujé suavemente la puerta con la mano, el sonido del movimiento interrumpiendo el silencio.

—Perdón… vi la luz encendida. Y mi curiosidad nunca me deja en paz —murmuré, deteniéndome junto a la puerta, sin saber si debía entrar del todo.

Max finalmente levantó la mirada, y algo en la intensidad de sus ojos hizo que mi corazón se acelerara. Ese hombre tenía el poder de hacerme sentir que me derretía con una sola mirada.

—Está bien. —Hizo una pausa, cerrando el portátil con un gesto tranquilo—. ¿No has podido dormir?

Negué con la cabeza.

—No he dormido bien desde que pasó todo. —Me encogí de hombros, intentando sonar casual, aunque sabía que él percibiría lo que realmente sentía.

Max señaló el sillón frente a su escritorio.

—Siéntate, Maya.

Obedecí, sintiéndome extrañamente pequeña en aquel entorno tan grande y serio. Bueno, en realidad era bastante pequeña, pero eso ahora no venía al caso.

El padre de mi amiga soltó un largo suspiro, pero sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento.

—Lo que pasó aquel día fue difícil para todos nosotros. Pero no tienes por qué preocuparte. Ruby está a salvo, prefiero dar todo lo

que tengo antes que dejar que mi hija corra cualquier riesgo. — Su voz era grave, pero al mismo tiempo suave.

—¿Y tú? — pregunté, dejando escapar las palabras que deberían haberse quedado guardadas.

—¿Qué pasa conmigo? — inquirió.

—¿Tú también estarás a salvo? ¿No te va a pasar nada? — susurré, con la voz entrecortada.

Los ojos de Max reflejaban preocupación, ese azul claro que siempre me fascinaba ahora estaba más oscuro, como si hubiera perdido cinco años de vida en los cuatro días que habían pasado desde el atentado.

—No tienes que preocuparte también por mí, Maya.

—No puedo evitarlo, Max. Quisiera no preocuparme por ti. Pero todo indica que vas a convertirte en el presidente de este país, ¿y después? ¿Vas a estar a salvo, o te van a disparar antes de subir al escenario a celebrar tu victoria?

Mi corazón se aceleró aún más solo con pronunciar aquellas palabras. ¿Estaba realmente a salvo de todo y de todos?

—Eso solo el tiempo lo dirá. Lo que puedo hacer, ya lo estoy haciendo. Así que tenemos que confiar en que todo saldrá bien.

Me miró durante un largo momento, y aquella mirada parecía atravesarme, llegar justo a esa parte de mí que siempre intentaba esconder.

Casi no me di cuenta de que estaba llorando, pero cuando sentí las lágrimas resbalar por mi rostro, me las sequé enseguida. No quería que viera cuánto miedo tenía.

—¿Por qué lloras? —soltó, con un gruñido.

—¿Tú qué crees? —devolví la pregunta.

—No tengo ni idea, Maya — respondió, tensando ese músculo de la mandíbula que me hacía sentir aún más cosas inexplicables por dentro.

—Puede que solo sea una chica de 21 años, pero me preocupo de verdad por ti, Max. El deseo que siento por ti no ha cambiado, aunque ahora sepa que lo único que te queda es arrepentimiento por lo que hiciste conmigo — confesé, aunque mi cabeza gritaba que debía callarme.

—No quiero hablar de eso.

Tragué saliva y asentí, levantándome del sillón. Necesitaba salir de allí. Necesitaba dejar de alimentar ese deseo por Max. Pero quizá yo era la imprudencia en persona, iba a echarle la culpa a mi edad, porque no fui capaz de marcharme antes de soltar:

—¿Fue tan malo? ¿Besarme fue tan horrible que por eso te arrepentiste?

Maxwell apretó los puños.

—He dicho que no quiero hablar de eso — gruñó otra vez.

—Solo necesito saber si soy tan mala que hago que los hombres se arrepientan de besarme. No sé qué pensar, me paso el día dándole vueltas al beso, intentando entender por qué te arrepentiste. Y tengo miedo de ser una mujer horrible en lo que se refiere a relaciones con hombres, y…

—¡Cállate, Maya! — Max alzó la voz, levantándose de su sillón. Parecía fuera de sí. — ¡Besarte no fue malo, joder! Besarte fue lo mejor que he hecho en años. Pero, mierda, perdí a mi mujer y debería estar honrando su recuerdo, y no, decidí comportarme como un cabrón y besar a la amiga de mi hija. Eso fue lo que me hizo

arrepentirme de ese beso. Me hizo odiar ese beso, pero no fuiste tú, *fui yo*.

Max remarcó la última palabra, dejando claro que no había nada malo en mí. Y eso… eso era justo lo que necesitaba para actuar.

—Tu esposa no querría que te cerraras así al mundo, *presidente*. Estoy segura de que querría que volvieras a disfrutar de la vida. Solo piensas en el trabajo, trabajo y más trabajo. ¿Y tu felicidad?

—Mi felicidad es saber que Ruby está bien — gruñó.

—Ruby está bien y quiere que tú también lo estés.

Max se quedó en silencio, lo cual me dio la oportunidad de insistir:

—Olvida tu vida fuera de aquí, Max, y respóndeme con el corazón: ¿me deseas o no?

—Maya… — Intentó cortar el tema, pero levanté la mano en su dirección.

—Olvida el mundo fuera de aquí y respóndeme si me deseas.

De nuevo apretó la mandíbula, pero cuando contestó, supe que había ganado la batalla.

—¡Te deseo! — afirmó.

Fue en ese momento cuando olvidé todo lo que había prometido no hacer y me lancé sobre Maxwell Monroe, el futuro presidente del país… y el padre de mi mejor amiga.

CAPÍTULO 13



Maxwell Monroe

Sabía que estaba jodido en el momento en que la vi caminando hacia mí con ese pijama que ya le había pedido que no usara por los pasillos de mi casa.

Maya se detuvo frente a mí y me quedé observándola, esperando que diera el primer paso. Ya estaba jodido, lo sabía. Estaba seguro de que una nueva oleada de arrepentimiento me invadiría en cuanto me apartara de ella, pero en ese momento solo

pensaba en rendirme, en dejar de luchar. Solo pensaba en vivir un poco, tal y como esa chica y mi hija ya me habían dicho que hiciera.

Maya se acercó más, lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo fundirse con el mío. Y mis instintos rugieron, haciéndome perder parte del control. Mis manos fueron a parar directamente a su culito redondo y la atraje hacia mí.

La chica era bastante más bajita que yo, así que tuve que inclinarme un poco para alcanzar su boca, que parecía ansiosa por encontrarse con la mía. Apreté su trasero mientras mi lengua invadía su boca y me apropiaba de sus labios.

El beso no tuvo nada de tranquilo, ya nació con hambre, con rabia por estar rindiéndome otra vez a esa chica, por permitirme caer de nuevo en ese pecado. En ese enredo prohibido. Sería un escándalo si aquello saliera en las noticias. Esa chica tenía edad para ser mi hija, y yo estaba ahí, devorándola.

Apreté aún más su trasero y Maya gimió dentro de mi boca. Mordí su labio inferior y me aparté solo lo justo para apoyar mi frente contra la suya y susurrar:

—No debería estar haciendo esto.

—Claro que puedes hacerlo. No hay nada que nos impida hacer lo que queramos, Max. —Maya jadeaba.

Aprovechando que la sostenía por el trasero, la levanté para ponerla a mi altura. La muy lista envolvió su cintura alrededor de la mía con las piernas y me abrazó por el cuello con sus brazos suaves.

—¿Tienes idea de que eres amiga de mi hija? Soy mucho mayor, y ni siquiera puedo asociar mi imagen con la de una chica tan joven.

Maya puso los ojos en blanco, acercó su boca a la mía y pasó la punta de su lengua por mi labio inferior.

—Te dije que olvidaras tu vida fuera de aquí y te concentraras solo en lo que está pasando dentro. Ahora deja de pensar tanto y fóllame.

Mi polla palpitó dentro de los bóxers y decidí hacer exactamente lo que esa chica acababa de decir. Fuera de allí yo era el futuro presidente del país, pero dentro de ese despacho, oculto de todos y de todo, era solo un hombre que quería vivir, aunque fuese solo por unos minutos, algo que no sentía desde hacía años.

Caminé hacia el escritorio y, mandando todo a la mierda, barrí los objetos que había sobre la mesa mientras sostenía a Maya con un brazo. Y en cuanto la superficie estuvo despejada, la apoyé allí con firmeza.

Maya aprovechó para soltar mi cuello y llevó las manos a los botones de mi camisa. Los desabrochó uno a uno, mientras mi corazón latía con fuerza por la expectativa.

¡Joder! Hacía mucho que no hacía esto.

Maya me quitó la camisa y recorrió mi torso con la mirada, bajando lentamente por mi pecho, deteniéndose en mi abdomen, siguiendo el camino de los finos vellos que descendían por mi ombligo y desaparecían bajo el cinturón del pantalón.

—Te deseo tanto, Max.

La sujeté por el cuello, dejándola atrapada, mientras acercaba mi boca a la suya.

—Eso está bien, porque no vas a salir de aquí hasta que seas mía. Toda mía, Maya.

Maya sonrió con ese gesto pícaro tan suyo.

—Lo estoy esperando.

Y volví a besarla de la forma más brutal que pude, con fuerza, con rabia, con hambre. Le devoré la boca, la hice mía, la tomé como rehén. Iba a hacerla mía allí mismo, la poseería por completo, haría que gritara mientras la follaba con toda esa necesidad que había despertado en mí.

Haría a esa chica, completamente prohibida para mí, mía. Solo mía.





Maya Sanders

Tal vez estaba en el paraíso y aún no me había dado cuenta. Tal vez estaba soñando, y cuando despertara me rompería de tristeza al saber que aquello no era real. Porque sentir a ese hombre devorándome y apretándome los pechos por encima de la camiseta del pijama… parecía una mentira de lo más deliciosa, una mentira que no quería que terminara.

Su boca tomaba la mía con hambre, mostrándome lo brutal que podía ser con un simple beso. Sus labios maltrataban los míos mientras me besaba con más rabia, con más deseo a cada segundo.

Maxwell mordió mi labio, y solté un gemido desde lo más profundo de mi alma, lo que pareció liberar por completo a la bestia que llevaba dentro.

Sentí sus manos aferrarse a mi pijama, y Max lo rasgó con tanta fuerza que el sonido de la tela rompiéndose se mezcló con nuestras respiraciones entrecortadas, justo cuando se apartó de mi boca.

Mis pechos quedaron expuestos, y noté el instante exacto en que sus ojos se incendiaron al verlos. Estaba a punto de ser devorada por ese monstruo, y solo de pensarlo mi cuerpo lo deseaba aún más, anhelando que hiciera exactamente lo que prometían sus ojos.

Con una de sus manos grandes, tomó uno de mis senos, apretándolo con fuerza, arrancándome otro gemido profundo, de esos que nacen desde dentro, de esos que gritan lo entregada que estaba.

—¿Así que este es tu verdadero lado? — murmuré con la voz ronca de deseo, mientras él giraba mi pezón entre sus dedos firmes.

—¿El lado que folla fuerte, que marca tu cuerpo, que te convierte en mi rehén para usarte como me dé la gana? — Su voz sonaba tan rasposa, tan cargada de placer, que mi cuerpo entero reaccionó; mi braga ya estaba completamente empapada.

—Sí — respondí sin aliento, con el cuerpo tomado por un deseo abrasador.

—Ah, huracán… soy exactamente ese hombre. — Separó aún más mis piernas, colocándose más cerca de mí, y luego deslizó una mano hasta el borde de mi pantaloncito. No tardó nada en colarse dentro, apartando mi braga sin el menor miramiento, dejando que sus dedos recorrieran toda mi humedad.

Max acercó sus labios a mi oído y dejó escapar un gruñido profundo, justo cuando uno de sus dedos me penetraba con firmeza.

—Tu conejito va a sufrir de verdad cuando me hunda hasta el fondo y te folle con toda la rabia y el deseo que estoy sintiendo, Maya.

—Pago por verlo, *presidente* —le mordí el lóbulo de la oreja mientras empezaba a mover un dedo dentro de mí, y con el otro acariciaba mi clítoris.

—¿De verdad sabes lo que estás diciendo, chica? —gruñó, al tiempo que me penetraba con un segundo dedo, intensificando los movimientos de su mano.

No fui capaz de responder. Mi respiración se había vuelto descontrolada, completamente dominada por cómo me estaba invadiendo.

Max tiró de uno de mis pezones, arrancándome un gemido desgarrado, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro, deleitándose con mi reacción.

—Creo que me gusta escucharte gemir así —gruñó, enterrando aún más sus dedos dentro de mí.

Entonces bajó la cabeza hasta mi pecho, y el contacto fue tan intenso, que todo mi cuerpo se estremeció. Su boca atrapó uno de mis pezones y succionó con fuerza. Llevé una mano a su cabello, apretando para mantenerlo ahí, deseando que no parase nunca.

Mi cuerpo empezó a moverse solo sobre la mesa, y estaba tan mojada que sus dedos entraban y salían con tanta facilidad.

Max mordió mi pezón, haciéndome gritar una vez más, mientras sentía dolor y placer mezclados, y lo único que quería era

más, mucho más.

Apartó la boca de mi pezón y sopló suavemente sobre la punta hinchada. Se me erizó la piel al sentir ese soplo leve. Mi coño se contrajo y supe que estaba a punto. Max también lo sintió, porque el cabrón me sonrió con esa expresión vengativa y sacó los dedos de dentro de mí.

—¿Por qué has parado? —pregunté entre suspiros.

Llevó los dedos a la boca y chupó mi flujo como si fuera el mejor dulce que había probado en años.

—No vas a correrte ahora, vas a correrte cuando mi polla esté metida en ti. ¿Entendido?

Gimoteé.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa, huracán.

Quizás empezaba a gustarme que me llamara así.

Max llevó las manos a la cintura de mi pantaloncito corto y lo bajó junto con las braguitas, dejándome completamente desnuda sobre su escritorio. Sujetó mi cuello con firmeza y empujó mi cuerpo

hacia atrás, acercándose a mí mientras el vello de su torso rozaba mis pezones endurecidos.

—Ahora voy a saborearte directamente de la fuente.

Max depositó un beso en mi cuello, mientras yo apoyaba los codos sobre la mesa y lo observaba bajar por mi vientre, dejando besos por mi piel, mientras su barba me hacía cosquillas a cada paso.

Hasta que levantó mis piernas, apoyó mis pies en el borde de la mesa y me atrajo aún más hacia él. Maxwell se arrodilló frente a mí, y antes de hacer nada, sopló sobre mi coño húmedo, ese escalofrío me hizo soltar un ronroneo, deseando con ansias que me saboreara de una vez.

Mis ojos se clavaron en los suyos, y él no apartó la mirada en ningún momento, mientras pasaba la lengua por todo mi coño. Fue imposible no gemir al sentirle así.

Me mordí el labio inferior y llevé la mano a su cabello, presionando su boca aún más contra mi intimidad, que lo ansiaba con desesperación.

Max sonrió contra mi piel, una sonrisa cargada de deseo y satisfacción, antes de intensificar los movimientos de su lengua.

Exploró cada rincón de mí como si tuviera todo el tiempo del mundo, provocando sensaciones tan intensas que mi cabeza cayó hacia atrás, dejando escapar un gemido más fuerte de mis labios.

Y para mi total desesperación, se alejó de mí, solo para murmurar a continuación:

—Tienes un sabor adictivo, Maya. —Su voz estaba tan ronca… Sabía que estaba tan encendido como yo.

Intenté tirar de su cabeza, para que volviera a lamerme, pero no lo hizo.

Volví a mirarle, suplicando:

—Sigue, por favor.

Él alzó la mirada, y sus ojos azules brillaban con pura lujuria.

—Eso es… suplica por mí, Maya. Déjame oírte suplicar por mi boca, por mis dedos, por mi polla.

—¿Quieres que me una a ti y me arrodille? —pregunté, furiosa porque no había vuelto a lamerme—. ¿Quieres que te suplique de

rodillas? Yo suplico, Max.

Intenté incorporarme, pero sus manos me lo impidieron.

—Tsk, tsk, tsk… —hizo el sonido con la boca, con la expresión más pervertida que he visto en mi vida.

—Quien está de rodillas por ti soy yo. Ahora mismo solo quiero oír tu voz suplicando por mi lengua.

Sí, él estaba de rodillas por mí. Me sentí jodidamente victoriosa.

—Por favor, Max… fóllame, cómeme, hazme correrme. Te lo suplico, *presidente*. —Sonreí al murmurar esa última palabra, y eso fue lo que le hizo perder el control.

Succionó mi clítoris con tanta intensidad que volví a gritar. Max no tuvo piedad mientras me lamía, mordisqueaba mi botoncito duro; sus dedos me penetraron de golpe, llenándome por completo, al mismo tiempo que su boca me llevaba al límite. Mis piernas temblaban, los músculos tensos por el placer creciente que me devoraba.

Gruñó mientras me follaba de esa manera salvaje, y ese sonido reverberó por todo mi cuerpo, haciendo que el placer se disparara a un nivel incontrolable.

—Max… yo… no voy a aguantar… —mi voz salió entrecortada, mi cuerpo ya al borde del éxtasis.

Y no sabía si debía correrme ahí mismo o esperar por su polla, como él mismo había dicho, pero el cabrón solo sonrió, con la boca pegada a mi coño, aumentando el ritmo, como si quisiera llevarme más allá de todo lo que creía posible.

Y ahí me perdí, mientras él me comía con locura, sus dedos me follaban con fuerza. Me corrí gritando, olvidándome por completo de que había empleados y mi mejor amiga en esa casa.

Max no se apartó de inmediato; siguió provocándome con besos suaves mientras yo recuperaba el aliento, mi cuerpo aún temblando por los restos del placer.

Cuando por fin levantó el rostro, sus labios brillaban, su barba estaba mojada, y la sonrisa satisfecha que me lanzó me hizo sonrojar.

¡Joder! ¡Me sonrojé como una colegiala inocente!

—Ah, Maya… tu sabor es una maldita adicción. Estás muy jodida, porque te vas a arrepentir del día en que te entregaste a mí. Ahora no hay vuelta atrás, voy a hacerte mía, mi pequeño huracán.

Si pensaba que iba a asustarme, estaba muy equivocado.

—Ser tuya es lo que más deseo, *presidente*.

Sus ojos se encendieron y se abalanzó sobre mí.

CAPÍTULO 14



Maxwell Monroe

Hacía mucho tiempo...

Hacía años que no probaba a ninguna mujer, y Maya… joder, sería tan fácil volverme adicto a esa chica.

Su sabor seguía en mi boca, y era el mejor que había sentido en la lengua en mucho tiempo.

Desabroché el cinturón, abrí el botón del pantalón, bajé la cremallera y dejé que la tela cayera a mis pies. Noté los ojos atentos

de Maya clavarse en el bulto de mi polla, aún cubierto por los bóxers, y me encantó ver cómo me miraba, llena de deseo.

Agarré mi polla, todavía dentro de la ropa interior, y Maya se mordió el labio inferior. ¿Tendría idea de lo jodidamente sexy que se ponía así?

—Max, odio esperar —se quejó, sin apartar los ojos del bulto de mi polla.

—¿Tienes prisa, Maya?

Se movió inquieta sobre la mesa. Me bajé los bóxers y dejé que mi polla quedara libre. Estaba dura de cojones, pero casi me jodí del todo al verla lamerse los labios, como si deseara ese momento con todas sus ganas.

Agarré mi polla y empecé a moverla lentamente. Era algo a lo que estaba acostumbrado para matar el deseo, me masturbaba casi siempre en la ducha, pero en ese instante sabía que eso no iba a quedarse ahí. Volvía a tener una mujer para mí.

—Espero que estés lista.

—He nacido lista.

Avancé hacia ella, deslicé mi polla por su coño, y sentirla tan caliente me volvió completamente loco. Y sin esperar ni un segundo más, me enterré dentro de Maya de una sola vez, hasta el fondo, cumpliendo lo que había prometido: llenarla por completo con mi polla.

Ella gritó y llevó sus manos a mi espalda, clavando las uñas en mi piel, marcándome como suyo, y me encantó. Me encantó sentir ese ardor en la piel.

—¡Dios mío! —gemía ella.

Me retiré casi por completo solo para volver a embestirla con más fuerza, haciendo que el sonido de nuestros sexos se expandiera por toda la habitación. La sensación de estar dentro de ella era demoledora, como si todo el mundo se hubiese reducido a ese momento.

Perdí el control, empecé a moverme con fuerza, rápido, follándome a la chica que estaba poniendo mi vida patas arriba. Cada movimiento, cada gemido que escapaba de sus labios me volvía más hambriento, más desesperado por tenerla entera.

Mis manos sujetaban con firmeza sus muslos, manteniéndola en su sitio mientras la mesa crujía suavemente bajo nosotros, al ritmo de mis embestidas. Su cuerpo encajaba con el mío como si hubiera sido hecho a medida, apretándome de una forma tan buena que rozaba lo insoportable. ¡Joder! Me estaba estrangulando la polla con ese coño apretado, y yo quería más, mucho más de ella.

—Maya… — su nombre salió de mis labios como un gruñido, cargado de deseo.

Su cabeza descansaba en mi hombro, y sus uñas seguían arañando la piel de mi espalda. Mi polla entraba y salía cada vez más rápido de su delicioso coño. Pero aún no era suficiente. Quería más. Quería ir más profundo, romperla, marcarla, para que se acordase de mí con cada paso que diera después de follarla de esa forma tan salvaje.

Agarré su cintura y la empujé contra mí con cada embestida. Quería hundirme más, necesitaba llegar al fondo.

Los gritos de Maya se convirtieron en gemidos entrecortados, me mordió el hombro mientras yo la penetraba con fuerza, tomándola y follando ese coño delicioso que tenía.

—Mi huracán delicioso —murmuré contra su oído, con la voz ronca y baja.

Ella se apartó de mi hombro para mirarme a la cara.

—No es un sueño, ¿verdad? —gimió.

—Es un sueño lleno de lujuria.

Apreté su cuello y la embestí más profundo, mientras la ahogaba suavemente.

—Un sueño jodidamente delicioso —gruñí.

Mientras la sonrisa más descarada se dibujaba en su boca, sus ojos mostraban algo que no quería enfrentar en ese momento. Aquello me asustaba. Era una mezcla de entrega y pasión que sinceramente no sabía a dónde nos llevaría, pero probablemente significaba que esa no sería la única vez que estaría dentro de Maya Sanders.

Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos, y seguí embistiendo con fuerza, hundiendo mi polla en su coño, queriendo que se derramara sobre mí, que su placer se mezclara con el mío.

Ella arqueó la espalda, todo su cuerpo temblando mientras gemía mi nombre… y eso fue mi perdición.

Empujé su cuerpo hacia atrás, haciendo que volviera a apoyar los codos sobre la mesa, solo para agarrar sus caderas con fuerza, sujetándola con firmeza mientras aumentaba el ritmo, queriendo llevarnos a los dos al límite.

Follé su coño apretado con más intensidad, sintiendo el sudor correr por mi frente mientras lo daba todo, para que esa chica entendiera en lo que se había metido.

—Más… ¡ah, Max! —Maya puso los ojos en blanco y se corrió, apretando aún más mi polla mientras su jugo resbalaba entre los dos.

Me moví más rápido, prolongando su orgasmo, hasta que sentí el mío acercarse. Me salí de dentro de ella, llevé la mano a mi polla y me masturbé rápido, derramando mi semen sobre su vientre liso.

Estábamos completamente jadeantes. Sujeté su nuca y acerqué su frente a la mía, nuestra piel pegajosa por el sudor, y sus ojos no se apartaban de los míos.

Sabía que ese momento debía estar mal, que nunca debió haber pasado, y que tendría que ser el último. Pero mientras sentía su respiración entrecortada contra mi rostro, lo único en lo que podía pensar era en cuánto deseaba que nunca terminara.

—Necesitamos una ducha —murmuró ella.

—Sí… la necesitamos —susurré.

Maya llevó su dedo índice hasta el semen que marcaba su vientre y lo pasó por el líquido blanco; en seguida, la muy descarada se lo llevó a la boca.

—Tu sabor también es adictivo, Max. Quiero chupártela la próxima vez.

Sentí el impacto de sus palabras directo en el pecho.

—Sabes que no puede haber una próxima vez.

Maya me sorprendió aún más cuando tomó una de mis manos y la llevó hasta su coño completamente empapado. Frotó mis dedos contra su carne suave y murmuró:

—Dilo… dilo mientras sientes mi coño. Di que no puede haber una próxima vez. Di que odiaste el sexo conmigo. Di que soy

horrible en lo que estoy haciendo, porque si no dices nada, voy a querer repetir y tú sabes que también vas a querer.

Cerré los ojos por un momento y metí un dedo dentro de ella. Estaba increíblemente sensible después de lo que acabábamos de hacer.

¡Jodidamente caliente!

Saqué el dedo solo para volver a meterlo, y empecé a follarla con él, a pesar de que los dos acabábamos de corrernos como locos.

—Dilo, Max… di que no habrá…

La callé con mi boca, mientras mi dedo seguía follando su coño. La besé con hambre, dándome cuenta de que con esa chica nada era tranquilo, todo venía como un torbellino, y me estaba volviendo completamente loco.

Metí otro dedo más dentro de ella y seguí follándola con los dedos, mientras devoraba su boca con la mía, y me sentí jodidamente orgulloso cuando se corrió otra vez. Al parecer, tenía poder sobre ella, sobre su cuerpo, y estaba dispuesto a usarlo todo a mi favor.

Aparté mis labios de los suyos, completamente sin aliento…

Y completamente rendido…

—¡Sí, Maya… tendremos muchas próximas veces!

Ya estaba en el infierno, ¿por qué no terminar de quemarme?

CAPÍTULO 15



Maya Sanders

Anoté la última explicación de la profesora, y segundos después la clase llegó a su fin. Guardé mis cosas y, por mi visión periférica, pude ver a Ruby esperándome para que saliéramos juntas del aula.

Esa mañana fingí bastante bien —o al menos eso creía— y no le conté nada a mi amiga sobre lo que había pasado aquella madrugada en el despacho de su padre. Sin embargo, si Ruby ya se había dado cuenta antes de que yo siquiera pensara en contarle que

estaba interesada en Max, también debía haber notado la mirada que crucé con él esa misma mañana.

Una mirada tan profunda que se me erizó la piel solo de recordar de lo que ese hombre era capaz. Y sí, cumplió lo que prometió: me folló de una forma tan desesperada que con cada paso que daba, sentía un pequeño escalofrío entre las piernas.

—¿Cuándo me vas a contar lo que pasó? —preguntó Ruby en voz baja, para que nadie a nuestro alrededor pudiera oírnos.

—¿Qué quieres decir? —Me hice la desentendida.

—Maya, no soy idiota. —Miró a su alrededor, lo que me hizo notar a los dos guardaespaldas que siempre estaban en la universidad, caminando a cierta distancia para protegerla—. Sé que algo pasó. Mi padre ni siquiera evitó mirarte hoy. Te devolvió la mirada de una forma que me hizo sentir avergonzada al lado de vosotros.

Su expresión curiosa me hizo sonreír, pero enseguida aparté la vista de ella, dirigiéndome hacia una de las cafeterías de la universidad.

—Será mejor que no hablemos de eso —susurré.

—¿Por qué? —insistió Ruby.

Solté un suspiro profundo y me giré hacia ella, mirándola a los ojos y levantando las cejas, para que entendiera sin que tuviera que ponerlo en palabras.

Mi amiga se quedó mirándome un rato y, en cuanto lo entendió, abrió mucho los ojos.

—Tú y él… — No terminó la frase, parecía completamente pasmada.

—Sí —confirmé.

—¡Qué vergüenza! —Las mejillas de Ruby se tiñeron de rojo en ese mismo instante—. No hace falta que me digas nada. ¡Dios! No, no quiero saber.

Dejé escapar una risa y enseguida hice mi pedido en la cafetería; después Ruby pidió el suyo y, cuando los recogimos, nos sentamos en una mesa de la cafetería.

—Vale, por un lado me parece lo máximo, porque mi padre, por una vez, dejó de lado su parte tan profesional y fría, pero al mismo tiempo, también me resulta un poco raro.

La miré, y esta vez sentí cómo se me sonrojaban las mejillas.

—Si quieres, podemos no hablar de esto. A mí también me resulta raro comentar este tema contigo —confesé.

Ruby puso los ojos en blanco.

—Solo quiero que seáis felices, juntos o por separado. Pero quiero pedirte dos cosas muy importantes, Maya.

Le di otro mordisco a mi bocadillo y esperé a que siguiera.

— Quiero que no dejes que vuestra relación afecte nuestra amistad. Si todo se va al carajo, yo quiero seguir siendo tu hermana del alma.

Dejé el bocadillo para tomar su mano.

—Jamás dejaría que nada entre tu padre y yo afectara a nuestra amistad. Y por favor, no digas hermana, ahora, después de acostarme con tu padre, queda muy raro.

Ruby se llevó una mano a la boca para contener la risa.

—¡Dios! ¡Queda rarísimo!

Y nos echamos a reír juntas.

—¿Cuál es la otra cosa? —pregunté.

Ruby dejó que la sonrisa se desvaneciera.

—No le hagas daño —dijo mi amiga con una seriedad inesperada, sus ojos azules fijos en los míos.

Tragué saliva, sorprendida por completo.

—Ruby, yo… —empecé a decir, pero ella levantó la mano, interrumpiéndome.

—Sé que mi padre puede parecer un monstruo para mucha gente. Frío, controlador, mandón, el rey del mundo. Pero yo lo conozco de una forma que nadie más lo hace. Él es… vulnerable, Maya. Y no muestra ese lado a nadie. A veces, solo a veces, yo alcanzo a ver un pequeño trozo de su humanidad. Tal vez ahora te lo esté mostrando a ti. —Su voz vaciló un poco, pero mantuvo la mirada firme—. Solo… no lo lastimes, ¿vale? No se lo merece. Ha estado encerrado en sí mismo desde que mi madre murió.

Sentí un nudo en la garganta. Era extraño escuchar a Ruby hablar así, pero aún más extraño era pensar en Max como alguien vulnerable. Ese hombre parecía hecho de acero, indestructible.

—Yo nunca haría eso —respondí, mi voz más baja de lo que pretendía—. Creo que es más fácil que él me destruya a mí antes de que yo llegue a hacerle daño.

—No creo que mi padre te hiciera daño. Puede ser cerrado, sí, pero si ha hecho un espacio en su vida para ti, estoy segura de que no será para hacerte sufrir. No parece ser un imbécil.

Le sonreí de lado a mi amiga.

—Amiga, no hay espacio, es sexo. No quiero pensar en un futuro que sé que probablemente no va a ninguna parte con Max. Él no me prometió flores. Solo dejó que el deseo hablara más fuerte, igual que yo.

Ruby se relajó un poco, pero aún parecía pensativa.

—No lo sé, mi padre no parece ese tipo de hombre que se acuesta con alguien solo por acostarse. Parece un poco posesivo.

Y ahí tenía razón: Max Monroe era, de hecho, un poco posesivo.

Le dio un mordisco a su bocadillo, pero siguió mirándome como si analizara cada una de mis reacciones.

—Bueno, no voy a hacerme ilusiones. Ya estaba un poco loca por él, y después de anoche, creo que estoy un poquito más. Pero, aún así, tengo que controlarme. No puedo dejar que los sentimientos se mezclen. Voy a creer que solo es sexo, sexo y más sexo.

—Entonces esperemos, solo el tiempo nos dirá las cosas. —Ruby se encogió de hombros—. ¿Ahora podemos cambiar de tema? Por favor, no quiero pasar todo el almuerzo imaginándote con mi padre, liándoos en mi casa. Y no me digas dónde fue, no quiero tener que evitar entrar en alguna habitación.

Me reí, un poco nerviosa, pero agradecida por el cambio brusco de tema.

—Vale, pero la próxima vez que te quedes mirando a alguien del equipo de baloncesto, voy a empezar a molestarte —bromeé, intentando aligerar el ambiente.

—¡Ni se te ocurra! —Ruby rió, por fin pareciendo relajada—. Solo miro los músculos de los brazos, que están buenísimos, pero ni siquiera me interesan esos chicos. Creo que no me gusta la gente de mi edad.

Le sonreí con picardía.

—Ah, entonces tenemos gustos parecidos. Porque tu padre, siendo mayor…

—¡Cállate, Maya! —Ruby gimió con auténtico disgusto.

Y solté una carcajada, mientras ella me seguía riendo.

Pero, en el fondo, me sentía algo inquieta. Porque, la verdad, es que yo sí creía que Maxwell Monroe podía hacerme daño. Yo nunca lo haría, como Ruby pensaba… pero él…

Él sí podía destruirme.

CAPÍTULO 16



Maxwell Monroe

Estaba sentado en mi sillón, con un vaso de whisky en las manos, mientras Avery repasaba mi agenda. Tal vez estaba demasiado perdido en mis pensamientos.

Habían pasado cinco días desde que me permití pecar con Maya. Cinco días de puro tormento, en los que intenté no pensar en ella. Pero, aún así, pensé en ella como un puto loco. Recordé cada gemido suyo, el modo en que me apretaba alrededor de la polla, lo empapada que estaba para mí.

Me aclaré la garganta y de un solo trago vacié el líquido ámbar, que bajó quemándome la garganta.

—¿Me está escuchando, señor? —preguntó Avery.

Miré a mi secretaria, que últimamente parecía algo decaída desde que el hombre al que amó en el pasado había vuelto a su vida.

—Lo siento, Avery. Estaba tan lejos que ni me di cuenta.

Ella soltó un suspiro.

—¿Está enamorado, señor? —preguntó, medio en broma.

—Claro que no —respondí más rápido de lo que hubiera sido razonable.

—Parece un adolescente con su primer amor.

Apoyé el vaso de whisky sobre la mesa del despacho y la miré con seriedad.

—Avery, dígame qué tengo importante hoy y mañana.

Ella captó que no me hizo gracia la broma y volvió a su actitud completamente profesional. Me informó del evento de esa noche,

que era solo una cena con algunos colaboradores, y que al día siguiente tendría que ir a la capital de Texas para otro acto importante de la agenda. Allí estarían presentes varias autoridades.

—Así que el fin de semana estará lleno —murmuré.

—Sí, señor.

Suspiré y ordené:

—Mande preparar el avión. Es mejor ir a Austin así que pasar siete horas en la carretera.

—Sí, señor.

Observé a mi secretaria mientras anotaba todo en su tablet, y me sentí como un cabrón.

—Lo siento —dije.

Ella me miró y me regaló una leve sonrisa.

—Fui yo quien se metió donde no debía. No debería bromear con usted.

—No es eso, Avery, es solo que…

Ella se levantó.

—No tengo nada que ver con su vida, Maxwell. No voy a seguir con las bromas. Si no me necesita, volveré a mi mesa.

Asentí a modo de despedida y la vi salir, haciéndome sentir como un auténtico imbécil. Estaba tan perdido en mi rabia por haberme acostado con Maya y no conseguir olvidarla, que terminé pagándolo con Avery solo porque había hecho una broma.

Solté un suspiro y cerré los ojos, pasándome las manos por la cara, sintiendo los pelos de la barba rasparme las palmas.

Pero no pasó ni un segundo antes de que me vinieran imágenes de Maya gimiendo mi nombre.

—¡Maldita sea! —murmuré.

Sabiendo que era inútil luchar contra lo inevitable, tomé el teléfono y busqué su número en la agenda. En ese momento, la poca sensatez que me quedaba se había ido directamente al carajo.

No servía de nada seguir evitando a Maya, si no conseguía sacármela de la cabeza ni por un segundo. En cuanto encontré su número, pulsé para llamar.

No tardó mucho en contestar.

—¿Hola? —La voz adormilada de Maya despertó mi lado más depredador, ese que se moría de ganas por ella.

Miré el reloj en mi muñeca y noté que ya era tarde para que todavía estuviera dormida.

—¿Aún estabas durmiendo?

Ella dejó escapar un pequeño gemido al otro lado de la línea, y no me gustó nada oír eso, porque mi cuerpo reaccionó de inmediato. Mi polla se endureció solo con recordarla totalmente entregada a mí hacía cinco días.

—Max… —Escuché ruidos de fondo, como si Maya apartara las sábanas de su cuerpo—. ¿Max? —Parecía no creérselo al darse cuenta de que era realmente yo.

—Sí.

—¿Ha pasado algo? —Su voz sonaba completamente adormilada al otro lado de la línea.

—Sí, ha pasado —respondí, haciendo una pausa mientras me recostaba en la silla. Casi parecía que me sentía mejor solo por

escuchar su voz—. Ha pasado que llevas cinco días desaparecida de mi casa. ¿Me estás evitando?

—Claro que no, solo me quedé en la residencia estos días para estudiar.

—Entiendo… —Solté un suspiro—. Ruby me dijo que vais al centro comercial.

Maya se quedó en silencio unos segundos, pero no tardó en soltar una maldición.

—¡Mierda! ¡Me va a matar! ¡Me dormí!

Sonreí solo por la manera en que se tomaba la vida, como si nada fuera realmente grave.

—Ruby va a comprar ropa para el evento de mañana. Espero que tú hagas lo mismo —advertí.

—¿Cómo dices? —preguntó, de verdad sin entender.

—Que tú también vas a comprarte algo. Porque vas a venir al evento de mañana, en Austin.

Soltó una risita al otro lado del teléfono.

—No voy a ir a la capital de Texas, Maxwell.

—Creo que no me has entendido, huracáncito. Esto no es una invitación, es una orden. Te quiero conmigo el domingo, y como no puedo quedarme en la ciudad, vienes con nosotros a Austin.

—Pero…

—Nada de peros. Te lo advertí, estabas jugando con fuego, ahora prepárate para quemarte. No acepto un no por respuesta.

—Max…

—Hasta mañana.

Colgué y le mandé un mensaje a Ruby avisándole lo que acababa de decirle a su amiga. En el fondo, sabía que mi hija tenía clarísimo lo que estaba pasando, pero no se metía. Y por eso, le agradecí mentalmente.

Lo que menos quería era hablar de sexo con mi hija.

Intenté apartar esos pensamientos contradictorios de la cabeza y volví a concentrarme en algunas opciones de discurso que me habían preparado para el domingo.

Sin embargo, en cuanto mi teléfono vibró y vi que era un mensaje de Maya, supe que no podía ser nada bueno. En el momento en que abrí la foto que me había enviado, dejé de hacer todo lo que estaba haciendo solo para centrarme en esa imagen.

Maya estaba en ropa interior, solo con bragas y sujetador, de pie frente a un espejo de cuerpo entero. Su pelo completamente despeinado, y la muy descarada hacía un puchero, como si me estuviera mandando un beso.

Esa desgraciada sabía el poder que tenía sobre mí… Y yo solo confirmé que estaba jodido. Completamente jodido por esa chica.

CAPÍTULO 17



Maxwell Monroe

Había salido directamente del comité hacia el aeropuerto, donde mi jet privado ya me estaba esperando. Las chicas habían salido desde mi casa directamente al lugar y, según me habían informado, ya estaban allí esperándome.

Bajé del SUV al mismo tiempo que mi equipo descendía de la furgoneta que los había traído. Ese día, Avery no me acompañaría, pero tenía suficiente personal para apoyarme si necesitaba ayuda.

—Ya estamos listos para despegar, señor —murmuró Sadie, la asistente que siempre tomaba la iniciativa cuando mi secretaria no estaba.

—OK. ¿Las chicas están dentro? —pregunté.

Tal vez estaba un poco ansioso por ver a cierta chica que había desaparecido después de que… bueno, después de que me la follé como un maldito loco.

¿Se habría asustado?

Le había advertido que no me contendría, pero… ¿habría sido demasiado?

—Sí, señor. Aunque creo innecesaria la presencia de la amiga de su hija.

Miré a Sadie, pero preferí no decir nada que pudiera sonar ofensivo. Odiaba lo mucho que se metía en mi vida. Aunque era una profesional extraordinaria, era una auténtica lata.

—Vamos —respondí, sin perder el tiempo frustrándome con Sadie.

Caminé hacia el jet y Alfred se colocó a mi lado. Lo agradecí. Su presencia era mucho más soportable que la de esa entrometida.

—¿Está todo bien, de verdad? —preguntó el hombre mientras subía los escalones que me llevaban al interior de la aeronave.

—Claro que sí, ¿por qué no lo estaría? —le respondí, mirándolo de reojo.

—Nada, es que lo noto un poco diferente, por eso lo pregunté.

—Creo que eso está en tu cabeza… —Iba a decir algo más, pero en cuanto mis ojos recorrieron el interior del avión y la vi, sentí como si una descarga me atravesara el pecho.

Maya estaba sentada junto a Ruby. Mi hija, como siempre, estaba preciosa, impecable… pero creo que se me olvidó cómo respirar en el momento en que vi a ese huracán que estaba arrasando con toda la jodida existencia que me quedaba.

Maya llevaba un vestido azul que abrazaba su cuerpo de una forma casi insultante. Y, aunque estaba sentada y no podía ver cómo caía exactamente la tela sobre su silueta, ya sabía que llamaría la atención de todos los hombres en el evento. Por un momento me arrepentí de haberla invitado. O mejor dicho, de haberle ordenado

venir. Su melena corta, justo por encima de los hombros, estaba ligeramente ondulada y se movía suavemente mientras reía por algo que Ruby le decía.

Ella aún no se había dado cuenta de mi presencia, y me quedé allí, en la entrada del jet, un segundo más de lo necesario, porque el impacto de verla me golpeó como un puñetazo. Necesitaba tenerla, solo una vez más, para quitarme esa adicción. Sabía que tal vez después de eso podría alejarme, o al menos engañarme.

Alfred, a mi lado, se aclaró la garganta discretamente, sacándome de mi trance.

—Con permiso, señor —murmuró, pasando delante de mí para entrar y ocupar su lugar.

Recuperé la compostura, o al menos lo intenté. Caminé con paso firme, como siempre, pero por dentro, cada movimiento parecía un esfuerzo colosal. Tuve que aflojar un poco el nudo de la corbata, porque sentía que me estaba ahogando.

—¡Papá! —exclamó Ruby al verme—. Por fin. Ya estábamos empezando a pensar que lo habías cancelado y que ibas a dejarnos aquí.

Se levantó y vino hacia mí con esa sonrisa preciosa que solo ella sabía mantener, incluso en eventos tan tensos como los días de campaña.

—Me retuvieron en una reunión de última hora —respondí, dándole un beso en la frente. Pero mis ojos no podían evitar posarse en Maya, que seguía sentada, mirándome con una sonrisa contenida, como si supiera perfectamente el efecto que tenía sobre mí.

—Señor Maxwell —dijo ella, con voz baja y pulida, aunque ese brillo en sus ojos casi me hizo tragar en seco.

—Maya —respondí, manteniendo mi fachada profesional.

El problema era que "profesional" sonaba a maldita broma después de lo que habíamos hecho hacía seis días…

Ruby volvió a su sitio. O mejor dicho, esa pequeña diabla que tengo por hija decidió sentarse frente a su amiga, en el único asiento individual del jet, dejando el lugar junto a Maya vacío.

—Puedes sentarte, papá —dijo con una sonrisa, como si fuera la salvadora de la patria.

—¡Ay, querida! Estás en el lugar equivocado. Ese asiento es de tu padre —dijo Sadie, apareciendo junto a mi hija, intentando moverla de su sitio.

Escuché a Maya soltar una exhalación, como si ya estuviera harta de Sadie y eso que ni pasaba tanto tiempo con ella.

—Me quedaré aquí, señorita Hall —murmuró Ruby.

—Pero este es el lugar de su padre… —Sadie sonrió, pero yo podía ver claramente que intentaba oprimir a mi hija con la mirada.

—Sadie, deja que mi hija se siente donde le dé la gana. Ve a tu asiento, que tú misma dijiste que ya estábamos listos para despegar.

Desabroché el botón de la americana, observando a esa mujer que me estaba irritando, y por fin me senté al lado de Maya, sintiendo su perfume invadirme el olfato de inmediato.

—Buen viaje —murmuró Sadie y se alejó con el resto del equipo.

Ruby puso los ojos en blanco, lo que hizo que Maya soltara una risa a mi lado. Y malditos sean mis ojos, que no podían

quedarse lejos de ella por mucho tiempo. Pronto se deslizaron por sus piernas y noté la abertura del vestido.

Necesitaría tener mucho discernimiento, porque ya me daban ganas de morirme solo de verla así. Me incliné un poco hacia Maya, recordando que no estábamos solos, pero no parecería sospechoso si hablaba con ella solo un instante.

—Hoy no recibí ninguna foto —le susurré.

Sus ojos azules, brillando como piedras preciosas, se clavaron en los míos y la sonrisa descarada que apareció en su boca hizo que mi polla se endureciera al instante.

—Voy a acordarme de darte los buenos días todos los días con una diferente, *presidente*.

Aflojé aún más el nudo de la corbata y, de repente, el aire dejó de entrar en mis pulmones.

Desvié la mirada de Maya hacia mi hija, que descaradamente se había colocado los auriculares mientras miraba el móvil, sin prestarnos atención.

—Tengo una idea distinta.

Maya se acercó un poco más, y agradecí que la butaca fuera lo bastante grande como para que los que estaban detrás no pudieran ver lo cerca que estaba de mí.

—¿Y cuál sería? — Pasó la lengua por sus labios pintados con un pintalabios color nude.

—Que duermas en mi cama varios días a la semana, para poder verte en persona y no necesitar fotos. ¿Qué te parece?

Ella se mordió el labio inferior.

—Me parece una buena y mala idea a la vez.

Fruncí el ceño.

—No hay nada de mala idea en lo que dije.

—Hasta la semana pasada decías que yo era un error — constató Maya.

—Sigues siendo un error, huracáncito. Pero ya mandé lo correcto a tomar por culo, quiero seguir equivocándome. ¿No fue eso lo que me hiciste decir mientras te follaba el coño con los dedos?

Noté el momento en que apretó un muslo contra el otro. Ah, me encantaba saber que tenía el poder de excitarla solo con mis palabras.

Acercé mi boca a su oído y pasé la punta de la lengua discretamente por su lóbulo. Maya se movió en su sitio y miró a Ruby, dándose cuenta de que mi hija ni siquiera nos estaba prestando atención.

—Y si no lo recuerdas, Maya, te lo aviso otra vez. Despertaste a mi monstruo. Ya no puedes escapar, estás a mi merced y voy a hacerte mi alimento. Me voy a dar un festín con tu cuerpo, y tú vas a rogar por más, siempre.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—¿Y si me hago daño?

Esa pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Por qué te harías daño?

Maya apartó la mirada de la mía.

—Tengo miedo de encariñarme.

Tragué en seco.

—Entonces tenemos un problema.

Ella volvió sus ojos hacia los míos, llenos de dudas.

—¿Qué problema?

—Que ya me he encariñado contigo.

No quería admitirlo, pero era la única verdad. Desde el primer beso me había encariñado con Maya, y seguía deseando más. Todos los días me sentía arrepentido por pensar en ella, por saber lo mal que estaba lo que estaba haciendo. Me sentía culpable por haber dejado de sentir tanto dolor por la pérdida de Estela. Por permitir que el recuerdo de esa chica curara un poco la herida que siempre había sentido abierta dentro de mí.

Intenté no encariñarme, lo intenté, pero mi perdición fue probarla. Fue saborear su piel, darme cuenta de lo bien que encajaban nuestros cuerpos. ¡Joder!

Estaba enganchado a ella y necesitaba más… mucho más de lo que estaba teniendo.

Maya sonrió de lado, después de que el asombro pasara, y susurró:

—Entonces veamos a dónde nos lleva esto.

Ah, íbamos a hacerlo de verdad… pero yo estaba seguro de que sería mi final. Ese vínculo, del que no podía escapar, sería mi completa ruina.

CAPÍTULO 18



Maya Sanders

Ya había asistido a algunos eventos políticos en los últimos meses, pero siempre habían sido en Amarillo, y siempre tuve una única opinión sobre ellos: que eran tremendamente aburridos.

Observé el líquido burbujeante en la copa que sostenía y suspiré. ¡Vale! No sabía por qué había cogido aquella copa de champán, sobre todo porque ni siquiera me gustaban las bebidas alcohólicas. O quizá la cogí justo cuando vi a Sadie acercarse demasiado a Maxwell, posar la mano en la curva de su brazo y,

ahora, parecer la mujer que quería adueñarse de *mi hombre* delante de toda esa gente importante.

¡Está bien! Tal vez yo también estuviera un poco posesiva con Maxwell, pero él lo había dicho con todas las letras: ya se había encariñado conmigo. Él lo confesó, yo no lo obligué, no estuve detrás de él como una perrita suplicando atención. Fue él quien se desesperó cuando decidí centrarme en algunos asuntos de la universidad y dejé de aparecer por su casa después de que tuvimos sexo.

Y aún seguía en aquel evento, solo porque no me dio otra opción. Porque estaba segura de que, si no hubiera aparecido en ese jet privado, Max habría venido a buscarme. Algo dentro de mí me lo gritaba, que él lo habría hecho si yo no me hubiera presentado.

Y aunque esa idea me resultaba un poco atractiva, porque nadie nunca había ido detrás de mí, yo seguía pensando en la carrera de Max. No quería ser el centro de un escándalo, no cuando estaba tan cerca de ganar las elecciones. Había luchado tanto por ello.

—Si sigues mirando así a papá, todo el mundo va a darse cuenta de que no eres solo mi amiga —murmuró Ruby a mi lado,

mientras mis ojos seguían analizando esa mano de Sadie en el brazo de Max.

Me caía muy bien Avery, pero cuando tenía que ausentarse de los eventos por su hija, siempre me tocaba ver a esa serpiente traicionera acercarse a Maxwell de esa manera. Y él no parecía incomodarse con Sadie, por la forma en que permitía que su mano estuviera allí, incluso daba la impresión de que le gustaba.

—No me gusta esa mujer —murmuré, dejando la copa de champán sobre una de las mesitas dispuestas en el lugar.

Ruby me miró de reojo y esbozó una leve sonrisa. Se acercó a mí y susurró:

—¿Eso es celos?

Por fin aparté los ojos de Sadie y Max, la pareja perfecta, y respondí:

—Claro que no. Solo creo que ella mira a tu padre como si quisiera ser la futura primera dama. Fíjate en cómo lo toca, como si ya fuera suyo.

Ruby se mordió el labio inferior, pero por suerte contuvo la risa que estaba a punto de escaparse.

—Eso definitivamente es celos. — Puse los ojos en blanco y solté el aire por la boca.

No eran celos, pero al parecer la *intocable Sadie* se había ganado incluso el corazón de mi amiga.

—Déjalo estar. No voy a hablar más de la asesora favorita. — Crucé los brazos y eché un vistazo a mi alrededor, notando algunas presencias importantes.

Había algunos gobernadores de otros estados, y también senadores. El tío de Max y Ruby, Liam Jameson, estaba presente, acompañado por la tía de Avery. Aquella mujer era preciosa y me recordaba un poco a la secretaria de Max. Vi que conversaban con el gobernador de California, Nicholas Kensington, que también estaba acompañado por su esposa, Nina Kensington.

Esa era la única pareja del mundo político cuya historia conocía. Hacía un par de años, el gobernador Nicholas Kensington hizo pública su relación con su secretaria Nina. Tenían un bebé precioso, del que ya había visto unas pocas fotos, ya que no eran de

compartir mucho sobre su familia en redes sociales. También sabía que aquellos eran los últimos días de aquel hombre como gobernador de California, porque ya había dejado claro que se retiraría de la política, sobre todo después de que su familia fuera expuesta y el escándalo dominara su vida. Probablemente por eso, ese hombre, que parecía tan honorable, ya no quería formar parte de ese mundo podrido que era la política.

Me vi arrancada de mis pensamientos cuando Ruby, a mi lado, murmuró con un tono que dejaba entrever cierta molestia.

—A mí tampoco me gusta ella. Estaba bromeando contigo, pero la verdad es que no soporto a Sadie. Siempre parece querer mandar sobre mi padre, y como él intenta mantener la paz con todos, no la pone en su sitio. No es que tenga que ser maleducado ni nada por el estilo, pero me gustaría que dejara claro que sabe caminar solo, y que no necesita asesoras diciéndole qué hacer en cada paso.

—Siento que cuando gane las elecciones presidenciales será aún peor. —murmuré.

—Yo pienso lo mismo, y sinceramente, me da miedo que eso pase, aunque sea el sueño de mi padre, me da mucho miedo.

Apoyé la cabeza sobre el hombro de mi amiga y suspiré.

—Vamos a cruzar los dedos para que todo salga bien.

Ruby me rodeó los hombros con el brazo en un gesto reconfortante. Esperaba que aquel gesto nuestro no transmitiera otro mensaje a los medios, que siempre adoraban inventarse una fake news relacionada con la familia de los políticos.

Empezamos a hablar de banalidades, al fin y al cabo, estaba intentando distraerme y olvidarme de aquella asesora tan cerca de Max, tocándole, creyendo que él era alguna especie de pertenencia suya.

Sin embargo, aunque intentara evitarlo, no pude resistir el impulso de mirar de nuevo a Maxwell, al cabo de un momento. Y, simplemente, esa vez sus ojos se cruzaron con los míos, y por un instante fugaz, algo brilló en su mirada — no entendí qué fue ese destello, pero parecía que Max sabía exactamente lo que pasaba por mi cabeza.

Entonces hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, señalando el pasillo que conducía a una zona privada a la que ni siquiera sabía si tenía permiso para entrar.

Fruncí el ceño, un poco sorprendida. Maxwell seguía conversando con algunos nombres importantes de la política, mientras Sadie seguía a su lado. Sin embargo, vi el momento en que se apartó ligeramente de la mujer, dejando una distancia sutil entre ellos, pero fue suficiente para que me sintiera menos ahogada por aquella escena. Y, finalmente, pareció avisar a los demás de que necesitaba ausentarse unos minutos.

Cuando Max empezó a caminar en la dirección que me había indicado, tragué saliva y le susurré a Ruby:

—Voy al baño.

—¿Quieres que vaya contigo? — preguntó, probablemente sin darse cuenta de lo que su padre había hecho.

—No, quédate un rato, disfrutando de este evento *maravilloso* — solté con sarcasmo, — vuelvo enseguida.

Ruby miró en dirección a donde su padre estaba hacía unos segundos, y me di cuenta de que sus mejillas se sonrojaron.

—Ya entiendo a qué baño vas.

Sentí que las mías también se encendían, pero no le di tiempo a que empezara a molestarme aún más y seguí en la dirección que el hombre me había indicado.

Miré a ambos lados, comprobando que nadie me miraba, y cuando estuve segura, giré hacia el pasillo por el que Max había desaparecido. Algunos guardaespaldas estaban apostados en el corredor, y por un momento pensé que me detendrían, pero cuando fingieron no haberme visto, supe que ya estaban avisados de que yo pasaría por allí.

Seguí por el pasillo, sin saber en cuál de las puertas entrar, hasta que la mano firme de Maxwell apareció, saliendo de una puerta entreabierta, y sujetó mi muñeca con suavidad, tirando de mí hacia dentro. Antes de que pudiera protestar o siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, cerró la puerta tras nosotros, echando el pestillo con un clic discreto.

El espacio era un baño lujoso, amplio, con una iluminación tenue y mármol impecable. Pero nada de eso parecía importar. Maxwell se giró hacia mí, sus ojos intensos, el azul parecía más oscuro, fijo en los míos. Parecía tener hambre, rabia, o algo más, no sabía explicarlo.

—No he podido evitarlo —dijo en un tono bajo, ronco, que parecía vibrar en el ambiente, acercándose más a mí, colocando una mano a cada lado de mi cabeza, dejándome rendida en el sitio—. Te he visto ahí, mirándome de esa forma... y supe que lo necesitaba. Te necesitaba a ti.

Me miró durante un breve instante, como si buscara mi permiso o algún indicio de duda, pero lo único que encontró fue mi silencio. No necesitaba mi permiso para nada, yo ya estaba completamente entregada a ese hombre. Estar allí, en ese evento, lejos de mi ciudad, ya era una prueba de ello.

Y entonces me besó.

El roce de sus labios fue rabioso, ardiente, cargado de urgencia; realmente parecía tener hambre, sed, desesperación, y la cura para todos esos males estaba en mi boca. Max me besó como si yo fuera su salvación, su beso me veneraba, parecía mostrar cuánto significaba yo para él.

Mis manos se aferraron instintivamente a las solapas de su esmoquin, como si necesitara anclarme para no perder el equilibrio. Maxwell profundizó el beso, inclinando ligeramente la cabeza, y yo me dejé llevar, sintiendo cada detalle de aquel momento: el aroma

amaderado de su perfume, el leve sabor a whisky que aún conservaba, y la intensidad innegable con la que me besaba, me reclamaba, me demostraba que realmente me estaba dominando por completo.

Max deslizó una de sus manos por mi cuerpo, deteniéndose sobre mi culo y apretando con fuerza mi carne, arrancándome un gemido que él engulló, mientras seguía besándome con desesperación.

Su otra mano bajó hacia uno de mis pechos mientras lo apretaba con fuerza y yo gemía de nuevo, mientras él seguía besándome desesperadamente. Sentí cómo se humedecía mi braga, al tiempo que me apretaba con sus manos y me besaba de aquella forma.

Cuando finalmente nos separamos para recuperar el aliento, apoyó su frente contra la mía, aún con una mano en mi culo y la otra en mi pecho, y me dedicó una sonrisa ladeada que derritió cualquier resto de inseguridad que pudiera quedarme.

—¿Por qué parecías triste ahí fuera, mi huracán? —susurró Maxwell.

—No estaba triste —murmuré.

—No mientas, vi cómo me mirabas.

Suspiré y aparté sus manos de mí. Me acerqué al lavabo de mármol y apoyé las mías sobre la piedra fría.

—No estoy triste, solo que no sé si me gusta ver las manos de tu asesora sobre ti, como si tuviera algún derecho a tocarte.

Por el reflejo del espejo, pude ver cómo Max se acercaba y el momento exacto en que frunció el ceño al oír mis palabras; incluso noté el leve alzar de sus cejas al darse cuenta de que no estaba bromeando.

—¿Estás celosa de Sadie?

¿Él también iba a soltar esa mierda?

—No estoy celosa. —Me giré hacia él, dándome cuenta de que estaba más cerca de lo que pensaba.

—A mí me suena a celos.

Puse los ojos en blanco y pensé en salir de aquel maldito baño, pero Max me agarró del brazo y me devolvió al sitio, haciendo

que mi culo chocara con la encimera de mármol, mientras me mantenía atrapada en el mismo lugar.

—Creo que no lo dejé claro en el avión, Maya.

Las manos de Max se posaron en mis muslos y empezó a subir mi vestido.

—Estoy jodidamente enganchado, y no hizo falta mucho, solo un poquito de ti. Así que, ¿de verdad crees que voy a dejar mi maldita adicción para cambiarte por alguien que ni siquiera me interesa?

Mi corazón se aceleró a medida que subía mi vestido hasta la cintura y lo dejaba ahí, sujetando la tela. Max contempló la braga que llevaba puesta durante un largo minuto. La sonrisa descarada que apareció en su boca fue la última gota que necesitaba para perder el control.

—Pero ella… —empecé a decir, sin embargo, Maxwell alzó la mano, apoyándola con delicadeza en mi rostro, y me hizo callar antes de que pudiera continuar.

—Ella no es nada. —Su voz sonó baja, pero cargada de certeza, como si estuviera grabando esa verdad en el aire entre

nosotros. Entonces acercó sus labios a los míos, deteniéndose tan cerca que nuestras respiraciones se mezclaron. Susurró con la boca rozando la mía, provocando un escalofrío que recorrió cada parte de mi cuerpo:

—Ahora en silencio, porque voy a demostrarte cuánto eres mi única adicción.

Las palabras apenas habían salido de sus labios cuando Maxwell empezó a bajar lentamente, con los ojos aún fijos en los míos, intensos y decididos. El hombre que llevaba en sus manos el futuro de un país estaba ahora arrodillado frente a mí.

Apartó mi braga a un lado, como si el mundo fuera de esa puerta dejara de existir. Y entonces, sin dudar, llevó su boca a mi coño, y comenzó a chuparme con una devoción casi reverente, como si yo fuera realmente la única adicción de la que no tenía fuerzas para desengancharse.

Y joder...

Yo tampoco quería soltar esa necesidad que sentía... quería a Maxwell para siempre.

CAPÍTULO 19



Maxwell Monroe

El sabor agridulce llenó mi boca en cuanto mi lengua recorrió toda su extensión. Maya contuvo un gemido, mordiéndose el labio inferior, mientras yo succionaba su clítoris con fuerza.

La echaba de menos… joder, la echaba muchísimo de menos.

Desde que me cerré al mundo, no quise saber de ninguna otra mujer, pero bastó con permitirme un mínimo contacto con esa chica para volverme adicto, loco, desesperado por ella.

Y en todos esos días que pasaron, mi deseo por ella no hizo más que crecer. Hoy, cuando la vi, un impulso primitivo se apoderó de mí, y lo único que quería era follarla delante de todos, solo para que supieran que era mía. Esa chica preciosa, con esa expresión de guarra, era mía, solo mía.

Le comí el coño con aún más ganas.

—Ah, Max… —gimió Maya, mientras metía la punta de mi lengua dentro de su agujerito apretado.

La follé con mi lengua mientras llevaba dos dedos a su clítoris, para masturbarla y estimular aún más el orgasmo que estaba desesperado por sentir en mi boca. Quería bebérmela directo de la fuente, tomarla entera, chupar toda su corrida, mientras gemía mi nombre de esa manera que me volvía loco.

Maya soltó uno de los lados del lavabo, que hasta entonces sujetaba con fuerza, solo para llevar los dedos a mi cabello y empujar aún más mi boca contra su coño delicioso.

Aceleré el ritmo de mi lengua dentro de su coño y mis dedos se movieron intensamente, mientras Maya movía las caderas,

dejándome claro que el deseo había tomado por completo el control de su cuerpo.

Y cuando ella se corrió, un gritito se escapó de su boca; por eso, Maya soltó mi cabello y llevó una mano a su propia boca para controlar el volumen de sus gemidos. Yo seguí bebiéndome todo su orgasmo.

Cuando por fin me sentí satisfecho, bajé su braga y la quité, haciendo lo mismo con sus sandalias. No quería que resbalara con lo que pensaba hacerle. Pronto me puse de pie de nuevo y besé la frente sudada de mi chica. Bajé un tirante de su vestido, y después el otro.

En cuanto la prenda cayó al suelo, la aparté de una patada, mientras mis ojos se prendían de sus pezones endurecidos. Estaba desesperado por chuparlos, aunque todavía tenía el sabor de Maya en la boca, quería más, quería saborear todo su cuerpo con mi lengua.

Besé su escote y me acerqué a su oído.

—No puedes gritar, amor. Aunque me encante escucharte tus gritos, tus gemidos, ahora tienes que aguantarme la polla en

silencio, ¿vale? —Pasé la punta de la lengua por su lóbulo, y ella soltó un gemido bajito, retirando la mano de la boca.

Apreté uno de sus pezones entre mis dedos, y Maya me miró con los ojos vidriosos, del esfuerzo que estaba haciendo para no soltar un ruido demasiado alto.

Mientras mis dedos jugaban con su pezón, llevé la otra mano a la corbata para deshacer el nudo. Maya, recuperándose al menos un poco, empezó a ayudarme a quitar el esmoquin, y pronto ya no tenía ni chaqueta, ni corbata, ni camisa. Mi chica los lanzó lejos junto con su vestido, desabrochó el cinturón, abrió el botón del pantalón y lo bajó junto con el bóxer, al tiempo que mi polla saltaba completamente dura, liberada del tejido.

Llevó su mano hasta mi polla y empezó a masturbarme, haciéndome soltar un gruñido que apenas logré contener, para no llamar la atención de nadie fuera. Solo mis guardaespaldas más fieles sabían que yo estaba ahí, con esa chica deliciosa.

Maya rodeó mi cuerpo con una de sus piernas, solo para darme mejor acceso a su coño empapado, y cuando el glande rozó sus labios húmedos, llevé mi boca a la suya, solté su pecho y la devoré como el animal en que me convertía al saborearla.

Mi pequeño huracán se restregó contra mi polla, y ya no pude resistir más. Me lancé sobre ella, clavándole toda la polla de una sola vez.

Maya soltó un grito que me hizo quedarme quieto. Abrió los ojos de par en par y apretó los labios con fuerza.

—Chica terca… te dije silencio.

Parecía asustada, pero sus ojos brillaban con pura diversión por lo que acababa de pasar.

Salí de dentro de ella, mientras ambos soltábamos un gemido ahogado. Giré su cuerpo, dejándola de cara al espejo del lavabo.

Clavé mis ojos en los suyos a través del reflejo, y joder… nunca podría mirar a esa chica sin pensar en lo preciosa y perfecta que era, y en que era mía

Sí, Maya podía tener sus dudas, pero yo ya no tenía ninguna. Ella era mía… completamente mía.

Empujé su cuerpo para que levantara bien el culo, le tapé la boca con una mano, y con la otra sujeté mi polla, empezando a acariciar su coño con la punta.

—Ahora te la voy a meter con toda mi hambre, voy a follarte como el puto animal que soy, y tú te vas a quedar calladita. ¿Me oíste?

—Mmm… —ronroneó, asintiendo con la cabeza mientras su respiración entrecortada me acariciaba los dedos.

Maya alzó aún más el culo, deseando que la penetrara ya, y como yo tampoco podía seguir aguantando, simplemente la embestí de golpe, sintiendo hasta mis cojones chocar contra su piel.

Mi huracán dejó escapar algunos sonidos, pero como mi mano los contenía, logré amortiguarlos para que nadie fuera nos oyera.

Apreté los dientes para controlar mis propios gemidos y comencé a moverme con fuerza dentro de Maya.

Entraba y salía… iba y venía… rápido, cada vez más rápido, más agresivo, reclamando lo que era mío.

Maya tenía los ojos cerrados, mientras unas lágrimas le resbalaban por la comisura, y yo la embestía aún más fuerte. Pero quería verla.

Quería ver sus ojos en el momento exacto en que se corriera sobre mi polla, que se estaba ahogando dentro de ese coño apretado.

Tirando de su cabeza hacia atrás, arqueando su cuerpo, gruñí con los dientes apretados cerca de su oído:

—Abre los ojos —ordené.

En cuanto vi esos ojos azules, que parecían aguas cristalinas, completamente rendidos al placer, aumenté aún más mi ritmo dentro de Maya. Presioné más fuerte mi mano sobre su boca, a medida que sus gemidos comenzaban a volverse cada vez más intensos.

Y sentí el momento exacto en que su coño palpitó alrededor de mi polla y se corrió, empapándonos a los dos con su corrida. Maya se estremeció en mis brazos.

Sentí mi propio orgasmo acercarse, y salí de dentro de ella. Sujeté mi polla y empecé a masturbarme, listo para correrme sobre su culo… pero mi chica, sorprendiéndome por completo, giró el cuerpo, se arrodilló en el suelo y abrió la boca para que me corriera en su lengua.

Sin poder resistirme, agarré su pelo y llevé mi polla a su boca, metiéndola hasta el fondo de su garganta. Maya se atragantó al sentirla tan profunda, pero no paré. Sujeté su cabeza con ambas manos y la embestí con fuerza dentro de la boca.

Las lágrimas seguían cayendo de sus ojos, y aun así no me detuve. Apreté los dientes, y un gruñido escapó de mi garganta justo cuando mi corrida estalló dentro de la boca de Maya.

No aparté mis ojos de los suyos mientras sentía mi corrida estallar en su boca.

—Traga todo —ordené, y ella, como la buena chica que era, hizo exactamente lo que le mandé.

Cuando me sentí satisfecho, me retiré de su boca y ayudé a mi huracán a ponerse de pie. La sujeté contra mi cuerpo, y me quedé mirando fijamente sus ojos.

Maya parecía a punto de dormirse allí mismo, probablemente agotada por lo que acabábamos de hacer. Dejé un beso en sus labios y le susurré:

—Vamos a vestirnos, y puedes ir a uno de los SUV que están afuera para descansar, ¿vale?

Ella negó con firmeza.

—No tienes derecho a actuar como si fueras mío, y al mismo tiempo pedirme que me vaya fuera, dejándote con esa asesora tuya detrás.

Solté una carcajada.

—Para con eso, ya te he demostrado que no tengo nada con ella y que, en este instante, la única mujer que quiero con mi polla, bien al fondo de su coño, eres tú.

Sentí cómo me clavaba las uñas en los hombros.

—Yo también sé ser posesiva, *presidente*.

Volví a depositar un beso en esa boca deliciosa.

—Me alegro, porque la única mujer que quiero eres tú, y espero que el único hombre que tú quieras sea yo.

Maya sostuvo mi mirada y confesó con una emoción contenida:

—Hace ya mucho tiempo que solo te quiero a ti.

—Entonces me tendrás, por mucho tiempo, huracán. Me cansé de luchar contra el deseo que siento por ti. Ahora solo voy a dejar que las cosas pasen, ¿vale?

—¡Vale!

Besé su frente y la coloqué sobre el lavabo para poder limpiarla.

—Vamos a vestirnos. Tengo que dar un discurso.

—Y yo me quedaré ahí, entre toda esa gente importante, pensando que no tienen ni idea de que el futuro presidente se acababa de echar un rapidito.

Contuve la risa.

—No vales nada, huracáncito.

—Jo, pensé que valía para algo, ya que me diste una oportunidad.

Maya hizo un puchero. Sabía que estaba bromeando, pero sus palabras me hicieron sentir mal. Me giré hacia ella y tomé su rostro entre mis manos.

—Eh, solo estaba bromeando. No quiero que pienses que vales menos que nadie. Eres muy importante, Maya.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Solo te estaba molestando —murmuró.

—Lo sé, pero quería dejártelo claro, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Besé sus labios.

—Ahora vamos a vestirnos, huracáncito.

Maya sonrió, asintiendo al instante, olvidando ese pequeño momento que habíamos tenido. Y se lo agradecí, porque no quería verla llorar.

Y mientras nos vestíamos, llegué a una conclusión: esa chica estaba cambiando toda mi vida, y no recordaba la última vez que me sentí tan bien como me estaba sintiendo.

Y joder...

Quería seguir sintiéndome así. Si Maya era mi cura, entonces la querría para el resto de mi vida…

Aunque fuera el mayor error de toda mi existencia.

CAPÍTULO 20



Maya Sanders

Me miré en el espejo, intentando ver si estaba lo suficientemente presentable. Bueno, quizá mi cara aún estuviera algo enrojecida, por culpa de los besos de Max y su barba que raspaba mi piel, pero creo que nadie notaría eso.

Sentí los labios del hombre que me había follado tan bien en aquel baño posarse sobre mi hombro, y enseguida volví la atención a mi brazo, que acababa de recibir el beso de Maxwell.

—Saldré primero, y tú vienes unos minutos después, ¿vale?

Sentí un pinchazo en el pecho. Sabía que teníamos algo, y que probablemente lo volveríamos a tener, pero también era consciente de que no se trataba de una relación seria. Solo que saber que siempre sería un secreto me dolía.

Suspiré, intentando alejar ese pensamiento. No podía darme el lujo de pensar en esas cosas, no en ese momento, cuando me sentía tan bien.

—Está bien, señor —susurré.

—¡Te veo más tarde, huracáncito!

Max me dio la espalda y, por el reflejo en el espejo, lo vi salir del baño. Me quedé quieta un instante, solo pensando en todo lo que estaba pasando, y después de cinco minutos, decidí salir.

Abrí la puerta y, por fin, salí de la seguridad de aquel lugar. A diferencia de antes, los guardias ya no estaban allí, pero, antes de que pudiera dar un solo paso hacia el evento, me quedé clavada en el sitio en cuanto vi quién estaba allí.

Me hirvió la sangre, sobre todo al darme cuenta de que me miraba llena de odio.

Sadie se apartó de la pared en la que estaba apoyada y caminó hacia mí, con la barbilla en alto, como si quisiera demostrarme que ese era su territorio y que podía acabar conmigo con un simple chasquido de dedos. Sin embargo, aunque mi deseo fuera simplemente marcharme, me había quedado paralizada en el sitio, al fin y al cabo, la posibilidad de que supiera quién estaba allí conmigo era enorme.

¿Y si perjudicaba a Max?

Mis manos empezaron a temblar, pero hice todo lo posible por no demostrarlo. En cuanto se detuvo frente a mí, no aparté la mirada de su rostro.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Su voz parecía llevar veneno en cada palabra.

—No sé de qué estás hablando —respondí con una expresión indiferente, solo para dar más firmeza a mis palabras.

Sin embargo, ya había entendido que esa mujer no tenía ni una pizca de sentido del humor, porque su mano se agarró a mi brazo, y sentí incluso cómo sus uñas desgarraban mi piel.

—Si te atreves siquiera a entorpecer la carrera de ese hombre, te destruyo. ¿Me entiendes?

Estuve a punto de soltar una carcajada por lo ridícula y falsa que era aquella mujer. ¿Quién se creía que era para amenazarme? Pero me contuve. No quería montar un espectáculo.

—Quien decide sobre su carrera es *él* y no tú —intenté controlar mi lengua, pero no podía soportar mirar a aquella mujer de ojos oscuros y cabello igual de negro, que se daba aires de superioridad sin tener ni con qué.

—¿Ah, así que ahora vas de desafiante, niña?

Sadie era un poco más alta que yo, algo que detestaba, porque no quería parecer diminuta frente a aquella víbora.

—Solo estoy diciendo una verdad —murmuré.

—Pues a ver cuánto te dura esa verdad.

Soltó mi brazo empujándome hacia atrás y se marchó. Me dejó atrás.

Aunque sabía que tal vez no hiciera nada para perjudicar a Maxwell, sentía que Sadie iba a intentar algo contra mí. Más aún,

era evidente que quería a mi hombre para ella.

Mi hombre...

Realmente me estaba volviendo una posesiva de cuidado. Pero ese lado mío solo empezó a aflorar cuando me involucré con Max. Antes ya tenía claro que lo quería y que lo iba a tener, pero en el fondo, nunca creí de verdad que ese deseo se hiciera realidad.

Ahora que se hizo, haría lo que fuera por mantenernos juntos, incluso si tenía que enfrentarme a esa asesora que parecía querer arrancarme la cabeza.





Maxwell Monroe

Ligero…

Así me sentía. Después de haberme tomado mi huracán hace apenas unos minutos.

Respiré hondo mientras caminaba por el auditorio de Austin, que estaba abarrotado. Saludé a aliados y adversarios sin ni siquiera temerles, porque no le temía a nadie, mucho menos a esas personas que sabía que no eran rival para mí.

Ese tipo de evento era el campo de batalla en el que prosperaba, donde encontraba la fuerza para adelantarme en las

encuestas. Eran lugares como aquel los que me harían presidente de los Estados Unidos.

Sabía que todos los presentes me estaban observando. No solo por el discurso que iba a dar en unos minutos, sino precisamente por el lugar que ocupaba en la carrera presidencial. Cada uno de mis movimientos sería analizado, diseccionado, retorcido en mil direcciones hasta llenar los titulares.

Sadie, que apareció a mi lado junto a Alfred, murmuró antes de que subiera al escenario:

—El gobernador Mathis quiere cinco minutos después del discurso. Ha insistido en que es urgente —murmuró mientras yo estrechaba la mano de algún alcalde cualquiera cuyo nombre ya había olvidado.

—Dile que podemos hablar mañana. Hoy se trata del público, no de las trastiendas —respondí, sin mirarla.

Alfred, justo antes de que pisara el primer escalón, susurró:

—Max, no olvides hacer una pausa después de mencionar a los veteranos. Esa es la señal para el aplauso —susurró al acercarse con rapidez.

Asentí, consciente de que todo aquello era una coreografía calculada, pero con el espacio justo para parecer espontánea. Cuando finalmente subí al escenario, el silencio en el auditorio fue inmediato.

Aunque tenía que empezar el discurso, dejé que mis ojos recorrieran las butacas y, cuando encontré a las dos chicas que ansiaba ver, me sentí como un cabrón con suerte.

Ruby se parecía cada día más a su madre, y Maya… esa chica estaba derribando todas las barreras que había levantado a lo largo de mis años de soledad.

Y cómo me estaba gustando esa forma suya de acercarse.

Salí de mis pensamientos y, por fin, me convertí en el hombre que conquistaría a esas personas y se convertiría en el presidente de todos.

—Buenas noches, Austin —mi voz sonó firme, reverberando por todo el auditorio.

Empecé hablando sobre los desafíos que enfrentaba el país. Educación, sanidad, seguridad. Los temas de siempre, pero presentados de forma que sonaran únicos, personales. Mientras

hablaba, mi mirada recorría al público. Era como una partida de ajedrez en tiempo real, identificando aliados y posibles amenazas.

Cuando mis ojos se cruzaron con los de Zachary King, sentí que la sangre me hervía. Ese desgraciado era todo lo que despreciaba en esta carrera electoral — un manipulador habilidoso, capaz de retorcer la verdad hasta convertirla en un arma. Era el promotor del caos, el hombre que alimentaba prejuicios y los disfrazaba de discurso. Cada palabra suya parecía envenenar a la gente; cada gesto, calculado para sacar lo peor de todos.

Lo odiaba con cada fibra de mi ser, no solo por ser mi rival más fuerte, sino porque era la antítesis de todo en lo que yo creía. Representaba un peligro real, no solo para mí, sino para cualquiera que se atreviera a soñar con algo distinto a la visión distorsionada que él vendía.

Aun así, al mirarlo fijamente, una certeza me invadía: lo derrotaría. No importaba el coste, no importaban los obstáculos. Zachary King caería, y yo estaría allí para verlo.

Un hombre como ese jamás me ganaría.

Aparté mi atención de ese malnacido y seguí con el discurso. Concentrándome en cada palabra, cada gesto, sin cometer el más mínimo error. Tenía que superarme en cada ocasión, ese era mi lema mental.

Cuando mencioné la reforma tributaria, noté que mis asesores se relajaban, aunque fuera ligeramente, al costado del escenario.

Todo mi equipo sabía que ese punto específico era un mensaje dirigido a los financiadores sentados en la tercera fila, y yo también necesitaba ganarme la confianza de esos cabrones. Pero en cuanto vi a Alec Holstrom, uno de los peces gordos del poder esa noche, mirándome con orgullo, supe que estaba haciendo lo correcto.

Al terminar el discurso, me aplaudieron de pie, y me encantaría decir que me sentía más relajado, pero ver el apoyo de toda esa gente me dejaba aún más ansioso por mis próximos pasos, aunque, claro, jamás dejaría que eso se reflejara en mi rostro.

Esa victoria era solo un pequeño paso.

Después de agradecer a todos, bajé del escenario, y enseguida Sadie me encontró con esa sonrisa de victoria.

—Estuvo bien, pero podrías haber mirado más a cámara en el segundo párrafo —comentó, con tono crítico.

—Claro, Sadie. La próxima vez cambiaré toda la estrategia para complacer tu sentido estético —respondí con una sonrisa irónica.

La sonrisa triunfante desapareció de inmediato de su boca.

—Sadie, ve con el equipo. Quiero hablar un momento con Max —intervino Alfred, tomando la iniciativa.

Ella no protestó, se marchó y nos dejó a solas, pero era evidente en su mirada que se sintió traicionada por lo que acababa de decirle el hombre frente a mí.

—Está empezando a ponerse un poco pesada —comentó Alfred.

—¿Un poco? —solté con tono de broma.

Él esbozó una media sonrisa mientras se ajustaba las gafas en el puente de la nariz.

—Antes de que vayas a tu próximo compromiso de la noche, quería advertirte que Sadie vio a Maya salir del mismo baño del que

saliste tú.

Tosí al instante, porque esa información me agarró completamente por sorpresa, o mejor dicho, me dejó en estado de pánico.

—Tranquilo, sé que no va a decir nada —dijo Alfred acercándose un poco más. Pero el problema no era solo Sadie, él también lo sabía. — Aun así, intenta ser más discreto. Estar encerrado media hora en el baño de un evento con una chica no da buena imagen.

—¡Por el amor de Dios! —aflojé el nudo de la corbata, sintiéndome asfixiado—. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

El hombre me lanzó una sonrisa sarcástica y asintió.

—Claro que no, ni yo tampoco. Solo te lo comento —miró a ambos lados—. Bueno, vamos a la rueda de prensa en el salón de al lado. Van a preguntarte por tu postura sobre la nueva política de inmigración.

Y del mismo modo que ese asunto surgió, desapareció. Pero por dentro yo estaba en pánico. Había dejado las cosas demasiado expuestas. Tenía que mejorar, porque no quería perder a Maya.

Aún no.

Ni siquiera sabía si algún día querría eso, pero… en este momento la quería conmigo, a mi lado, sin escándalos, viviendo eso que tanto me estaba gustando y que aún no sabía cómo nombrar.

Miré a Maya, y en cuanto me vio observándola, me regaló una pequeña sonrisa.

¡Sí, joder! Quería a esa chica, mucho más de lo que daba ese poco tiempo que tuvimos. Y aunque tuviera miedo de que todo se viniera abajo por mantener esa relación, quería seguir intentándolo…

La quería... solo a ella.

CAPÍTULO 21



Maya Sanders

Nunca pensé que despertarme con el olor de un perfume amaderado, sintiéndome protegida entre los brazos fuertes de un hombre, pudiera hacerme tanto bien.

Abrí los ojos lentamente y encontré a Max aún dormido profundamente. Había llegado tarde de una reunión la noche anterior, ni siquiera vi la hora en que entró, pero solo saber que me había llevado en brazos del cuarto de Ruby al suyo ya me daba una sensación de plenitud.

Sabía que, en realidad, debería temer ese sentimiento de posesión que venía de Maxwell, pero no podía. Me gustaba saber que alguien se preocupaba por mí. Después de tantos años intentando recibir una mínima muestra de cariño de mi padre, sin conseguirlo, descubrir que un hombre que ni siquiera era de mi familia mostraba sentir algo por mí —y que no era odio— me hacía sentir feliz.

Pasé las yemas de los dedos por el torso de Max, dejando que mi piel rozara el vello bien recortado de esa zona. Los pelos oscuros se mezclaban con los canosos, y puede que eso a algunos les pareciera anticuado, pero a mí me parecía tremendamente sexy.

El brazo que rodeaba mi cuerpo me apretó un poco más, y con ese solo gesto supe que Max ya se había despertado. Llevábamos un mes juntos, y la mayoría de las veces dormía en su cama. Las pocas noches que no lo hacía, pasábamos horas al teléfono, mientras yo estaba en la residencia de la universidad, y casi siempre me dormía hablando con él. Cuando me despertaba al día siguiente, siempre había un mensaje suyo, con una captura de pantalla de la videollamada, donde yo salía dormida, y Max siempre lograba que

mi corazón se acelerara con una frase suya: *Eres la chica que me transmite paz.*

Para Ruby, su padre estaba enamorado de mí, pero yo le pedí que no me diera falsas esperanzas, porque la pasión y el amor eran sentimientos complicados, y si creía demasiado en eso, acabaría saliendo herida.

Sin embargo, en el fondo, sabía que ya me había equivocado… y demasiado. Sobre todo cuando miraba a Max de esa forma y me daba cuenta de que ese hombre se había convertido en mi refugio.

¿Qué sería de mi vida cuando él ganara las elecciones? ¿Cómo iba a vivir sin ese hombre? ¿Cómo iba a vivir sin mi amiga? Iba a perder a las dos personas más importantes del mundo para mí.

—¿Ya estás pensando demasiado tan temprano, huracáncito? —la voz ronca y adormilada de Max se apoderó del ambiente.

Y mi corazón… bueno, no era precisamente inmune, porque solo con oír ese tono suyo, mi pobre órgano se disparó como si estuviera corriendo una maratón.

—No estoy pensando demasiado —mentí.

Max abrió los ojos y enseguida los fijó en los míos.

—Mientes fatal.

Sonreí de lado, pero no me dio tiempo ni siquiera a responder, porque simplemente giró mi cuerpo con rapidez y enseguida ya estaba encima de mí.

—Buenos días —murmuró, mientras se agigantaba sobre mí.

Sus labios rozaron los míos y, sin pensarlo, lancé los brazos alrededor de su cuello para atraerlo hacia mí y profundizar nuestro beso.

Cuando ya nos faltaba el aire, se separó ligeramente y volvió a acariciar mi rostro.

—Buenos días —respondí, tras recuperar el aliento.

Max sonrió con ese gesto perezoso que siempre derretía mi corazón. Deslizó el pulgar por mi mejilla, con una mirada cargada de algo que yo evitaba nombrar. Probablemente estaba dejando que los comentarios de Ruby me afectaran. Necesitaba cuidar de mi corazón, pero sabía que estaba jodida, aunque aún no quisiera

admitirlo. No quería aceptar que había perdido esa batalla tan rápido.

—Sabes que nunca me canso de mirarte, ¿verdad? —dijo él, con la voz aún ronca.

Puse los ojos en blanco, intentando no mostrar cuánto me afectaban esas palabras. Me costaba resistirme a Max cuando se ponía tierno.

Antes de acostarme con él, estaba acostumbrada al hombre frío, el que siempre soltaba alguna frase cortante para alejarme, pero esa nueva versión del futuro presidente del país, esa versión de él me podía completamente, porque era la que podía engañarme muy bien, la que me haría creer que podíamos tener algo más… y también la que podría destrozarme el corazón tan fácilmente.

—Deja de ser tan tierno, *presidente*.

Él soltó una risa baja y grave que me vibró en el pecho.

Pasé la punta de mis dedos por su mandíbula cuadrada, que siempre parecía estar tensa. Tenía un punto débil por ese lado de Max.

—¿Solo te gusta mi lado bruto, huracán? —preguntó, inclinándose para susurrarme al oído—. Estoy intentando mostrarte que no soy solo el hombre posesivo que te folla.

—Pero tu lado tierno va a hacerme daño, Max.

Sus ojos, de un azul cristalino, encontraron los míos.

—Ya te dije que nunca voy a hacerte daño.

Maxwell acercó su boca a la mía, pero antes de que pudiéramos besarnos de verdad, su móvil vibró sobre la mesilla de noche. Max murmuró algo ininteligible antes de apartarse para revisar el mensaje. Aproveché para levantarme y empezar a vestirme.

—Tengo que ir a la universidad —comenté mientras me ponía el chándal.

Él alzó una ceja, sentándose en la cama, con la sábana deslizándose y dejando al descubierto su torso definido.

—¿Por qué tan temprano?

—Ah, voy a encontrarme con mi pareja de trabajo.

—¿Trabajo en pareja?

Asentí, mirándome en el espejo para arreglarme el pelo. Aún tenía que pasar por la habitación de Ruby para recoger mis cosas.

—Sí. Tengo que terminar un proyecto con Ethan, mi compañero de clase.

El cambio en la expresión de Max fue sutil, y aunque lo miraba a través del reflejo, pude notar cómo fruncía ligeramente el ceño. Cruzó los brazos e inclinó un poco la cabeza.

—¿Ethan? —repitió, el nombre sonando como una acusación velada.

Suspiré, ya imaginando hacia dónde iba aquello. Y aunque entendía perfectamente lo que estaba pasando, no quería seguir por ese camino. Esa nueva versión de Max, no me gustaba. La versión celosa.

Sí, éramos posesivos, pero si él seguía rodeado por Sadie, yo también podía estar rodeada de otros hombres.

—Sí, Ethan. Así se llama.

—¿Por qué no lo haces con Ruby? Siempre hacéis los trabajos juntas.

Intenté no reírme por su tono posesivo. Era tierno e irritante al mismo tiempo.

—El profesor exigió que cambiáramos de pareja para variar las dinámicas. Ruby lo está haciendo con Emilly, y a ella ni siquiera le cae tan bien Ruby, precisamente por ser tu hija.

Max frunció aún más el ceño, claramente disgustado.

—No me gusta nada esa maldita idea.

—No tienes que gustarte, no eres tú quien está estudiando —respondí, intentando sonar paciente, pero fracasando miserablemente.

Me miró durante un largo momento, luego suspiró y se pasó la mano por el pelo despeinado.

—Confío en ti, huracáncito, por si estás pensando lo contrario. Solo no me gusta la idea de otro tío aprovechándose de tu atención.

Crucé los brazos, sonriendo divertida. Vale, ahí sí que había derribado mis defensas.

—¿Y quién te dijo que puedes monopolizar toda mi atención?

Max rió por lo bajo, acercándose a mí con ese pantalón de chándal colgando bajo la cadera, hacía que mi imaginación se desbordara. Y justo cuando estuvo lo bastante cerca, me atrajo de la cintura.

—Nunca he dicho eso… pero me encantaría intentarlo.

El beso que vino después fue breve, pero lo bastante intenso como para hacer que mi corazón vacilara. Estaba tan jodida con aquella relación que ni siquiera sabía cómo nombrarla.

—Será mejor que te vayas, antes de que te impida salir de esta casa.

Con una última sonrisa, salí, sabiendo que él se quedaría rumiando sus celos el resto del día. Y, por más incorrecto que fuera, la idea me hizo sonreír.

CAPÍTULO 22



Maxwell Monroe

Un mes, ese era el plazo que tenía para intentar conquistar a quien aún no había sido conquistado por mí.

Un mes para ganar las elecciones. Estaba confiado, pero toda confianza debía ser moderada, nunca podía contar al cien por cien con la victoria. Y menos en un entorno en el que la opinión pública variaba constantemente en su percepción sobre él.

Dejé que mi concentración se desvaneciera por un momento, mientras Avery entraba en la sala con una bandeja llena de tazas de

café. El aroma del café recién hecho invadió el ambiente y agradecí momentáneamente por aquella distracción.

Mi secretaria me ofreció una taza y la acepté con amabilidad. Esa chica estaba más alegre últimamente, y yo sabía muy bien por qué, pero su vida no era asunto mío, así que no haría ningún comentario sobre su relación con el padre de su hija.

—Maxwell, necesitamos reforzar la presencia en el sur del país. Los números allí están estables, pero cualquier desliz puede salir caro —dijo Alfred, mi estratega, mientras deslizaba un informe hacia mí.

Tomé el papel, pero mantuve mis ojos en él. Siempre directo, siempre preciso. Eso era lo que valoraba en ese hombre. Y joder, ¡era uno de los pocos que sabía lo que estaba pasando entre Maya y yo! Y aunque supiera que aquello podía ser un error, no me estaba impidiendo vivir ese… romance prohibido.

Un romance que podía llevarme directamente a la derrota.

—Estoy de acuerdo —respondí, en cuanto revisé el documento —. Quiero dos mítines programados para la próxima semana. — Avery se sentó a mi lado y empezó a anotar lo que decía.

—Tenemos disponibilidad para el martes y el viernes, señor —murmuró ella mientras revisaba la agenda.

—Entonces, rellena esas fechas. —Volví mi atención hacia mi equipo, sin dejar de notar que Sadie me miraba con un interés más ávido que el de los demás—. Y aumentad el enfoque en los discursos sobre políticas económicas. El sur está preocupado por la recuperación del empleo; no dejemos que eso se nos escape.

Avery tomaba nota de todo con rapidez, mientras Alfred también elaboraba sus propios planes para la estrategia de campaña. Mientras tanto, otros miembros del partido se turnaban para exponer cifras y algunos riesgos que podían hacer que ese último mes se viniera abajo. Escuchaba cada palabra, analizaba cada sugerencia, para no cometer ningún error.

—Max, ¿y sobre el debate de la próxima semana? —por fin Sadie rompió el silencio—. Sabes que tu principal adversario es Zachary King. Irá a por ti con el tema de tu política migratoria. Tenemos que estar preparados.

Solté una risa baja, casi imperceptible, y me recosté en la silla.

—Que lo intente. Ya conocemos sus argumentos: lo mismo de siempre, queriendo meterle miedo a la gente. Pero yo soy más listo que eso. Voy a aprovechar el escenario para demostrar que mi visión es sólida y moderna, mientras él sigue anclado en el pasado. Vamos a destruirlo.

La reunión se prolongó durante una hora más, cada detalle desmenuzado, cada movimiento calculado. Cuando finalmente la di por concluida, me levanté y observé cómo el equipo comenzaba a dispersarse. La presión era enorme, pero al fijar la vista en el reflejo de la bandera del país en la ventana, algo dentro de mí me decía que estaba preparado para lo que viniera.

—Señor, ya hice la reserva que me pidió —susurró Avery, con la voz tan baja que nadie cercano pudo escucharla.

—Gracias —agradecí, cruzando una mirada cómplice con mi secretaria.

Después de dedicarme una sonrisa amistosa, salió de la sala, pero yo sabía que no me había quedado solo. Sentía su presencia en la sala de reuniones, y el reflejo en la ventana confirmaba que Sadie seguía allí.

—Puede irse, señorita Hall. Hemos terminado por hoy.

Oí el sonido de sus tacones contra el suelo, acercándose a mí.

—Estaba pensando, si no le apetecería salir a despejarse un poco. Últimamente estamos todos muy agitados, así que...

—No, gracias. Ya tengo otro compromiso —respondí, impidiendo que continuara.

La mujer endureció el gesto, pero no discutió; simplemente asintió y salió de la sala. Menos mal que no dijo nada más, porque no tenía ni la menor intención de explicarle que no quería absolutamente nada con ella.

Era evidente que Sadie Hall siempre había intentado lanzarse sobre mí, pero jamás le di ese tipo de apertura, y esperaba que con mis rechazos dejara de comportarse así, si no lo hacía, pronto estaría en la calle.

Tomé el móvil y envié un mensaje a la única mujer que, en ese momento, ocupaba todos mis pensamientos.

Max: *Estate lista a las siete de la noche, pasaré por la residencia para recogerte.*

M: *¿Cómo así?*

Ni siquiera me has dicho nada antes.

Sonreí de lado, porque sabía que ella odiaba cuando yo le exigía que hiciera algo.

Max: *No cuestiones, solo haz lo que te ordené.*

Si no, te voy a dar unas buenas nalgadas

en ese culito rico.

Tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, me puso la polla dura.

M: *Ay, deja de amenazarme con cosas que me gustan.*

Me encantaría que me dieras unas buenas nalgadas.

Estaré lista, ¡pero las nalgadas las quiero igual!

¿Cómo una cosita tan pequeña podía ser tan traviesa?



A las siete de la tarde ya estaba en el coche, llevando mi disfraz para intentar no llamar la atención. Una gorra oscura, una chaqueta desgastada y unas gafas de montura sencilla completaban el look de "hombre común". Sabía que, aun así, cualquier persona un poco más atenta podría reconocerme, pero era lo mejor que podía hacer sin levantar sospechas.

El chófer rodeó el campus y se detuvo en el punto acordado: una esquina discreta, algo alejada de la residencia.

Incluso el coche era distinto del que usaba habitualmente, porque no podía permitirme levantar sospechas.

Mis escoltas estaban cerca, pero sabían cómo volverse invisibles, mucho más que yo.

Miré por la ventanilla oscura hacia fuera y me quedé observando el movimiento. Nada fuera de lo normal. Solo una noche tranquila en Amarillo.

Cuando la razón de mi locura apareció, unos minutos después, sonreí. Le había pedido que fuera discreta, y realmente, vestida así, nadie podría notar quién era. La sudadera ancha y el cabello escondido bajo la capucha la hacían pasar por cualquier chica del campus. Pero para mí, seguía siendo preciosa.

Maya se acercó lentamente al coche, que sabía que era el mío. Miró a ambos lados y, en cuanto se aseguró de que nadie la observaba, abrió la puerta trasera y entró rápidamente, quitándose la capucha en cuanto se encerró conmigo dentro del vehículo.

En cuanto sus ojos azules se dirigieron hacia mí, soltó una carcajada, dejándome sin saber qué había pasado. Probablemente al notar mi reacción, la chica se inclinó un poco más y susurró cerca de mi boca:

—Te esforzaste demasiado con ese disfraz, Max. ¿Una gorra? ¿En serio? —provocó, riendo por lo bajo, cargada de burla, mientras se alejaba para abrocharse el cinturón de seguridad.

El chófer puso el coche en marcha al mismo tiempo que una sonrisita ladeada se dibujaba en mi boca. Pulsé el botón que nos aislaba atrás y nos daba privacidad, y enseguida pregunté:

—¿Y qué se supone que debería estar usando?

Maya apoyó el dedo índice en la mandíbula y se quedó pensando un momento.

—Una máscara de calavera, como los chicos no tan buenos de los dark romances que leo.

Entonces me tocó a mí soltar una carcajada.

—No estamos en Halloween, y no tengo edad para jugar a ser un "chico no tan bueno" de no sé qué demonios es eso de dark romance.

—Ay, el futuro presidente está tan estresadito… —Maya hizo un puchero, y me quedé mirándole esa carita de descarada.

¡Y maldita sea! Me encantaban esos momentos con ella.

Llevé mi mano a su rostro, dejando que mis dedos rozaran esas pequeñas pecas claras que cubrían sus mejillas.

—Estoy un poco estresado, sí, pero no contigo. Vamos a olvidarnos de los disfraces, porque ahora estamos libres. El lugar al que te voy a llevar no supone ningún riesgo.

Ella rió y depositó un beso en la palma de mi mano.

—¿Adónde vamos?

—Sorpresa —respondí.

Por la ventanilla pude ver cómo nos alejábamos de Amarillo, y me di cuenta de que Maya también lo había notado, porque no dejaba de mirar a su alrededor.

—No sé si me gustan las sorpresas —comentó.

—Esta sí que te va a gustar.

El coche tomó uno de los caminos de tierra que llevaban en dirección a las granjas. Y cuando noté que Maya empezaba a perder el control, dejando que la curiosidad la dominara, apoyé la mano sobre su muslo, y ella volvió la mirada hacia mí.

—Confía en mí —susurré.

—Confío en ti, Max. Más de lo que debería. Solo que no sé qué estamos haciendo yendo hacia un lugar tan apartado.

Me quité el cinturón y me acerqué a ella, apartando un mechón de su cabello detrás de la oreja. Apoyé mi frente contra la suya y pasé la punta de mi lengua por su labio inferior.

No tardé en besarla de verdad. Mi lengua buscó la suya, y era evidente que Maya ansiaba ese beso tanto como yo estaba desesperado por dárselo.

En cuanto el coche se detuvo, nos separamos, y Maya miró enseguida por la ventana, dándose cuenta de dónde estábamos.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Ya lo verás.

Me ajusté la gorra, bajando un poco más la visera para ocultar el rostro. El frescor de la noche rozó mi piel al salir del coche, acompañado por el leve chirrido de la puerta al cerrarse.

El silencio a nuestro alrededor resultaba tranquilizador, apenas interrumpido por el sonido lejano de los grillos y el susurro de las hojas movidas por el viento.

Poco después, Maya salió del coche, subiéndose la capucha de la sudadera para cubrir lo máximo posible del rostro. Se detuvo a mi

lado y contempló el lugar.

Frente a nosotros, el hotel rural se extendía como un refugio. Varias cabañas de madera estaban repartidas por una amplia zona verde, iluminadas por pequeñas luces amarillentas que proyectaban un brillo suave en medio de la oscuridad. Cada cabaña tenía su propio encanto, con pequeños porches y mecedoras que se balanceaban ligeramente con la brisa.

Apoyé la mano en la cintura de Maya e hice un leve gesto con la cabeza al conductor, que ya sabía que debía marcharse, pero mantenerse cerca por si le pedía que viniera a recogernos.

Maya y yo caminamos juntos por el pequeño aparcamiento de grava, el sonido de nuestros pasos resonando mientras el viento nos acariciaba el rostro.

—¿Un hotel rural? —preguntó Maya en voz baja, pero cargada de curiosidad, mientras miraba a su alrededor.

—Creo que es el lugar perfecto para nosotros, ¿no te parece?

—Lo creo —respondió en un susurro—. Lejos de todo y de todos.

Parecía haber un dejo de resentimiento en su voz, pero Maya pronto sonrió y me hizo olvidar preguntar por qué no le había gustado mi sorpresa.

Finalmente, llegamos a la cabaña que había reservado. La más alejada de todas, bien adentrada en el bosque. Tenía una estructura de madera oscura, con detalles rústicos, ventanas pequeñas y cortinas de lino crudo. En cuanto entramos, vi la mesa del comedor preparada para nosotros. La chimenea al fondo crepitaba, haciendo que el ambiente fuera aún más acogedor.

Maya miró a su alrededor mientras se quitaba la capucha del jersey, dejando al descubierto su precioso rostro. Respiró hondo, como si absorbiera la paz del lugar.

—Nada mal, Max —dijo, devolviéndome la mirada con una sonrisa sincera curvándole los labios.

—Solo lo mejor para ti, huracáncito —murmuré, cerrando la puerta tras de mí y echando el cerrojo.

Sus ojos se encontraron con los míos por un instante, y había algo ahí, algo que no sabía identificar, pero Maya me estaba mirando de una forma distinta.

Y joder...

Quería que me mirase así siempre… Había tanto cariño, tanto… mierda… había tanto amor en sus ojos.

—Maya… —murmuré su nombre, sin tener claro lo que quería decir, pero ella se acercó enseguida y, tomando mi mano, me arrastró hacia la mesa del comedor.

—Vamos a disfrutar de nuestra noche, Max, y a olvidarnos de todo lo demás.

Y yo estaba de acuerdo con eso… Teníamos que olvidarnos de todo lo demás, incluso quizás de ese amor en sus ojos…

Ese sentimiento era peligroso y no debía existir.

Aunque, en el fondo, yo sintiera lo mismo por esa chica.

CAPÍTULO 23



Maya Sanders

Max extendió un trozo de chocolate hacia mí y le di un mordisco, sintiendo cómo el dulce se apoderaba de mi lengua. Mi corazón seguía acelerado, aunque ya hubiera pasado más de una hora desde que habíamos llegado a la cabaña.

Él pasó el pulgar por mi labio, limpiando el chocolate y llevándoselo directamente a la boca.

¡Vale!

Tal vez mi corazón no estuviera latiendo así solo porque Max me había traído a un sitio completamente romántico, sino también porque llevaba excitándome desde el momento en que empezamos a cenar.

Antes de lanzarme sobre él y estropear nuestro momento, decidí preguntar algo que llevaba un buen rato rondándome la cabeza.

—¿Estás muy nervioso por las elecciones del mes que viene?

Max se encogió de hombros, cogió la copa de vino y dio un sorbo, luego se recostó en la silla y me observó durante unos segundos, hasta que dijo:

—Creo que un poco, estoy bastante confiado, pero tampoco quiero creer al cien por cien en la victoria, porque tengo miedo de que todo salga mal. Por eso, momentos como este van a ser raros a partir de ahora.

En ese instante entendí por qué me había traído aquí. Porque probablemente sería nuestra última noche juntos.

—Entiendo… —suspiré. Debería haberme quedado callada, pero acabé soltando: — ¿Y después? Cuando todo esto acabe… ¿qué

va a pasar con nosotros, Max?

Me quedé mirando su rostro y noté el momento exacto en que su expresión se endureció. Era la pregunta que evitaba hacer, pero no podía seguir en ese lugar oscuro, donde no había respuestas.

Antes de que lo nuestro empezara, ya tenía muy claro que iba a ser dejada en Amarillo y que, de vez en cuando, vería a Ruby. Pero ahora estábamos viviendo esto, lo que fuera que fuese, algo que no sabía cómo nombrar, pero que era real. Y Max parecía tan metido como yo.

Así que necesitaba una respuesta. No sabía qué iba a ser de nosotros dos. Y necesitaba saber qué iba a pasar.

—Dejemos ese tema para cuando realmente tengamos que hablar de ello.

Aparté la silla de la mesa, pero antes de poder alejarme, Max me sujetó del brazo y acabé sentada en su regazo.

—Suéltame —murmuré entre dientes.

—No voy a soltarte —su voz había adquirido un tono más grave.

—Ah, claro, tú no quieres hablar de algo importante, y yo no quiero estar cerca de ti, ¿no crees que lo justo sería dejarme ir? —Mi voz había subido una octava.

Max sujetó mi cara entre sus manos y obligó a mis ojos a quedarse pegados a los suyos, justo cuando yo aún intentaba alejarme.

—No sé qué hacer, Maya —confesó—. No quiero alejarme, pero si te asumo, todo puede venirse abajo, ¿entiendes? Llevo años luchando por esta candidatura. Y no puedo echarlo todo a perder ahora, sobre todo cuando algunos de los apoyos que tengo son… algunos son muy peligrosos. Así que, déjame pensar qué voy a hacer y después hablamos de esto, por favor —suplicó—. Disfrutemos de nuestra noche, planeé todo esto para matar un poco la falta que me va a hacer estar contigo. Solo pensemos en el después, cuando pasen las elecciones y realmente tengamos que decidir.

Quería gritarle que encontrase una solución, pero sabía que no era así como funcionaban las cosas. Antes de meterme en esto, ya sabía muy bien que la vida de ese hombre era complicada, ahora no podía quejarme.

Max seguía sujetándome la cara, sus ojos ardiendo dentro de los míos, llenos de una intensidad que me atravesaba los huesos. Se podía ver la incertidumbre en su mirada, igual que seguramente se reflejaba en la mía.

—Tú complicas todo, ¿lo sabías? —susurré, mientras la rabia inicial se iba disipando y mi mirada bajaba hacia sus labios, que parecían estar aún más cerca.

—Complico, soy una complicación, pero también resuelvo, huracáncito —respondió con una autoconfianza tan cargada que me daban ganas de pegarle y de besarlo a la vez—. Y voy a encontrar una manera. Déjame primero ganar las elecciones, y te prometo que después lo soluciono todo.

—¿Y si tu decisión es alejarme? —pregunté, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

Max no contestó, simplemente atrajo mi rostro hacia el suyo, y cuando nuestros labios se tocaron, sentí todo mi cuerpo reaccionar a su contacto. Fue un beso profundo, lleno de urgencia y necesidad, como si ambos supiéramos que ese momento tenía que vivirse con intensidad porque, quizás, no habría otro… no existiría la posibilidad de que se repitiera.

Mis brazos se enroscaron en su cuello, mientras sus manos deslizaban de los laterales de mi cara hasta mi cintura, atrayéndome aún más hacia él. La silla de madera crujió bajo nosotros, pero nada de eso importaba.

—En este momento, lo único que necesitas saber es que vas a volverme loco —murmuró contra mi boca, mientras sus manos exploraban mi cuerpo, apretando mi cintura y subiendo por mi espalda.

—Ese es el plan —lo provoqué, moviéndome sobre su regazo, abriendo las piernas a cada lado y colocándome justo como lo necesitaba encima de él.

Sentí su polla dura rozar mi coño, aún protegido por mi pantalón de chándal, y solté un gemido, arqueando la espalda para acercarme más, notando cómo su cuerpo reaccionaba al mío.

Sin avisar, Max deslizó una de sus manos por debajo de mi sudadera, sus dedos fríos contra mi piel caliente me hicieron estremecer al instante. Sus labios bajaron a mi cuello, besándolo y mordiéndolo, mientras gemía bajito, tratando de ahogar los gemidos, pero fallando miserablemente.

—Maya… —gruñó mi nombre, la voz ronca y cargada de deseo.

Antes de que pudiera responder, Max me sujetó fuerte de la cintura y me levantó apenas lo justo para bajarme los pantalones y las bragas de una sola vez, dejándome desnuda de cintura para abajo. En cuanto estuve libre de la ropa, él apartó la silla de la mesa, dándose más espacio para que volviera a su regazo. Hizo lo mismo consigo mismo, sin apartar los ojos de mi coño, y en cuanto su polla salió de golpe, me atrajo de nuevo hacia él.

—Olvídate de la puta mañana y siéntate en mi polla, Maya.

Se me hizo la boca agua al verlo tan duro, con la punta rosada brillando de líquido preseminal. Max rozó mi coño con su glande y yo me moví, guiándolo hasta el lugar exacto, y cuando su polla se encajó en mi entrada, me senté sobre él, sintiéndolo llenarme por completo, desgarrarme, tomarme entera.

—Eres jodidamente perfecta —murmuró antes de volver a devorarme la boca, el beso aún más intenso y hambriento que antes.

Comencé a cabalgar a Max mientras su boca devoraba la mía. Mis uñas se clavaron en sus hombros, aún cubiertos por la camisa que llevaba puesta.

Sus manos terminaron dentro de mi sudadera, apretando mis pezones.

Lo sentía entrar y salir, y seguía moviendo las caderas arriba y abajo. Max soltó uno de mis pechos solo para bajar la mano hasta mi culo y soltar una palmada fuerte contra mi piel.

—Dijiste que querías unos azotes —gruñó al apartar la boca de la mía, y sentí que una sonrisa llena de placer se dibujaba en mis labios.

—Pégame más —ronroneé, sintiéndolo hundirse aún más dentro de mí.

—¡Perra jodida!

Max me arrancó la sudadera del cuerpo, dejándome completamente desnuda encima de él. Otra vez, una de sus manos estalló contra mi culo, y sentí que el orgasmo se acercaba. Con la otra mano, me abofeteó el pezón duro. Mientras tanto, su boca se fue al otro, mordiéndolo y succionando mi punta en seguida.

Aceleré el ritmo de mis movimientos, y Max también empezó a mover las caderas con más fuerza, más velocidad, con más desesperación.

Llevé mi boca a su cuello y lo mordí justo en el momento en que me corría con su polla dentro, sintiéndola deslizarse con más facilidad dentro de mí. Otro azote más en el culo alargó aún más mi orgasmo, y en cuanto Max apartó la boca de mi pecho, me agarró del cuello, apretándome ligeramente, mientras embestía con más ganas, metiéndola hasta el fondo, haciéndome completamente suya.

El hombre que me tenía totalmente dominada llevó la mano libre a mi clítoris y empezó a masturbarme, provocando que otra oleada de placer empezara a hincharse dentro de mí.

—Eso, córrete en la polla de tu hombre —gruñó, con la voz tan ronca, mientras seguía masajeando mi clítoris—. Tu coño está tan apretado, joder. ¿Tienes idea de lo mucho que se estrecha cuando late alrededor de mi polla mientras te corres?

Gemí como respuesta y el orgasmo estalló dentro de mí. Max se metió más hondo, el sonido de nuestros gemidos y gruñidos se mezclaba con el de nuestros sexos chocando, pero cuando Max

intentó levantarme de su polla, yo moví las caderas con intención, sabiendo perfectamente lo que vendría después.

—Córrete dentro de mí, Max, déjame sentir tu leche caliente dentro —supliqué.

—Es peligroso, huracán —gruñó él, sujetando mis caderas con fuerza mientras seguía embistiéndome.

—Yo me cuido —gemí.

Max mordió el lóbulo de mi oreja y susurró:

—¿Quieres mi corrida, Maya?

—¡Sí, quiero! —grité, justo cuando aumentaba aún más la intensidad de las embestidas.

—¡Entonces tómala!

Y me llenó con su orgasmo. Me inundó entera con su líquido caliente. Y joder, me sentí la mujer más poderosa del mundo.

Cuando por fin dejamos que el agotamiento nos venciera, apoyé mi rostro en el hombro de Max, mientras él seguía dentro de mí, aún palpitando por el clímax.

Abracé su cuerpo y dejé que las lágrimas silenciosas resbalaran por mis mejillas. Empezaron a empapar su camisa, pero aun así no me aparté, y con la voz quebrada, susurré:

—Max, lo siento.

—¿Por qué? —quiso saber él, intentando apartar mi cara de su hombro, pero no se lo permití—. Maya, ¿qué pasa?

Sentí cómo una de sus manos me rodeaba la cintura y la otra acariciaba mi pelo.

—Me he enamorado de ti —confesé.

Pero lo que más me dolió fue su silencio. Max apretó el brazo alrededor de mi cintura, pero no dijo nada, y eso… eso me dolió tanto.

Intenté con todas mis fuerzas no amarlo, pero era imposible cuando me trataba tan bien.

Y sabía que ese sentimiento iba a destrozarme... tarde o temprano, él acabaría conmigo.

Solo no imaginaba que fuera tan pronto.

CAPÍTULO 24



Maxwell Monroe

Me acomodé la corbata mientras me observaba en el espejo.

Había llegado el gran día.

Hoy sabríamos si me convertiría o no en el presidente del país.

Mis amigos, asesores y algunos simpatizantes estaban todos en mi casa, y yo terminaba de arreglarme para bajar y reunirme con ellos, pues el recuento ya había comenzado, aunque aún faltaban unas horas para conocer el resultado.

Oí que se abría la puerta y, en cuanto miré por el espejo, no pude evitar esbozar una sonrisa ladeada al ver quién había aparecido allí. Casi no la había visto en el último mes, desde que confesó que estaba enamorada de mí, un tema que aún no habíamos abordado, pero pronto me sentaría a hablarlo con ella.

Después de todo, en este último mes, en el que apenas pasé unas cuatro horas en total con Maya, había llegado a una única conclusión: yo tampoco podía vivir sin ella. Por eso, después de hoy, le propondría que se fuera conmigo a Washington.

—Hola, presidente —su voz me golpeó, haciendo que todo mi cuerpo anhelara tocarla.

Me giré hacia ella y caminé hasta donde estaba, llevando un vestido negro esta vez, tan ajustado a ese cuerpo perfecto.

—Hola, mi huracáncito —murmuré, mientras rodeaba su cintura, me perdía en sus ojos que me fascinaban, y finalmente, incapaz de resistirme, pegué mi boca a la suya.

Maya se derritió entre mis brazos al sentir mi boca sobre la suya, pero no tardó nada en devolverme el beso.

¡Qué puta falta me hacías!

El beso era intenso, cargado de toda la añoranza acumulada durante el último mes. Maya se entregaba por completo en mis brazos y, por un instante, me olvidé del mundo fuera de aquella habitación. Sus dedos se enredaron en mi pelo mientras yo profundizaba el beso, sujetándola fuerte por la cintura, como si pudiera escaparse en cualquier momento.

—Max… —susurró contra mis labios, sin aliento, sus ojos brillando al separarse apenas para mirarme.

Estaba a punto de atraerla de nuevo hacia mí, incapaz de resistirme, cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe. El sonido del picaporte resonó, rompiendo nuestra burbuja de intimidad.

—Max, tienes que bajar… —Sadie se detuvo a mitad de la frase, con los ojos abiertos de par en par mientras nos miraba.

Se quedó inmóvil, claramente intentando procesar la escena delante de ella: Maya y yo todavía muy cerca, su rostro sonrojado, los labios de ambos hinchados por el beso.

—Sadie… —mi voz sonó dura, intentando mantener el control de la situación.

—¿Qué… está pasando aquí? —preguntó, pero no había sorpresa en su rostro, solo indignación.

Maya dio un paso atrás, acomodándose el vestido con nerviosismo, evitando la mirada de Sadie. Mi instinto inmediato fue protegerla, pero sabía que esa situación era demasiado peligrosa.

—No es lo que parece, Sadie.

En ese mismo momento, la mirada de Maya se volvió hacia mí.

—Realmente espero que no sea lo que parece, señor. Porque, lo siento, pero hemos trabajado durante años en su imagen, para que la destruya con una cría.

Sadie estaba fuera de sí, y tal vez esta vez no pudiera culparla, porque fue una de las que más se esforzó por ganarse el corazón de los votantes.

—No soy una cría —murmuró Maya, visiblemente dolida.

Sadie arqueó una ceja en su dirección.

—Una mujer para Max es justo lo que tú no eres. —Sus palabras dolieron incluso a mí.

Miré a Maya, y sabía que tenía que sacarla de allí. También sabía que debía engañar a Sadie para que no le hiciera la vida imposible a esa chica que tanto admiraba... que tanto quería... que tanto deseaba.

Maya abrió la boca para decir algo, pero me adelanté, intentando evitar un escándalo justo antes del resultado de las elecciones.

—Sí, Sadie. Tienes razón, ella no es una mujer para mí, nunca lo fue. ¿De verdad crees que soy idiota? Maya solo es un pasatiempo.

Sadie me miró con una sonrisita victoriosa, mientras sentía la mirada de Maya fulminándome.

—¡Ah, ahora lo entiendo! ¿El señor solo la usa para sexo? —indagó Sadie.

Tragué saliva y volví mi atención hacia Maya, viendo que sus ojos ya brillaban por las lágrimas. La miré fijamente, intentando transmitirle el mensaje que quería que entendiera. Quería que se diera cuenta de que todo aquello era una actuación, pero incluso si

no lo entendía en ese momento, le pediría perdón y le explicaría mi punto en cuanto Sadie dejara de meterse donde no la llaman.

—¿Solo sirvo para sexo? —preguntó ella, con una expresión de incredulidad.

Sentí un dolor agudo en el pecho, pero me mantuve firme. Lo hacía por su bien. Luego entendería.

—Maya —solté una risa llena de desprecio—. ¿De verdad crees que quiero algo serio contigo? Solo te he querido para saciar mis deseos carnales. Yo necesito una *mujer* a mi lado, jamás te presentaría ante la sociedad como mi esposa o algo parecido. Las niñas no transmiten credibilidad.

Maya retrocedió un paso. Las lágrimas caían por su rostro. Ella miró a Sadie y yo hice lo mismo, dándome cuenta de que Sadie había creído cada palabra que había dicho.

—Te lo advertí —susurró Sadie en dirección a Maya.

Probablemente refiriéndose a lo que le había dicho el día que la encontró saliendo del baño.

Maya se volvió hacia mí y me sentí la peor persona del mundo al verla llorar.

—Max, por favor, dime que estás mintiendo. Dime que no me usaste. Dime que estás diciendo todo eso solo porque ella está aquí.

Sí, era eso. Pero no podía admitirlo.

—Lo siento, Maya. Creo que confundiste las cosas.

La mirada de mi chica era devastadora, como si cada una de mis palabras le arrancara un pedazo. Quería gritar que estaba mintiendo, que cada sílaba era un disparo contra mí mismo, pero Sadie seguía allí, observándome como una depredadora que por fin había encontrado mi punto débil. No quería darle munición a esa mujer, porque podía destruir mi vida con un simple chasquido de dedos.

—No puedes estar hablando en serio —susurró Maya, la voz quebrada mientras más lágrimas le caían por el rostro.

—Te advertí que te mantuvieras lejos. Tú no quisiste. Te di lo que tanto querías, te usé como tú misma *pediste*. ¿Y ahora te quejas? ¿Por qué? —Mi voz se endureció un poco.

Fue en ese instante que supe que había destruido a esa chica con mis palabras. Que la había herido demasiado. No sabía cómo revertirlo.

—Nunca dejaste de verme como una cualquiera, ¿verdad? —susurró, pero no parecía esperar respuesta.

Di un paso hacia ella, el instinto de protegerla más fuerte que cualquier lógica, pero Maya alzó la mano, apartándome.

—No me toques, Max. —La firmeza de su voz me golpeó como un puñetazo.

La observé, cada parte de mí rogando que entendiera que todo aquello era una actuación, una necesidad cruel para proteger la candidatura, y al final, protegerla a ella también.

—Si me voy ahora, se acabó. Todo se acaba.

Hice un gesto hacia la puerta, forzando mi expresión para mantenerla fría, aunque por dentro sentía como si mis propias acciones me cortaran con cuchillas.

Maya negó con la cabeza, incrédula, sus ojos se quedaron fijos en los míos por un momento. El brillo que tanto amaba ya no

estaba. Y cuando apartó la mirada, sentí cómo el suelo se hundía bajo mis pies.

Mi huracán le echó una última mirada a Sadie.

—Quédate con él, creo que os lo merecéis. Sois dos monstruos —su voz tenía un tono tan triste que me odié en ese mismo instante por hacerla pasar por aquello, aunque solo fuera por unas pocas horas.

Y, finalmente, Maya salió por la puerta con pasos vacilantes.

El sonido de sus pasos alejándose fue como un disparo directo a mi corazón, pero sabía que el suyo debía de estar aún peor que el mío, ya que mi chica no sabía que yo estaba mintiendo.

Sadie soltó una risa baja, cruzándose de brazos.

—Bueno, eso fue más intenso de lo que imaginaba. No sabía que al señor le gustaba enredarse con niñitas.

—Sadie —la corté, mi paciencia al límite—. Viste lo que viste. Esto termina aquí. Maya no es asunto tuyo, y nunca lo será.

Ella dio un paso atrás, levantando las manos en un falso gesto de rendición.

—Claro, señor. Mi boca está cerrada. Pero... espero que esta distracción no le nuble la cabeza en el momento más importante de su carrera.

La observé marcharse, con la rabia y la culpa librando una batalla dentro de mí. En cuanto me quedé solo, me dejé caer en el sillón, pasando las manos por el rostro.

Las palabras de Maya resonaban en mi mente: "Max, por favor, dime que estás mintiendo."

Sabía que debía arreglar aquello, pero también sabía que no podía ir tras ella en ese momento. No mientras cada uno de mis movimientos estuviera siendo vigilado, cada palabra analizada por el equipo y los medios. Por ahora, tendría que dejar que Maya creyera que realmente la había engañado, que la había rechazado, que la había considerado una cualquiera.

Cerré los ojos, odiándome por haberle hecho eso.

Cuando finalmente me levanté del sillón, me miré en el espejo, pero lo único que vi fue a un hombre vacío, dispuesto a mentirle a la chica que había logrado que su corazón volviera a latir, todo por un sueño que ya empezaba a parecer cada vez menos valioso.

¡Maldita sea!

Esperaba que Maya me entendiera…

Necesitaba que me entendiera.

Porque la necesitaba a ella… me había enamorado de mi huracán.

CAPÍTULO 25



Maya Sanders

Sentía como si me estuviera ahogando.

Era exactamente esa sensación. Respiraba, pero el agua imaginaria llenaba mis pulmones, impidiendo que el aire entrara en mi pecho. Las lágrimas empapaban mi rostro mientras estaba sentada en el suelo de uno de los baños de la mansión de Maxwell Monroe. El hombre que había destrozado mi corazón tan rápido que ni siquiera había tenido tiempo de empezar a recuperarme.

Y ni siquiera sabía si lo haría.

Volví a mirar la pantalla del teléfono, leyendo una vez más el mensaje que él me había enviado hacía una hora.

Max: *Tenemos que hablar después del recuento.*

¿Cómo tenía todavía el valor de pedirme que habláramos, después de haberme destrozado de forma tan brutal, de haberme humillado, de haber tomado mis sentimientos y tirado a la basura?

Max perfectamente podría haber terminado conmigo cuando Sadie no estuviera presente, pero no, quiso humillarme de un modo que me dolió tanto, que probablemente nunca más podría mirarlo a la cara.

Las malditas palabras que me dijo no salían de mi cabeza:

Maya es solo un pasatiempo…

Necesito a una mujer a mi lado, jamás te presentaría ante la sociedad como mi esposa…

Te usé como tú misma pediste…

Más lágrimas resbalaron por mi rostro mientras apoyaba la cabeza sobre mis rodillas, repasando esas palabras en bucle en mi mente.

Ya era plenamente consciente de que nosotros no tendríamos un "para siempre", pero nunca imaginé que sería humillada de una forma tan cruel delante de esa víbora, que disfrutó viendo cómo Max me trataba.

Ignoré el mensaje de Max y seguí lamentándome en aquel lugar, intentando dejar de sentir tanto dolor en mi pecho. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado allí, encerrada en aquel baño, pero cuando mi teléfono vibró, anunciando una llamada, supe que debía salir de allí. Tenía que irme de ese lugar.

Revisé el móvil y vi que era Ruby quien me llamaba, y me odié a mí misma por no haber tenido siquiera la consideración de avisarle que estaba escondida en aquel baño. Sin embargo, no quería contarle lo que había pasado. No quería que mi amiga perdiera el cariño y la admiración que sentía por su padre. Jamás querría ponerla en su contra.

Deslicé el dedo por la pantalla, tratando de controlar mi voz.

—¡Hola! —susurré.

—Tía, ¿dónde estás? ¡Te he buscado por todos lados! —Ruby sonaba agitada.

—Tuve una emergencia en el baño —mentí, sintiéndome aún peor.

—¿Una emergencia de dos horas? —Ruby sonó llena de ironía al otro lado de la línea.

Me quedé en silencio, pensando en qué podría decirle.

—Estoy un poco nerviosa por las elecciones —mentí de nuevo.

Le había prometido a Ruby que mi relación con su padre no afectaría nuestra amistad, pero sentía que quería evitar a cualquiera que me recordara a él… y ella sería la que más me lo recordaría.

—Ah, así que por eso tienes esa voz tan rara —constató ella, aunque estaba completamente equivocada—. ¿Quieres que te lleve algo?

Ruby era tan buena. Realmente no la merecía como amiga.

—No hace falta, ya estoy saliendo —respondí, limpiándome las lágrimas rápidamente, como si eso fuera suficiente para borrar lo

que sentía.

Pero no lo era, y ni siquiera sabía si algún día algo lo sería.

—¡Vale, pero ven rápido! ¡Porque yo también estoy nerviosa, el recuento está a punto de terminar y… —Ruby hizo una pausa dramática, su voz cada vez más llena de entusiasmo— ¡mi padre va ganando! ¡Va a ser elegido, Maya! ¡Tienes que estar aquí conmigo para verlo! ¡Y estoy segura de que le encantará tenerte a su lado en este momento!

La noticia cayó como una piedra en mi pecho, especialmente esa última parte. Contuve el sollozo que amenazaba con escapar de mis labios y, al mirar el espejo, vi mi rostro hinchado y enrojecido de tanto llorar.

Mi corazón latía con fuerza, pero no de alegría. Las palabras de mi amiga eran un recordatorio cruel de que Maxwell Monroe no era solo el hombre que me había roto el corazón. También era una figura pública, a punto de ser aclamado por cientos, tal vez miles de personas. Ganarían la elección que tanto ansiaba, y el mismo día me dejó claro que yo nunca significaría nada en su mundo.

Quizá, en el fondo, aún albergaba alguna esperanza, porque veía la forma en la que me miraba, como si sintiera algo por mí. Pero todo fue una ilusión. Fui una ingenua al pensar que una chica tan joven podría conquistar a un hombre tan experimentado como él.

Un hombre que necesitaba a una "mujer" y no a una mocosa como yo.

—Es increíble, Ruby —forcé un tono animado, aunque mi voz salió débil.

—¡Claro que lo es! —exclamó ella, completamente ajena al torbellino que había dentro de mí; quizá su euforia incluso le impedía darse cuenta de lo destrozada que estaba—. Sabes lo importante que es esto para él, y para nosotras también. ¡En serio, ¿dónde estás?! ¡Van a anunciar los resultados en cualquier momento!

Volví a mirarme en el espejo por un instante, mis ojos todavía rojos e hinchados. Ruby esperaba que estuviera a su lado celebrando. No tenía idea de lo que había pasado entre su padre y yo, y tampoco necesitaba saberlo.

—Ya voy —murmuré, sabiendo que debía encontrar fuerzas para salir de aquel baño y enfrentar todo aquello.

—¡Genial! Estoy esperándote cerca de la entrada del salón. ¡No tardes!

—Está bien.

Cuando terminó la llamada, me quedé allí, parada, mirando el móvil como si pudiera darme las respuestas a todos mis problemas. Pero no podía. Nada podía. Necesitaba ir a apoyar a mi amiga, que siempre había estado ahí para mí, y lo haría solo por ella. Me lavé la cara, la sequé, y salí del baño, dirigiéndome hacia el salón donde estaban todos los invitados de Max y Ruby para aquel gran día.

Respiré hondo, intentando empujar el dolor al fondo de mi mente. Tenía que estar allí por Ruby, aunque eso significara enfrentarme al hombre que me había destrozado como si no fuera nada más que el padre de mi mejor amiga. Como si no fuera el hombre del que me había enamorado.

Caminé hasta donde vi a mi amiga, y en cuanto ella me vio, con esa sonrisa contagiosa, noté el momento exacto en el que se dio cuenta de que algo iba muy mal conmigo. Su sonrisa se apagó de golpe y Ruby caminó hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, visiblemente preocupada.

—Ruby, yo…

—Maya, ¿qué ha pasado? —me interrumpió, dejando claro que no aceptaría excusas.

Pensé en contarle cómo su padre me había rechazado, humillado, destrozado delante de Sadie, pero justo cuando abrí la boca, el resultado de las elecciones fue anunciado.

Como estábamos en el salón de fiestas que Max había abierto para personas importantes y para los medios, la multitud estalló en aplausos y gritos cuando proclamaron el nombre de Maxwell Monroe como vencedor. Luces parpadeaban, los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, y Ruby inmediatamente se giró hacia mí con una sonrisa tan radiante que parecía iluminar todo el salón. Quizá olvidó momentáneamente lo mal que me veía, lo cual agradecí. No quería que me hiciera más preguntas sobre lo ocurrido.

—¡Ganó, Maya! ¡Mi padre ganó! —exclamó, sujetando mis manos y tirando de mí para darme un abrazo.

Forcé una sonrisa, intentando parecer feliz. Era lo mínimo que podía hacer por Ruby en ese momento. Estaba contenta por su

victoria, pero ni siquiera esa felicidad lograba aliviar el dolor que me consumía, el dolor que me estaba destrozando por dentro.

—¡Es increíble, Ruby! Anda, ve a celebrarlo con él —le apreté suavemente las manos antes de soltarlas.

—¿Y tú? ¿Vendrás conmigo, verdad? —preguntó, frunciendo el ceño al notar claramente mi vacilación.

Tragué saliva, mi garganta se sentía demasiado apretada, pero aun así logré murmurar las palabras sin romperme frente a ella:

—No… este es vuestro momento. Tienes que estar al lado de tu padre. Él se merece que celebres con él —hice un gesto de ánimo, intentando ocultar el dolor que se alojaba en el fondo de mi pecho.

Ruby dudó un instante, pero finalmente asintió.

—Vale, pero prométeme que no vas a desaparecer otra vez, ¿ok? Y después quiero saber qué pasó, porque tú no estás bien —me lanzó una mirada preocupada.

—¡Estoy bien, amiga! —Qué difícil era mentirle.

Ruby soltó un suspiro, negó con la cabeza, pero no insistió. Sabía que realmente debía estar con su padre.

Desde lejos, vi a Ruby abrazar a Max. Él le devolvió el abrazo, sujetándola por los hombros con una sonrisa que parecía sincera. Vi cómo sus ojos recorrían la multitud hasta que se encontraron con los míos. No sostuve su mirada. Me aparté, buscando el rincón más alejado, el más oscuro, el más sombrío, como me sentía por dentro.

Vi cómo los amigos de Max lo abrazaban, los hermanos Holstrom, los dueños de esta ciudad, estaban eufóricos con la victoria del hombre que amaba. Él comenzó su discurso, pero ni siquiera podía concentrarme en sus palabras. Mientras su voz profunda resonaba en el salón, solo podía recordar cómo esa misma voz, mi sonido favorito, se había convertido en mi peor pesadilla.

No podía moverme. Mientras Max hablaba con elocuencia ante sus seguidores, yo solo podía pensar en cuánta estupidez había cometido. Nunca debería haber insistido en esa relación.

Sentí una presencia a mi lado, y cuando giré la cabeza para mirar, quise morirme. Sadie estaba allí, con una sonrisa enorme dibujada en el rostro.

—Te lo advertí, ¿verdad? —repitió Sadie las mismas palabras que había dicho antes.

—Sí, me lo advertiste. Pero que se joda lo que digas. Tu opinión no importa —la encaré, mientras ella me miraba como si fuera superior—. Si crees que consiguiendo que Max confesara sus verdaderas intenciones conmigo vas a hacer que te vea como una gran opción, estás muy equivocada.

—Si tú lograste algo abriéndote de piernas, para mí también será muy fácil conseguirlo.

Las ganas de romperle la cara a esa desgraciada me invadieron, pero me contuve. No iba a hacer un escándalo. Jamás haría un escándalo por ningún hombre. Ya era suficiente con la humillación que había sufrido.

—¡Que sean muy felices!

Me aparté de aquella mujer y comencé a alejarme de ese lugar. Max seguía con su discurso cuando les di la espalda a él y a Ruby, y me marché de la mansión. Ya no podía permanecer allí.

En cuanto llegué al jardín, saqué mi móvil y escribí un mensaje para Ruby:

Maya: *Ruby, necesito un tiempo.*

No te preocupes por mí, pero,

por favor, no me busques por ahora.

Espero que tú y tu padre

seáis muy felices con esta victoria.

Yo solo... necesito estar sola.

Gracias por todo.

Eres la mejor persona que he conocido.

Perdón por no cumplir mi promesa.

Perdón por permitir que mi relación

con tu padre afectara nuestra amistad.

Pero él me hizo daño... me destrozó, Ruby.

Así que solo necesito respirar, pero no olvides que yo...

¡Te quiero!

Envié el mensaje y, con el corazón pesado, caminé hacia la puerta principal. No miré atrás. No podía hacerlo. Ya estaba decidido, no quería hablar con Max, no quería verlo, nunca más.

Iba a coger todos mis ahorros e irme de Amarillo, al menos por un tiempo...

Necesitaba alejarme, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Olvidaría a Maxwell Monroe, el presidente del país, para siempre.

CAPÍTULO 26



Maya Sanders

Pensé que después de ser agredida por mi padre, nunca volvería a pisar ese apartamento, pero allí era donde estaban mis cosas.

El dormitorio de la universidad quedaba muy lejos, así que las opciones que tenía, antes de que Ruby decidiera venir a buscarme, eran esas, enfrentar al hombre que me odiaba.

Abrí la puerta del apartamento y encontré a mi padre en la sala, viendo la televisión. Estaba viendo la maldita transmisión de los

resultados de las elecciones. Max estaba dando una entrevista en ese momento, pero ni siquiera miré su imagen, no tenía fuerzas para eso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre dientes.

—No voy a molestarte. Solo he venido a recoger algunas cosas. No hace falta que me pegues por eso.

Seguí caminando hacia mi habitación, escuchando los pasos de mi padre acercándose detrás de mí. Respiré hondo, temiendo recibir otro golpe, pero por suerte, esta vez, no llegó.

Entré en mi cuarto, saqué una mochila del armario mientras cogía algo de ropa y la metía dentro.

—Quería hablar contigo sobre aquel día —murmuró mi padre.

Me giré hacia él y solté un suspiro.

—No lo haremos. Usted dejó muy claro lo mierda que soy en su vida. Me golpeó sin que yo hiciera nada, me humilló durante años, por culpa de una mujer que tampoco se preocupó jamás por mí —las lágrimas comenzaron a caer de nuevo, incapaz de contenerlas, estaba tan cansada de mi vida—. Nadie se preocupa

por mí, mi abuela fue la única que me amó de verdad en esta familia. Y acabo de perder a la única amiga que tenía, por culpa de un hombre. Porque fui estúpida y confié en un hombre.

Cerré la cremallera de mi mochila y miré a mi padre, que me observaba como si se sintiera culpable.

—Maya, ¿estás bien? —preguntó, y yo solté una carcajada amarga, sintiendo el odio correr por mis venas.

—¡No! —grité—. Para ti, yo no soy Maya. Mi nombre en tu boca es desgraciada, puta y zorra. Así es como me llamas. Y no, no estoy bien, pedazo de mierda. Estoy fatal, pero tú no vas a consolarme. Si pudiera, jamás volvería a mirarte a la cara después de lo que me hiciste.

Pero la necesidad me hizo venir aquí, y ya me voy.

Salí de la habitación, pasando junto a él sin siquiera mirarlo.

—Si quieres, puedes quedarte aquí —murmuró Dallas.

Lo miré por encima del hombro.

—He sido estúpida demasiadas veces, pero esta vez no lo seré, Dallas. Por mí, puedes irte al infierno.

Y así salí de la casa del hombre al que ya no quería llamar padre. Tomé un taxi en cuanto llegué a la calle principal y me dirigí a la estación de autobuses. Cuando el coche empezó a moverse, mi móvil empezó a sonar. Era Ruby...

Y, aunque me doliera, colgué la llamada, saqué el chip y lo tiré. No quería hablar con nadie en ese momento. Solo quería desaparecer… quería otra vida. Estaba cansada de la mía.

Cansada de todo lo que me rodeaba.





Maxwell Monroe

Sostenía un vaso de whisky en la mano, mientras sentía cómo el líquido ámbar deslizaba por mi garganta, quemando suavemente de una manera que parecía encajar perfectamente con el calor de la victoria. Una sonrisa se empeñaba en no borrarse de mi rostro mientras observaba a Alec y Asher soltando carcajadas y bromeando entre ellos. El ambiente estaba impregnado de una energía ligera, desenfadada, como si aquel fuera el punto culminante de una noche larga, pero al fin gloriosa.

Austin estaba algo más apartado, junto a Ariana, su esposa, que lucía ya una barriga bastante redondeada por el avanzado

embarazo.

A su lado, Brianna, la esposa de Asher, estaba sentada en uno de los sillones, con una sonrisa suave en los labios. Ella también esperaba un bebé, aunque su vientre aún era casi imperceptible.

La mayoría de los invitados ya se había marchado. Había insistido en limitar el número de reporteros y curiosos dentro de mi casa. No era el tipo de hombre que disfrutaba teniendo multitudes en mi espacio personal más tiempo del estrictamente necesario. Ahora, el salón estaba casi vacío, quedando apenas un pequeño grupo íntimo de amigos y empleados que circulaban discretamente. Todo estaba exactamente como quería: tranquilo, con las personas adecuadas, celebrando el momento adecuado.

Dejé que mi mirada recorriera el salón y no la encontré. Le había mandado un mensaje a Maya en cuanto logré recuperarme de las duras palabras que le había dicho, y apenas podía esperar el momento de explicarle que todo había sido una gran mentira para que Sadie nos dejara en paz. Especialmente porque no sabía hasta qué punto esa mujer podía destruir mi vida. Alfred había asegurado que no pasaría nada, pero casi nunca confiaba en nadie.

Ruby también había desaparecido en cuanto comenzaron a entrevistarme. Probablemente estaban juntas. Por eso, intenté apartar ese asunto de mi mente y centrarme de nuevo en mis amigos, ya que la sensación de la victoria era embriagadora, más poderosa incluso que el alcohol que estaba bebiendo. Durante años trabajé para llegar a este momento, y ahora era mío.

—Lo lograste, Max. El gran Maxwell Monroe, elegido con ventaja —comentó Alec, levantando su copa hacia mí.

—Era obvio. Naciste para esto —añadió Asher, riendo mientras brindaba conmigo.

—Conseguimos lo que tanto queríamos, chicos —respondí, inclinando mi copa en un gesto de celebración. Porque ellos sabían que no me refería solamente a la presidencia.

En ese instante, los tres sabíamos que la Cosa Nostra había conseguido el poder que necesitaba para gobernar el país. Y ese poder estaba depositado en mí, como comandante general de una nación.

Sin embargo, mi felicidad empezó a desmoronarse en el momento en que vi a mi hija entrar en el salón de forma agitada y

caminar hacia mí como si le fuera la vida en ello.

Asher y Alec también lo notaron, porque sus risas se apagaron de inmediato.

—¡Papá! —me llamó ella, seria, con los ojos fijos en mí.

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunté.

—¿Qué ha hecho, papá? —su voz sonaba casi desgarrada, como si estuviera en pánico.

Sonreí de lado, sin entender qué quería decir. Vi a mis asesores mirándonos, especialmente a Sadie.

—Amor, he ganado las elecciones, nada más —intenté bromear, aunque algo dentro de mí gritaba que algo iba terriblemente mal.

Alec soltó una risa baja, pero Ruby ni se inmutó; ni siquiera miró a su alrededor. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, por primera vez en toda la vida de mi niña, la vi mirarme con odio.

—Ella se fue.

Su frase fue como un puñetazo en el estómago. Mi sonrisa desapareció y mi pecho se encogió de golpe.

—¿Cómo que se fue, Ruby? ¿Quién se fue?

—Maya —el nombre salió de la boca de mi hija como una acusación, y sentí incluso que me fallaban las piernas—. Papá, ¿qué le hiciste a Maya? ¿Por qué se fue? —la voz de Ruby estaba alterada, y todos los presentes en el salón estaban escuchando lo que decía, pero que se jodieran, en ese momento no me importaba nada.

El vaso de whisky se resbaló de mis manos, cayendo al suelo y haciéndose añicos en mil pedazos. El sonido retumbó en la sala, pero en mi mente solo resonaban las palabras de mi hija: Maya se fue.

El dolor fue inmediato. No físico, sino un nudo en el pecho, una sensación casi asfixiante. Me llevé la mano al corazón, intentando respirar; probablemente estaba muriéndome.

Sabía perfectamente por qué se había marchado. Mis palabras frías, dichas con tanto control y fingimiento, regresaban ahora como cuchillas afiladas. La herí. Y ella ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle que todo había sido una mentira. Le había dicho que necesitábamos hablar.

Ruby seguía mirándome, los ojos llenos de lágrimas, de confusión y de rabia.

—Papá, ¿qué hiciste? —insistió, con la voz temblorosa.

Tragué saliva y aparté la mirada. Asher y Alec permanecieron en silencio, probablemente sintiendo el peso de la tensión que flotaba en el aire. No podía responder. Cada palabra que le dije a Maya aquel día volvió a mi mente, cada mentira que solté para alejarla unas horas, y aquella mirada devastada que me lanzó antes de marcharse.

—Mierda... —murmuré, pasándome una mano por la cara.

Los tacones de Sadie resonaron sobre el suelo cuando se acercó a Ruby.

—Querida, no sé qué te habrá contado tu amiga, pero yo estaba presente, y tu padre solo hizo lo correcto: ponerla en su lugar.

Jamás vi a mi hija mirar a alguien con tanto odio como miró a Sadie en ese instante, aún más cuando la mujer le puso una mano sobre el hombro.

—¡No me toques! —gritó Ruby.

Me acerqué a mi hija y la abracé entre mis brazos. En cuanto la envolví en mi abrazo, empezó a llorar.

—¿Qué hiciste, papá? —susurró mientras sollozaba.

—Max —me advirtió Alfred, y miré alrededor, hacia mis empleados.

Asentí una vez y conduje a mi hija hacia mi despacho, sintiendo a los tres hermanos Holstrom venir detrás de nosotros.

—Tranquila, mi amor. No sé qué está pasando, pero vamos a solucionarlo.

Entré en el despacho con Ruby, mientras Alec, Asher y Austin también entraban. Ruby los miró, y yo susurré, aunque por dentro me moría de ganas de salir corriendo a buscar a Maya:

—Son de confianza, puedes hablar.

Y fue con esa autorización que Ruby volcó toda su rabia contra mí.

—Vi que no estaba bien, pero no sabía que había sido usted. ¿Por qué la lastimó? ¿Por qué, papá?

Ruby sollozaba mientras las lágrimas le corrían por el rostro, completamente empapado.

—Yo confiaba en usted. Le dije que nunca la lastimara y ¿es usted quien lo hace? —empezó a gritar Ruby.

—Cálmate, hija. ¿Qué te dijo ella?

Maya había entendido todo mal, joder.

—Que usted la destrozó, que se iría y que no quería que nadie la buscara.

Quizá un disparo doliera menos.

—¿Qué? —las palabras se me escaparon, incrédulo.

—Quiero a mi amiga de vuelta, papá. No contesta, su móvil está apagado. Ya llamé al personal del dormitorio, y nadie la ha visto.

—¿No está en el campus? —creo que estaba en estado de shock—. ¡Ella entendió todo mal, joder!

—Solo para que quede claro, ¿Te estás follando a la amiga de tu hija? —preguntó Alec.

Y lo fulminé con la mirada.

—¡No hables de ella! —gruñí en su dirección.

El vaquero levantó las manos.

—¡Ok! Ya me has confirmado lo que quería saber.

Volví a mirar a Ruby.

—Hija, Sadie nos vio, y pensé que, para evitar que divulgara la noticia, era mejor inventar una pequeña mentira. Pero no era para que Maya creyera en esa mentira.

—¿Y usted le avisó que era una mentira? —preguntó Ruby, completamente desolada.

Y mis hombros se hundieron, porque no le había dicho nada. Así que solo negué con la cabeza, sin decir una palabra.

—Entonces, ¿cómo se suponía que ella iba a saber que era mentira, papá?

Cerré los ojos con fuerza, apretando los puños, listo para golpear algo.

—Soy un imbécil.

Sentí una mano en mi hombro y vi a Austin a mi lado.

—Vamos a buscar a esa chica. No me gusta la idea de que esté sola por Amarillo.

—Ya pensaba hacerlo, vaquero —gruñí—. Hija, quédate aquí, voy a encontrarla, ¿de acuerdo?

—Está bien, papá. Pero si ella no lo perdona, no voy a culparla.

Tragué saliva con dificultad.

Si Maya no me perdonaba... si Maya nunca me perdonaba, seguramente me convertiría en poco más que los escombros de un hombre, aún más devastado de lo que era antes de permitir que entrara en mi vida.

Moriría sin Maya...

El huracán que había cambiado todo lo que conocía... El pequeño huracán que me había hecho feliz.

CAPÍTULO 27



Maxwell Monroe

Pasé las manos por mi cabello, echando la cabeza hacia atrás.

La sensación de impotencia se apoderaba cada vez más de mí.

Llevaba cinco días... cinco días deseando tener noticias suyas, cinco días en los que incluso había enviado a mis guardaespaldas a las ciudades vecinas para buscarla, pero no habían encontrado nada.

Busqué en el dormitorio, fui incluso a la casa del desgraciado de su padre, que me informó que su hija había pasado por allí, había recogido algo de ropa y se había marchado enseguida.

Había sido un imbécil al pensar que Maya entendería al menos un poco de mi plan para engañar a Sadie. Pero era como Ruby había dicho, tardé demasiado en explicarle que todo había sido una mentira, de hecho, ni siquiera llegué a explicárselo. Y ahora ni siquiera podía hablar con ella, porque su móvil seguía apagado.

Estaba agotado. Desde su desaparición no había logrado pegar ojo.

Cumplía mi agenda a duras penas, pero por dentro sentía que me estaba rompiendo por no saber dónde estaba el huracán que había cambiado mi vida.

En la estación de autobuses habíamos descubierto hacia qué ciudad había ido Maya, pero a mitad de camino, el conductor, que ya había sido interrogado, dijo que la chica se bajó en una parada y, desde entonces, ninguna cámara de seguridad volvió a captarla.

Golpeé la mesa con fuerza, pensando que todo aquello era culpa mía.

Cada palabra que había intercambiado con Maya resonaba en mi mente como una maldición. Había sido tan arrogante, tan seguro

de que ella entendería todo sin necesidad de que se lo explicara. Ahora, su ausencia era un vacío que no sabía cómo llenar.

—Complicaste todo, idiota —susurré para mí mismo, apretando el puño contra la mesa. Cada uno de mis movimientos desde aquel día parecía equivocado, como si estuviera caminando en círculos, intentando alcanzar algo inalcanzable.

Recordé la mirada de Maya, esos ojos llenos de preguntas que ignoré porque creía que el plan era más importante. ¿Y ahora? ¿Tenía lo que quería? No, porque sin ella, nada tenía sentido.

Ni siquiera la maldita victoria electoral importaba ya.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Cuando Avery entró con la tablet en la mano, noté cómo me miró, como si sintiera pena por mí.

—Señor, ¿podemos repasar su agenda? —preguntó, preocupada.

—Claro, ¡Avery! —Necesitaba trabajar, al menos para intentar olvidar lo que había pasado, hasta que pudiera encontrar a mi chica.

Mi secretaria se sentó en la butaca frente a mi escritorio, pero no dijo nada durante largos minutos.

—Perdón por meterme, pero, ¿usted está bien?

Solté una carcajada llena de desdén.

—No, Avery. Estoy hecho mierda —fui sincero, porque no tenía sentido negar lo que era evidente para cualquiera.

—La encontrarán, señor.

Fruncí el ceño.

—No tengo tanta fe en eso, no después de leer el mensaje de despedida que le envió a Ruby, no después de recordar las palabras que le dije. Maya creyó en todo, cuando en realidad, solo quería... —me estaba abriendo con mi secretaria.

—No voy a contar nada a la prensa, señor Monroe. Puede hablar, desahogarse. Creo que lo necesita.

—Sadie nos descubrió, Avery. Porque ya debe estar claro que estaba cometiendo el error de involucrarme con la amiga de mi hija.

Avery soltó un sonido de disgusto.

—¿Por qué es un error, señor? ¿Solo porque ella sea más joven? ¿Porque sea amiga de su hija? Si existía deseo, no creo que sea un error. El padre de mi hija era el médico que me salvó, yendo en contra de toda esa mierda de normas hospitalarias, y aunque estaba prohibido, es el amor de mi vida. Los años que pasamos separados fueron los peores de mi existencia, aunque mi niña me llenara de felicidad. Así que no puedo juzgarlo por haberse involucrado con quien despertó algo dentro de usted —Avery hizo una pausa, pero no tardó en continuar—. No puedo juzgarlo al ver que ha vuelto a sonreír, a parecer más vivo. Muy diferente del hombre frío que conocí, del viudo que solo vivía para el trabajo y para pasar tiempo con su hija. Maya es la indicada para usted. Así que no se rinda, vaya tras ella. Ponga este país patas arriba si hace falta, pero encuéntrela. No sé qué pasó, pero si usted está así de destrozado, necesita buscarla y decirle lo que siente en su corazón.

Las palabras de Avery me golpearon como el puñetazo que necesitaba.

—Hice tantas estupideces, Avery. No sé si ella me perdonará. Pensé que, si le mentía a Sadie, evitaría que nuestro caso se hiciera público en los medios. Porque no confío en ella —mi secretaria

asintió—. Pero Maya creyó cada palabra de lo que dije. ¿Cómo pude ser tan idiota como para pensar que entendería mi plan, si ni siquiera me tomé la molestia de avisarle?

Avery suspiró.

—Señor, la vida se compone de errores y aciertos. Usted se equivocó. Sucede. No se puede ser perfecto siempre.

—¿Pero cómo voy a encontrarla? —pregunté, completamente derrotado.

Avery puso los ojos en blanco, como si realmente fuera un idiota y tuviera que enseñarme todo.

—Está respaldado por los hermanos que controlan esta ciudad. Y los dos sabemos que no solo cuenta con su apoyo —levantó una ceja, dejando claro que era mucho más lista que la mayoría de la gente que he conocido—.

Creo que es hora de poner a sus amigos de Chicago a trabajar, Maxwell. Si quiere recuperar a esa chica, tendrá que mover el mundo por ella.

Iba a responderle que tenía razón, pero mi móvil vibró sobre la mesa.

Un escalofrío me recorrió la espalda, porque realmente pensé que podía ser ella, la chica ante la que me había rendido por completo. Quizá una señal. Quizá una oportunidad para arreglarlo todo. Agarré el teléfono con urgencia, pero el desánimo me abatió en el acto.

Era un mensaje de un número desconocido. Abrí la bandeja de entrada y, en cuanto leí las pocas palabras, mi mundo se congeló.

"Renuncie a la presidencia o

su precioso secreto morirá."

Adjunto al mensaje, había una foto. Maya. Hermosa, como siempre. Era una de las últimas fotos que había publicado en sus redes sociales. Estaba con la cabeza erguida, el cabello al viento, y una sonrisa enigmática que me atravesaba el alma por no saber dónde estaba mi pequeño huracáncito.

Solté el móvil sobre la mesa con fuerza, pero el golpe seco no alivió el nudo en mi garganta, ni el latido frenético de mi corazón, ni el miedo... el miedo de que aquellas palabras se volvieran realidad.

¿Quién era esa persona? Fuera quien fuera, sabía lo suficiente como para desesperarme. Y Maya... ella no tenía idea del peligro que corría.

Tenía que encontrarla. Antes de que fuera demasiado tarde.

—Realmente necesito a mis amigos de Chicago.

CAPÍTULO 28



Maya Sanders

El olor fuerte a café me revolvía el estómago. Y ni siquiera sabía por qué me sentía así, si siempre me había encantado ese olorcito tan rico. Pero ya llevaba dos días sin poder comer nada, porque todo lo que metía en la boca me daba náuseas, y algunas veces realmente llegué a vomitar todos los "*nadas*" que tenía dentro del estómago.

Y aquel día, uno de los olores que más amaba se había convertido en mi peor pesadilla. Por eso salí de la cafetería, en la

que apenas acababa de entrar, y respiré hondo, dejando que la brisa acariciara mi rostro y calmara mi estómago. Probablemente algún virus me estaba afectando.

Si no mejoraba, pensaba ir a un hospital, aunque no me gustaba la idea de exponerme demasiado en lugares como ese. No estaba muy lejos de Amarillo, y no sabía si Max habría puesto a alguien tras mis pasos, así que podían encontrarme con facilidad. Sin embargo, cada vez que pensaba en ello, descartaba la idea de que ese hombre fuera a buscarme.

Me había rechazado... me había tratado como una basura... no había ningún motivo para que quisiera encontrarme. Lo único que sentía era una enorme culpa por haber abandonado a Ruby de aquella manera, sin despedirme de ella.

Sacudí la cabeza rápidamente, intentando alejar esos pensamientos, mientras trataba de concentrarme en mi búsqueda de empleo. Había entrado en aquella cafetería precisamente porque había un cartel que anunciaba que se necesitaba personal en la puerta, pero el olor, que me estaba haciendo sentir mal, pudo más que yo.

Apenas había empezado a buscar algo que me mantuviera ocupada, y ya me sentía agotada. Aunque, en realidad, llevaba semanas sintiéndome así, y tras todo lo que había pasado cinco días atrás, parecía que mi cuerpo gritaba pidiendo auxilio.

Un malestar repentino me invadió, así que decidí volver al pequeño cuarto de la pensión que había alquilado con los pocos ahorros que me quedaban. Estaba segura de que, si no me tumbaba pronto, caería allí mismo, delante de todo el mundo.

Llegué casi arrastrándome, sintiendo las piernas como si pesaran toneladas. En cuanto entré en la habitación, me dejé caer sobre la cama, sin fuerzas ni siquiera para quitarme los zapatos. Ya me había despertado tarde aquel día, pero aun así sentía como si no hubiera descansado en absoluto, probablemente por las dos noches en las que apenas había conseguido pegar ojo. Y ahora mi cuerpo empezaba a cobrarme el precio. Antes de darme cuenta, cerré los ojos, y me quedé completamente dormida.

No sé cuánto tiempo estuve dormida, pero me despertaron unas voces lejanas en el pasillo y una sensación extraña en todo el cuerpo. Tenía la boca seca, la cabeza me latía ligeramente y un mareo me hizo querer seguir tumbada. Mi estómago protestó,

estaba muriéndome de hambre, y aunque las náuseas habían pasado, la debilidad seguía ahí, probablemente porque no había comido nada en dos días.

Con esfuerzo, me senté al borde de la cama. Cogí el móvil, al que le había puesto otro chip, y comprobé la hora, asustándome al instante cuando vi que había dormido todo el día.

¿Qué mierda me estaba pasando?

Otra vez escuché el sonido de protesta de mi estómago. El mundo giró durante un momento y respiré hondo. Necesitaba obligarme a salir de nuevo de allí, porque no tenía nada para comer. Tenía que salir y comprar algo, aunque fuera una simple galleta salada para calmar un poco el hambre.

Me puse en pie, aún con los zapatos puestos, cogí mi bolso, respiré hondo una vez más y salí por la puerta. La pensión en la que me alojaba era sencilla, con pequeños cuartos para personas como yo, de escasos recursos, que necesitaban un lugar barato donde pasar la noche.

El cielo ya estaba oscuro, y en cuanto salí a la calle, iluminada por farolas de luz amarilla, noté que el movimiento comenzaba a

disminuir con el avance de la tarde.

Caminé despacio, intentando ignorar la sensación de debilidad que me hacía vacilar a cada paso. La poca energía que me quedaba parecía evaporarse rápidamente, pero seguí avanzando hacia el pequeño supermercado que había visto más temprano.

A pocos metros de la entrada, mi cuerpo empezó a flaquear de verdad. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Mis piernas comenzaron a temblar, la vista se oscureció y el sudor frío cubrió mi cuerpo. Intenté apoyarme en una pared cercana, pero todo se volvió borroso y, antes de poder hacer algo, el suelo se precipitó hacia mí.

El último sonido que oí fue alguien gritando: —¡Señorita, ¿está bien?!—, y luego todo se apagó.



Parpadeé varias veces, confusa, hasta darme cuenta de que estaba acostada en una cama que definitivamente no era la de la pensión. La luz me golpeaba en los ojos y me molestaba muchísimo. Mi brazo izquierdo estaba inmovilizado por una aguja conectada a un tubo transparente. Seguí el tubo con la mirada hasta encontrar una bolsa de suero colgada junto a la cama.

El sonido inquietante de las máquinas hospitalarias me puso nerviosa, y desde fuera de la habitación pude oír pasos. El olor del hospital invadió mis fosas nasales y el recuerdo de haberme desmayado en la calle volvió con fuerza. Antes de que pudiera situarme del todo, una enfermera entró en la habitación, sonriendo al verme despierta.

—¡Ah, por fin despierta! —Tenía una sonrisa amable, y por un instante estuve a punto de echarme a llorar de puro terror, pero aquella mujer transmitía tanta calma que casi conseguí serenarme junto a ella—. Voy a llamar al médico. ¿Cómo te sientes? —preguntó mientras ajustaba la almohada bajo mi cabeza.

—Un poco mareada... y cansada —respondí, con la voz mucho más débil de lo que esperaba—. ¿Qué ha pasado?

—Sufriste un desmayo —me dijo con mucha amabilidad—. Ahora vuelvo, el médico te lo explicará todo mejor.

La mujer salió antes de que pudiera hacerle más preguntas, pero no tardó en aparecer un hombre de bata blanca entrando en la habitación, con un portapapeles en las manos. También me sonrió de forma amistosa.

—Hola, soy el Dr. Hernández. Tu nombre es Maya, ¿verdad?

Fruncí el ceño y asentí.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Él siguió sonriendo con amabilidad. Era un hombre de unos sesenta años, al menos eso aparentaba.

—Estaba en tus documentos —asentí, recordando que llevaba el bolso cuando me desmayé—. Nos diste un buen susto. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Mejor, creo —respondí con cierta desconfianza. Lo que de verdad quería era saber el motivo de todo aquello.

—¿Por qué me desmayé? ¿Fue por no comer?

Se sentó en una silla junto a la cama, ajustándose las gafas antes de responder.

—Bueno, en primer lugar, intentamos contactar con algún familiar suyo, pero no pudimos encontrar el número de teléfono de sus padres —agradecí mentalmente al destino por no haberlo permitido; no quería que nadie me encontrara—. Y respondiendo a su pregunta, en parte, sí. Estaba bastante deshidratada y con hipoglucemia, probablemente debido a la falta de alimentación, como usted misma acaba de mencionar. Pero hay otro factor que agravó la situación —hizo una pausa, observando mi reacción antes de continuar—: usted está embarazada.

La noticia cayó como una bomba en mi mente. ¿Embarazada? ¿Yo? Mi respiración se aceleró y sentí el corazón desbocarse. Solté

una carcajada tan alta que el médico me miró asustado, probablemente pensando que debía mandarme directamente a la sala de psiquiatría.

Incluso yo misma pensaba que quizá necesitaría terminar allí.

—¿Embarazada? —repetí, soltando otra carcajada—. Usted debe de estar loco. Tomo anticonceptivos desde los quince años por problemas de menstruación irregular —me llevé la mano sin la vía a mi vientre mientras reía—, pero al ver que el médico no sonreía ni un poco, la risa se apagó de inmediato—. Esto... esto no puede ser cierto. ¿Está bromeando, verdad?

Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas mientras mi corazón latía aún más rápido.

—Realizamos algunas pruebas mientras estaba inconsciente y el resultado es muy claro. Está en las primeras semanas de gestación.

Probablemente sienta náuseas y un cansancio extremo, ¿verdad?

Me pasé una mano temblorosa por la frente, dándome cuenta de que todo empezaba a encajar: el olor del café provocándome

náuseas, la debilidad inexplicable, el agotamiento constante.

—¿Y el desmayo? ¿También fue por eso? —pregunté de nuevo, necesitando confirmar, queriendo asegurarme de que no se estaba burlando de mí.

—Sí, fue una combinación de factores, los cambios hormonales, la hipoglucemia, la presión arterial baja, todo ello probablemente contribuyó al desmayo. El suero y la glucosa que le administramos ayudarán a estabilizarla, pero es fundamental que empiece a alimentarse, aunque sea en pequeñas cantidades. También le recetaré unas vitaminas para esta etapa inicial del embarazo, pero le aconsejo que acuda a un especialista y comience su control prenatal cuanto antes.

Me quedé mirando al hombre que dijo que me dejaría descansar, pero no fui capaz de decir nada. Simplemente me quedé allí, observándolo alejarse, completamente aturdida.

Embarazada.

¡Hostia puta!

Estaba embarazada del hombre que me había dejado bien claro que no era una mujer para él... embarazada del hombre que

me había rechazado... embarazada del padre de mi mejor amiga... embarazada del presidente del país.

CAPÍTULO 29



Maxwell Monroe

—Debes de estar bromeando —gruñó Romeu al otro lado de la línea.

Su voz no estaba alterada, pero era letal. No necesitaba alzarla para dejar claro que estaba listo para matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—No sé quién está enviando los mensajes amenazándome, pero no me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que le hagan daño a mi mujer.

—¿Esa mujer que, al parecer, ha desaparecido, no? —Por primera vez, parecía a punto de perder la calma—. No sé qué coño está pasando en Texas, pero será mejor que cuidéis mejor de vuestras mujeres.

Suspiré, porque sus palabras me golpearon de lleno. No había cuidado de Maya, y la había perdido. No teníamos ni una sola pista sobre su paradero, y ya habían pasado siete días desde que desapareció.

—¡Escúchame, Romeu, voy a renunciar!

El silencio se apoderó del ambiente. No se oía ni siquiera la respiración de Romeu.

Era el jodido jefe de la Cosa Nostra de Chicago, un amigo de toda la vida, pero alguien que no tenía el menor reparo en eliminar a quien se interpusiera en su camino.

—¿Estás loco? ¿Sabes cuánto hemos luchado para llegar al punto en el que estás?

—Romeu…

—No me vengas con eso...

Perdí la paciencia.

—¡Están amenazando a la mujer que amo, joder! No sé quién es, el equipo de ciberseguridad no ha conseguido rastrear al desgraciado. No voy a tentar a la suerte dejando que él la encuentre antes que yo, y haga lo que ha prometido.

La puerta de mi despacho se abrió y Ruby entró con los ojos desorbitados. Probablemente había oído lo que acababa de decir… o más bien, gritarle a Romeu.

—Pediré a mi equipo que la rastree. No se te ocurra tomar decisiones en caliente. Vamos a encontrarla.

—¡Vale! —respondí, colgando la llamada.

Ruby estaba deshecha, con los ojos hinchados de tanto llorar por la ausencia de su amiga.

—¿Qué ha pasado con Maya? —preguntó.

—Nada, mi amor.

Intenté acercarme, pero Ruby se alejó.

—No me mientas —mi hija, que siempre había sido dulce, ahora no se parecía en nada a la niña que yo conocía.

—Ruby, no te estoy mintiendo, hija. No le ha pasado nada, pero hay alguien que me está amenazando usando fotos de Maya para hacerlo.

Ruby se abrazó a sí misma y volví a intentar acercarme. Esta vez, mi hija me permitió tocarla, y enseguida la atraje hacia mis brazos.

—Perdóname, hija —le susurré.

—Estoy preocupada, papá —Ruby rompió a llorar—. Es mi mejor amiga, y no da señales de vida, desde que nos conocimos, nunca habíamos pasado un día sin hablar, y ahora... ahora...

—Eh, lo sé, pero cálmate, todo va a salir bien.

—¿Prometes que la vas a traer de vuelta? —preguntó, mirándome fijamente.

Tan parecida a su madre.

—Lo prometo, mi amor. ¡Te lo prometo!

Pero esa promesa se vino abajo en el mismo instante en que mi móvil vibró. Cada vez que eso ocurría, el miedo se apoderaba de mí, porque no sabía lo que me iba a encontrar en la pantalla.

Desbloqueé el teléfono, y al abrir la bandeja de mensajes, vi que otra vez era un número desconocido. Abrí el mensaje, y mi cuerpo entero comenzó a temblar.

El móvil casi se me cayó de las manos cuando vi la imagen. Era mi huracán… mi huracáncito, inconsciente, con las manos atadas frente al cuerpo, las muñecas marcadas de rojo por la fuerza de las bridas. Su piel estaba pálida y su cabello enmarañado le caía sobre el rostro, que parecía tan sereno como una estatua... pero aquello no era paz, era un silencio perturbador.

—No... —gemí, sintiendo un dolor insoportable apretarme el pecho—. ¡Otra vez no! —grité enseguida.

Iba a perder a la mujer que me había permitido amar después de tanto tiempo. Avery entró corriendo en el despacho, junto con los asesores, entre ellos Sadie, y también Alec, que últimamente aparecía por allí con frecuencia. Todos me encontraron completamente desesperado por lo que acababa de ver.

—¿Papá, qué pasa? —preguntó Ruby. Pero yo solo podía ver la imagen de Maya, y justo después, el mensaje que llegó me destrozó.

Nunca me iba a perdonar por haberla hecho creer que no la amaba.

"He encontrado un pajarito,

y por lo que parece,

ese pajarito lleva consigo un fruto prohibido."

—¿Fruto prohibido? —susurré, casi sin fuerzas.

Ruby me quitó el móvil de las manos y vio la imagen en la pantalla.

—No... —gritó, rompiendo a llorar de nuevo—. Papá…

Miró la pantalla, y el pánico que invadió su rostro hizo que mi mundo se viniera abajo.

—Ruby… —las lágrimas que ya me corrían por las mejillas empezaron a caer aún más rápido.

—Papá…

Me tendió el teléfono. Alec se colocó a mi lado, y en cuanto vi la siguiente foto, el dolor se triplicó. Caí de rodillas en el suelo y leí

los nombres de los medicamentos, que los recordaba perfectamente, Estela los tomaba cuando estaba embarazada de Ruby.

Mi pecho ardía en una mezcla de desesperación y rabia. Antes de que pudiera reaccionar, el móvil vibró de nuevo. Otro mensaje.

"Tienes hasta la medianoche de hoy

para renunciar a tu cargo, presidente.

Si no, ni tu noviecita

ni tu hijo vivirán para contarlo."

El mundo perdió su color. El aire ya no entraba en mis pulmones. Podía oír que me llamaban, pero no conseguía reaccionar…

Maya estaba embarazada… Maya estaba embarazada… Maya estaba embarazada.

La habían secuestrado... y además estaba embarazada.

Alec se arrodilló frente a mí, me sostuvo por los brazos con fuerza.

—¡Joder, carajo! ¡Reacciona!

Lo miré, sintiendo únicamente las gotas de agua que resbalaban por mi rostro. Él no sabía lo que era perder a alguien que amas.

No me refería a un padre o una madre, porque sabía que ese dolor él lo conocía muy bien. Yo hablaba de esa persona a la que decides entregarle tu corazón, y después ese corazón deja de latir. Yo sabía perfectamente lo que era ese dolor. Y también sabía que, si esta vez perdía a la mujer de la que me había enamorado, no volvería a levantarme jamás.

Si Maya moría, si nuestro bebé moría, prefería morir con ellos.

—Si no la encuentran antes de la medianoche, renuncio.

Por ella, lo dejaría todo atrás. Por ella, renunciaría a todo. Olvidaría mis sueños. Por Maya dejaría de importarme cualquier otra cosa.

Me había enamorado de una chica mucho más joven que yo, pero eso ya no importaba. Tampoco importaba que fuera la mejor amiga de mi hija. La quería y la necesitaba.

Necesitaba a Maya para seguir respirando. Necesitaba a Maya para seguir viviendo.

La necesitaba a ella… a ella y ahora, a nuestro bebé.

CAPÍTULO 30



Maya Sanders

Horas antes

Estaba en la cola de la farmacia cuando vi a una señora mayor colocarse detrás de mí. Ella me sonrió, y yo le devolví la sonrisa. Había pasado por allí para comprar los medicamentos que el médico me había recetado, pero mi mente estaba completamente en otra parte.

Supongo que cuando eres mayor, siempre esperas con ilusión un bebé.

Pero con veintiún años, solo la idea de tener uno ya me aterraba. Y ahora que tenía la certeza de que había uno dentro de mí, estaba en pánico.

Pasé los medicamentos por caja y pagué enseguida. Al salir al aire fresco de Vega, el pequeño pueblo que no estaba nada lejos de Amarillo, tomé la decisión que necesitaba tomar.

Sabía que no podría cuidar de un bebé sola y, por más orgullosa que fuera, necesitaba el apoyo del padre de esa criatura. Por eso decidí llamar a Max. Puede que me hubiera rechazado, incluso sin saber de la existencia de ese bebé, pero al menos necesitaba pedirle ayuda.

Él podía ser el peor hombre del mundo, el que destrozó mi corazón, pero cuidaba de Ruby como un verdadero padre. Tal vez eso lo haría cuidar también de nuestro hijo.

Abrí la aplicación de llamadas, y como me sabía su número de memoria, lo marqué. Pero justo antes de pulsar el botón verde para iniciar la llamada, la misma señora de la caja se detuvo a mi lado.

—Hola, guapa. ¿Todo bien?

Mis ojos se encontraron con los suyos y le sonreí.

—Sí. ¿Y usted?

—Un poco demasiado mayor —soltó una risita, y yo la acompañé.

Me quedé en silencio, porque en realidad no sabía qué decir. No tenía ni idea de por qué me estaba hablando. Y tal vez, al notar que no respondía, continuó:

—Perdona que te moleste, pero, ¿podrías ayudarme con mis bolsas?

Miré la pantalla del móvil y suspiré. Llamaría a Max después. Cinco minutos no iban a cambiar nada.

—Claro que sí.

—¡Ay, muchas gracias! —Cogí las bolsas de la señora—. Mi coche está justo allí.

Señaló hacia el centro del aparcamiento y la acompañé en silencio, mientras ella no dejaba de hablar.

—Esta columna mía me está matando, niña. Menos mal que me has ayudado. No tengo a nadie, ¿sabes? No tengo a nadie que me socorra cuando lo necesito, ¿sabes? Mi hijo se fue del pueblo cuando aún era un chaval, y hoy en día ni se acuerda de mí.

Sentí pena por lo que me contó, y al mismo tiempo pensé si algún día, cuando yo fuera mayor, mi bebé también me abandonaría, como lo había hecho el hijo de aquella señora.

Llegamos a su coche y ella desbloqueó las puertas. Abrí la del acompañante y coloqué sus bolsas en el asiento. Me giré hacia ella mientras seguía mirándome con ese semblante sereno.

—¡Listo! Espero que su hijo algún día regrese para ayudarla.

—Gracias, querida. Y te pido perdón, pero a veces el dinero pesa más.

Mi sonrisa se desdibujó un poco, hasta que su expresión cambió por completo y se volvió completamente fría. Entonces oí pasos a mis espaldas. Cuando giré la cabeza, solo alcancé a ver a un hombre con pasamontañas, que solo dejaba visibles sus ojos, no tuve ni tiempo de gritar. Sacó un arma de la cintura y apenas vi

cuando la alzó hacia mí. El golpe con la culata en la cabeza me sumió en la oscuridad.

Lo último que logré pensar fue en cómo cinco minutos lo cambiaron todo.

Cinco minutos que me impidieron contarle a Max sobre nuestro bebé.

Cinco minutos que cambiaron por completo el rumbo de mi vida…



Mi cabeza parecía a punto de estallar del dolor. Era una sensación insoportable, como si mi cerebro se moviera

descontroladamente dentro del cráneo, haciendo que cada segundo fuera aún más agónico.

Abrí los ojos lentamente y miré a mi alrededor. Estaba en una habitación, sobre una cama, pero lo que más me incomodó fue notar de inmediato que mis pies y mis manos estaban atados con bridas.

Me removí desesperada, sintiendo mi respiración acelerarse. Mis latidos ya iban disparados, pero cuando la puerta de la habitación se abrió, sentí miedo... tanto miedo, que hubiera preferido que quien me había secuestrado ya me hubiera matado, para no tener que enfrentar aquel horror.

Aunque no sabía qué querían de mí, mi mente ya imaginaba todas las cosas horribles que podían sucederme. Sin embargo, cuando el hombre del pasamontañas entró, otro lo siguió. Vestía un traje de marca, unos zapatos que parecían carísimos, y me miró con una expresión triunfante.

Cuando recordé quién era, el terror se apoderó aún más de mí.

—Hola, querida —me saludó Zachary King.

—¿Qué quieres? —logré decir, aunque mi voz salió ronca. ¿Cuántas horas habría pasado inconsciente?

El hombre soltó una risa cargada de desprecio. Y odié empezar a temblar aún más cuando se acercó a la cama. King había sido el principal rival de Max en las elecciones, pero no tenía ni idea de por qué estaba haciéndome esto.

Se sentó en el borde de la cama y acercó su mano a mi rostro. Tensé todo el cuerpo, pero, aun así, no se detuvo: me tocó la mejilla y luego me sujetó la barbilla con fuerza, hundiendo aún más sus dedos en mi piel.

—Eres un juguetito interesante.

Odié ser llamada de esa manera.

—No soy ningún juguete —gruñí, aunque me estuviera muriendo de miedo.

—Oh, ya sabemos que eres el juguetito secreto de Maxwell.

Me quedé en shock mirando a ese hombre. ¿Cómo sabía él de mi relación con Max?

—No me pongas esa carita asustada. Eres solo un medio para lograr la ruina de ese desgraciado.

Zachary empujó mi cabeza hacia atrás y se levantó de la cama.

—No voy a hacerte daño todavía —dijo, lanzando una mirada hacia mi vientre—. Voy a esperar a que nuestro flamante presidente renuncie, como le ordené, y después tú y ese bebé moriréis. Porque si yo no puedo tener lo que quiero, él tampoco tendrá nada.

El miedo que ya sentía se triplicó. Todo mi cuerpo comenzó a temblar, y aun con las manos atadas, las llevé hasta mi barriga. No… Mi bebé, no.

Empecé a llorar, y el hombre soltó una carcajada al ver mi desesperación.

—Eres hermosa incluso llorando. Entiendo por qué ese hijo de puta se encaprichó con una chica tan joven. Eres preciosa.

Las lágrimas corrían por mi rostro, y no lograba mantener la calma con aquel hombre mirándome como si yo fuera la pieza clave de su plan enfermo.

Quería que Max renunciara a su presidencia, justo ahora que acababa de ganarla. En medio del llanto, solté una risa irónica.

—¿De verdad crees que solo con decirle que estoy aquí contigo, Max va a renunciar? —Si él supiera... ese hombre nunca se preocupó por mí.

—Claro que va a hacerlo. Tengo fuentes muy fiables, está desesperado buscando a su ninfita.

La voz de Zachary era tranquila, hablaba como si estuviera conversando con una vieja amiga, y no con la chica que había secuestrado para chantajear a otro hombre.

—Estás equivocado —repliqué con fuerza.

Mi corazón latía tan deprisa que parecía que iba a salírseme del pecho.

Las palabras de Zachary retumbaban en mi cabeza, cada una más aterradora que la anterior. Estaba llena de odio, por lo que me había hecho, por haberme usado como moneda de cambio, una moneda que sería destruida al final.

Lentamente, mientras Zachary seguía hablando con ese tono despreocupado, mis ojos empezaron a vagar por la habitación. El espacio era sencillo, con pocos muebles, pero lo que llamó mi atención fue la ventana entreabierta al otro lado. Mi mente era un

caos, pero una pequeña parte de mí empezó a pensar en cómo escapar.

Necesitaba salir de allí, él lo había dejado claro, que iba a acabar conmigo, incluso si Max hacía lo que se le había ordenado. Primero, no quería que Max renunciara a algo que había soñado durante tanto tiempo, aunque todavía estuviera tan dolida por sus palabras, probablemente nunca lo perdonaría; segundo, no quería morir, y mucho menos perder a mi bebé. Puede que no hubiese aceptado del todo ese embarazo, sin embargo, era mi bebé y no iba a renunciar a esa criaturita por culpa de un loco que quería venganza y que no sabía perder.

Salí de mis ensoñaciones cuando Zachary se acercó de nuevo, su sombra cerniéndose sobre mí como un depredador al que le gusta jugar con su presa.

—No intentes nada, querida. Sé lo que estás pensando. —Sonrió, divertido, y señaló al hombre enmascarado que lo acompañaba—. Asegúrate de que no se acerque a esa ventana. No hace falta que le hagas daño… todavía.

El hombre enmascarado asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta con un clic pesado.

Cuando nos quedamos solos, Zachary se inclinó más cerca de mí, sus ojos fríos como el hielo.

—Sabes, Maxwell siempre fue un jugador inteligente, pero hasta los mejores tienen puntos débiles, y me encantó descubrir cuál era el más desprotegido. —Volvió a tocarme la mejilla, y yo aparté el rostro, luchando contra el pánico que empezaba a apoderarse de mí por completo.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Ya veremos si es así —Zachary dio un paso atrás, riendo por lo bajo—. Hasta entonces, quédate calladita y espera —se dirigió a la puerta, pero se detuvo y miró por encima del hombro—. Ah, y enhorabuena por el bebé. Es una pena que probablemente nunca llegues a verlo crecer.

Cuando se fue, dejándome sola, mi desesperación se desbordó en más lágrimas silenciosas.

Necesitaba salir de allí antes de que ese loco volviera…

Solo que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Pero lo descubriría.

Quería conocer a mi bebé, y lo haría.

CAPÍTULO 31



Maxwell Monroe

Los asesores estaban desesperados, intentando evitar que cometiera cualquier estupidez que pudiera arruinar todo lo que habían construido durante los años de mi carrera electoral.

A mí no me importaba, yo solo quería que Maya estuviera bien… Maya y nuestro bebé. No tenía ninguna duda de que el bebé era mío, por más que Alec hubiera intentado insinuar lo contrario más temprano. Cerré el puño con fuerza, recordando muy bien cómo habíamos acabado a golpes.

Estaba desesperado, acababa de ver a mi mujer inconsciente, un montón de frascos de medicamentos prenatales, y ese imbécil de vaquero insinuó que ese bebé podía no ser mío.

Solo de recordarlo, me daban ganas de ir tras él y volver a partirle la cara.

—No puedes dejarte afectar por un bebé que quizás...

Lo fulminé con la mirada en ese mismo instante.

—No te atrevas a continuar, Alec.

El hombre apretó el sombrero con más fuerza.

—Solo digo que esa chica muy bien podría haberte engañado y…

Mira, Alec y yo éramos amigos desde hace muchos años. Sus hermanos y yo siempre estábamos juntos. Pero en ese momento, ninguna amistad podía contener la furia que me consumía.

Cerré el puño con fuerza, sintiendo la rabia arderme en las venas, y antes de poder pensarlo dos veces, mi puño impactó contra su cara con un golpe seco. El vaquero claramente no se lo esperaba.

Tambaleó hacia atrás, con la sorpresa y el dolor grabados en el rostro, mientras daba unos pasos torpes para recuperarse.

Ruby, al ver lo que había hecho, corrió hacia nosotros y me sujetó, mientras Alec me miraba con el ceño fruncido.

—Papá, ¿pero qué haces? —preguntó ella, medio llorando.

Abracé a mi hija, sintiendo los nudillos arder por el puñetazo que le había soltado a mi amigo, pero mis ojos seguían clavados en él cuando dije:

—No te atrevas a decir cosas que no sabes. Y aunque no fuera mío, querría que ella estuviera a salvo. Si no está aquí es por mi culpa, si está con ese loco o loca, es por mi culpa. Así que no hagas que te odie, Alec. Eres uno de mis mejores amigos, pero por ella podría convertirte en mi enemigo.

Volví a la realidad, observando la puesta de sol desde la ventana de mi despacho en la mansión. Tenía que renunciar, no podía permitir que mi pequeño huracán saliera herido.

El mensaje que había recibido hacía media hora era la prueba de ello. Maya aparecía en la foto despierta, miraba a la cámara con expresión asustada, y yo no sabía los horrores que podía estar

sufriendo en manos de esa persona que se creyó con el derecho de secuestrarla.

Suspiré justo cuando se abrió la puerta del despacho. Miré por encima del hombro y Ruby entró con una taza en las manos. Se acercó a mí y me ofreció el café.

—Gracias, mi amor, pero papá no quiere —murmuré.

Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que comí, desde que vi la foto de Maya atada sobre aquella cama.

—Tiene que comer algo, papá. Yo también estoy preocupada, pero… —Ruby dejó de hablar mientras intentaba contener el llanto.

Afuera, podía oír las voces de los asesores, todavía intentando arreglar mi vida.

—No puedo, hija —mi voz se quebró mientras le quitaba la taza de las manos y luego la sujetaba entre las mías—. Cuando perdí a tu madre, pensé que nunca más volvería a sentir algo por nadie. Tu madre se llevó algo de mí que fue muy difícil recuperar.

Ruby me miraba con lágrimas corriéndole por las mejillas, sin decir nada. Esperó a que terminara.

—Y ya no quería a nadie más, hija. No quería volver a sentir lo que sentí por tu madre, porque amar duele, sobre todo cuando pierdes ese amor de forma tan abrupta. Por eso me volqué en el trabajo y dediqué todo mi amor a él, y a ti. Cuando conociste a Maya, supe que ella iba a ser un problema, porque la primera vez que me miró, fue como si quisiera arrancarme la ropa ahí mismo.

Ruby, a pesar del llanto, sonrió débilmente; sabía lo loca que estaba su amiga.

—Y yo la veía como una loca, completamente desquiciada. Evité todos sus intentos. Pero cuando tú me dijiste que viviera, entendí que tal vez, tal vez sí debía intentarlo una vez más, aunque fuera una locura hacerlo con alguien como Maya: joven, llena de vida, pero completamente encantadora.

Y fue entonces cuando rompí a llorar, otra vez, sin ninguna vergüenza, porque estaba completamente enamorado de esa chica.

—No sé cómo pasó, Ruby, pero me enamoré de ella. De ese modo tan loco que tiene, de su sonrisa, de ella entera, y no tuve tiempo de decírselo. Porque cuando confesó que se había enamorado de mí, me dio miedo. Un hombre de cuarenta años tuvo miedo de corresponder los sentimientos de una chica de veintiuno,

simplemente por estar pensando únicamente en la maldita Casa Blanca. Y ahora veo lo estúpido que fue ese plan mío de fingir que la estaba rechazando. Si no hubiera cometido tantos errores, ella no estaría desaparecida.

—Papá… —lloró Ruby, mientras yo me derrumbaba.

—Si mi mujer muere, si ese bebé, que será tu hermano o hermana, muere, Ruby, yo no voy a poder seguir, hija. No voy a poder perder otra vez mi corazón, no voy a soportar ese dolor otra vez.

Ruby me abrazó, llorando tanto como yo. Besé la parte superior de su cabeza, aceptando su abrazo, intentando hacer de ella mi apoyo en ese momento.

—Vamos a encontrarla, papá.

—Perdón por no poder ser tu apoyo, Ruby. Sé lo importante que es ella para ti, pero no estoy aguantando este dolor —gruñí, con un odio profundo hacia mí mismo.

—No tienes que pedir perdón, papá. Cuando la encontremos, porque yo sé que la vamos a encontrar, es Maya: fuerte, alegre, mi mejor amiga, y ya no mi hermana, porque sería raro llamarla así con

usted siendo el padre de su bebé. Aunque no quería, sonreí, mientras las lágrimas seguían cayendo por mi rostro. La vamos a encontrar, y entonces le pides perdón por haber hecho esa idiotez.

—Se lo pediré, hija. —Ruby se apartó un poco y me miró, con el rostro empapado de lágrimas.

Pasé los pulgares por sus mejillas, intentando limpiar el torrente de lágrimas, pero nuevas volvieron a cubrirle el rostro.

—No te rindas todavía, papá. Vamos a esperar hasta las once y cincuenta y nueve. Si para entonces los equipos de búsqueda no la han encontrado, o los hackers no han conseguido dar con ella, entonces te rindes, para traerla de vuelta sana y salva. Pero no ahora. Mi amiga se destrozaría si hicieras eso.

Sentí que Ruby era más madura que yo en ese instante, mientras yo actuaba solo por desesperación. Iba a decirle que haría lo que me pedía, cuando la puerta de mi despacho se abrió bruscamente, y ellos entraron...

Primero vi a Austin con la cara más seria de lo habitual, luego a Asher con ese aire de cabrón que siempre lleva, y después entró Alec, con la mandíbula amoratada, y debo confesar que me gustó

ver su piel teñida de ese color. Pero fueron los dos que vinieron después los que me hicieron tensarme y abrazar a mi hija con más fuerza, queriendo protegerla.

—Te digo que esperes y no hagas ninguna estupidez, ¿y qué haces tú? ¿Mandas a esos malditos asesores a preparar un discurso de renuncia? —gruñó Romeu Bianchi en mi dirección, mientras Tommaso Bianchi, con esa expresión de pocos amigos que parecía la propia muerte, entraba en el despacho en completo silencio.

—¿Papá? —murmuró Ruby.

—Puedes irte, hija. Voy a ver qué quieren.

Romeu soltó un bufido cargado de desprecio.

—Puede quedarse, señorita Monroe. Lo que tengo que decirle a su padre es sencillo —el jefe de la Cosa Nostra de Chicago me miró fijamente y murmuró—: Ven, hemos encontrado a tu mujer.

En ese instante sentí el peso desaparecer de mis hombros, como si el corazón volviera a latir, y hasta el aire parecía entrar con más facilidad en mis pulmones.

Vi a los asesores del pasillo suspirar, pero cuando Tommaso miró hacia atrás, todos se pusieron pálidos. El hombre se giró hacia ellos y extendió la mano en su dirección.

—Dejen los móviles donde pueda verlos. Nadie aquí se comunicará con nadie hasta que tengamos a la señorita Sanders.

Sadie fue la primera en protestar.

—¿Está insinuando que hay un traidor entre nosotros?

Si fuera ella, jamás me habría dirigido a Tommaso en ese tono. Y menos él, el hombre que mataba solo por una respiración fuera de lugar.

—No lo insinúo, señorita. ¡Lo afirmo!

Todos empezaron a dejar sus móviles a la vista. Y Romeu hizo un gesto para que lo siguiera.

—Tommaso y mis hombres se quedarán aquí en tu casa, vigilando, mientras vamos a buscar a tu *chica* —sonrió de lado, y yo quise darle un puñetazo a ese imbécil.

Como si su mujer fuera demasiado mayor para que se permitiera bromear con la edad de la mía.

—Ruby…

—¡Ve, papá! ¡Trae a Maya!

Besé la frente de mi hija y seguí a Romeu sin mirar a nadie a mi alrededor. Mientras caminábamos por el pasillo de mi casa, eché un vistazo y me di cuenta de que ni siquiera había notado cuándo llegaron, pero la maldita mafia de Chicago estaba allí al completo.

Todos mis empleados estaban siendo vigilados, incluso Lex, que me miró asustada por todo ese alboroto.

—Está todo bien, Lex. ¡La encontramos! —La mujer se persignó y se arrodilló, probablemente agradeciendo que hubiéramos encontrado a Maya.

—¿Cómo conseguiste encontrarla? —pregunté, con el corazón aún desbocado.

—Eso fue cosa de los hackers que trabajan para mí. Solo me dieron la ubicación, que sacaron de las cámaras de seguridad del coche que se la llevó.

Cerré los puños, deseando matar al desgraciado que había hecho eso con mi chica.

—¿Y tienes idea de quién puede ser? —pregunté, notando que los hermanos Holstrom venían detrás de mí.

—Sí. Y te va a encantar saber quién es.

Tragué saliva.

—¿Quién, Romeu?

—Tu mayor rival: Zachary King.

—Voy a matar a ese hijo de puta —gruñí, saliendo de la mansión y caminando hacia el coche de Romeu.

—¡Vamos a hacerlo!

Era justo lo que necesitaba. Iba a salvar a mi mujer y no me importaría un carajo si ese cabrón era eliminado de este mundo. Su existencia solo servía para joder, así que tenía que dejar de existir.

Y volvería a tener a Maya…

Y esta vez, que se jodieran los juicios: iba a reconocer a mi mujer ante toda la sociedad.

Nada más importaba, solo ella, mi bebé y mi hija, que estaría allí esperándonos.

Solo eso.

CAPÍTULO 32



Maya Sanders

Estaba acurrucada junto a la pared, al lado de la cama, abrazando mis piernas mientras sentía mis muñecas arder. Las bridas me cortaban la piel y mis talones no estaban en mejor estado. Lo único que quería era desaparecer de allí.

La ventana que antes había visto entreabierta ahora estaba cerrada con llave, y si rompía el cristal, probablemente el tipo encapuchado, que aparecía por ahí de vez en cuando, lo notaría de

inmediato. Además, podía ver que estaba en un tercer o cuarto piso de ese edificio viejo, así que seguramente moriría al caer.

Exhalé una bocanada de aire, intentando pensar en alguna alternativa. Con el dinero que tenía, sabía que no podía sobornar a nadie.

Estuve tentada a gritar, y aunque no me habían amordazado, quizá no serviría de nada. Pero no perdía nada con intentarlo, ¿no? Sin pensar en las consecuencias, solté un grito tan fuerte que podría haberse oído en todos los edificios de alrededor.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me escuche! —grité sin parar, sin tomar aire hasta que la puerta se abrió de golpe.

El encapuchado entró, y por sus ojos, los únicos que podía ver, noté que estaba furioso.

—Cierra la boca, maldita.

Me agarró del pelo y me dio una bofetada que hizo arder mi cara. Los ojos se me llenaron de lágrimas, por el golpe y por el tirón.

—¿Estás loca o qué? —gruñó con la voz amortiguada por el pasamontañas—. Le dije a ese idiota que te matara ya, pero no, él

quiere hacer un espectáculo, una maldita transmisión en vivo para que Monroe vea tu muerte.

Sentí cómo los ojos se me abrían de par en par. Zachary era aún peor de lo que había imaginado. Sabía que tenía una moral dudosa, pero enterarme de lo que planeaba solo confirmaba que era un monstruo.

Salí de mis pensamientos cuando vi que el tipo sacaba una cinta adhesiva. Solo entonces me di cuenta de que la tenía en la mano. Aunque intenté girar la cara, me sujetó con fuerza y me tapó la boca. Las lágrimas empezaron a caer sin control.

—¡Listo! Ahora la putita se callará —me sostuvo la cara mientras acercaba la suya a la mía, y, aunque llevaba máscara, sabía que estaba sonriendo diabólicamente hacia mí—. Antes de que mueras, te voy a follar. Zachary no quiere permitirlo, pero yo sí. Quiero probar este coño caliente. Sé que debe de ser una delicia.

Yo ya estaba asustada, muy asustada, pero escuchar eso hizo que espasmos recorrieran todo mi cuerpo.

El hijo de puta, al notar mi reacción, empezó a reírse.

—Tienes que ver la cara de pánico que pones, chica —siguió riéndose con crueldad—. Voy a buscar un espejo para que te veas, y creo que lo voy a dejar justo delante de ti, mientras te pongo de rodillas y te follo.

—Mmm… —Gemí con la boca tapada, negando, mientras más lágrimas corrían por mi rostro.

—Espera un momento.

Salió de la habitación, y mi desesperación creció aún más. Yo no merecía aquello, no lo merecía en absoluto. ¿Por qué tenía que estar pasando por todo esto?

Solo quería ser feliz… Quería vivir…

El pánico se apoderaba de mí, intentaba gritar, pero con la boca tapada era imposible. Quería ver crecer a mi bebé, y esas personas me estaban robando eso. Solo con unas palabras, me estaban destrozando.

Nunca me había imaginado como madre. La idea siempre me pareció lejana, casi imposible para alguien como yo. Pero ahora, mientras el dolor en mis muñecas y talones latía, con la cabeza a

punto de estallar y el miedo a ser violada apoderándose de todo mi cuerpo, solo podía pensar en ese bebé.

Si lograba salir de allí, si tuviera una oportunidad real, haría todo diferente. Sería mejor que los padres que tuve, esos que solo me enseñaron a sobrevivir, no a vivir. Daría todo por protegerle, por darle un mundo donde no tuviera miedo, donde no tuviera que esconderse. Quería eso más que a nada.

Y en medio de mi desesperación, un golpe fuerte me trajo de vuelta al presente. Levanté la cabeza, alerta, con las lágrimas aún cayendo por mis mejillas y la respiración entrecortada por el pánico.

Aun en medio de esa crisis, pude escuchar las voces alteradas que empezaron a resonar fuera de la habitación. No pasó mucho hasta que oí pasos corriendo por el pasillo, gritos, disparos. El corazón me martilleaba el pecho. ¿Qué estaba pasando?

De repente, la puerta se abrió de golpe, chocando contra la pared. El encapuchado entró a toda prisa, sus ojos frenéticos recorriendo el cuarto y posándose en mí. Parecía… desesperado… con un cuchillo en la mano. Antes de que pudiera reaccionar, empezó a correr hacia mí, como si quisiera atraparme.

Y entonces, una vez más, escuché ese sonido seco y atronador: otro disparo. El estruendo llenó la habitación. Por un instante, el zumbido en mis oídos me dejó sin sentido. Mi cuerpo se congeló, la respiración se me cortó y las lágrimas seguían fluyendo, mientras entraba en estado de shock. El encapuchado se detuvo, con los ojos muy abiertos, y cayó pesadamente al suelo. Inmóvil.

Zachary probablemente había perdido la paciencia y ya no iba a esperar la hora para matarme. Lentamente, levanté la cabeza y miré hacia la puerta. Un hombre desconocido estaba allí parado, con un arma aún humeante en la mano. Su cabello y barba negros combinaban con sus ojos intensos, que no se apartaban del cuerpo caído en el suelo.

Tenía un aura de poder, pero antes de que pudiera entender qué carajos estaba pasando, otra figura apareció detrás de él. Max. Su expresión seria pareció desmoronarse en cuanto me vio. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y caminó con decisión hacia mí.

Debía de estar alucinando. Él nunca vendría a buscarme. Yo no era importante para él, no lo era…

—Amor —murmuró, mientras se sentaba al borde de la cama y me rodeaba con sus brazos fuertes, esos que tanto había echado de

menos en los últimos días.

Sentí cómo el aire volvía a entrar en mis pulmones. Y en cuanto Maxwell me quitó la cinta de la boca con el mayor cuidado, me derrumbé.

—Max… —lloré con dolor, sintiendo cómo un peso se liberaba de mi pecho.

El miedo de no llegar a conocer a mi bebé se disipaba, así como el terror de ser abusada.

—Voy a sacarte de aquí, mi amor.

—Sí… —balbuceé, mientras aquel hombre me tomaba en brazos.

Apoyé la cabeza en su pecho, mientras me sacaba de aquella habitación.

—Vamos a llevarla a un hospital, Romeu —dijo Max, con la voz ronca y urgente—. Necesito saber si ella y mi hijo están bien.

La información me cayó como un rayo.

—¿Tú… tú lo sabes? —seguí tartamudeando.

Sus ojos azules, ennegrecidos por la rabia que parecía sentir, me miraron con tanta ternura que estuve a punto de venirme abajo otra vez.

—Lo sé, mi huracán.

Me llamó por el apodo, y eso debería haberme calmado, pero lo único que hizo fue hacer que el corazón me doliera aún más al recordar todo lo que me había dicho hace unos días.

Intentando no pensar en ello, asentí y volví a apoyar la cabeza sobre su pecho. Aunque todavía sentía rabia hacia Max y no tenía ni idea de si algún día podría perdonarlo o no, saber que estaba sacándome de aquel lugar ya me daba una sensación de paz inexplicable.

Y al menos en ese instante, a pesar de todo el caos que era mi relación con Max, supe que ya no estaba sola.

Por fin, alguien parecía preocuparse por mí.

CAPÍTULO 33



Maxwell Monroe

Ella había entrado en pánico.

Llegó al hospital completamente en estado de shock.

Pero ahora, medicada y con las curas aplicadas donde su piel había resultado herida, parecía mucho más tranquila, mientras dormía ligeramente sobre la cama del hospital.

El médico ya la había examinado; tanto ella como el bebé estaban bien. Solo había sido el nerviosismo lo que la hizo entrar en pánico, pero incluso eso ya estaba controlado.

Yo estaba sentado en el sillón, mientras escuchaba mi nombre ser mencionado en la televisión de la habitación, que seguía encendida, aunque no podía apartar los ojos de Maya. Su rostro tenía una marca roja, y la cabeza, donde había sido golpeada con la culata del arma, llevaba una pequeña cura sobre el corte, pero aun así seguía siendo mi perfecto huracán.

La voz de la reportera continuó…

"Fuentes confiables han revelado hoy un escándalo que ya está sacudiendo los pasillos del poder en Washington. El presidente electo, Maxwell Monroe, quien aún no ha hecho su primera aparición oficial en el estado tras confirmarse su victoria hace apenas unos días, está involucrado en una polémica que promete causar un terremoto político. Según información confidencial, habría mantenido una relación secreta con una joven, amiga íntima de su hija. El asunto se vuelve aún más grave con la noticia de que dicha joven fue secuestrada recientemente en circunstancias todavía no esclarecidas."

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Todo por lo que había luchado se estaba desmoronando demasiado rápido, pero, siendo

sincero, lo único que de verdad importaba era saber que Maya estaba bien… ella y nuestro bebé.

Miré de reojo la televisión y vi el momento en que llegaba al hospital cargando a Maya en brazos. Alguien me había grabado, a pesar de que Romeu casi me suplicó que me quedara en el coche. Ni siquiera lo escuché. Quería llevar a mi mujer ante quienes pudieran salvarla, por si estaba peor de lo que parecía.

Aparté la vista de la pantalla y volví a mirar a Maya. Si querían quitarme la victoria, no me importaba, siempre y cuando mi huracán estuviera bien.

"Aunque el presidente Monroe aún no ha asumido el cargo, las acusaciones ya plantean dudas sobre su idoneidad para liderar el país. El equipo de transición del presidente electo se ha negado a comentar, pero fuentes cercanas afirman que se están tomando medidas desesperadas para evitar que salgan a la luz más detalles. Hasta ahora, no se ha revelado la identidad de la joven, pero sabemos que actualmente está ingresada en el Centro Clínico de Vega, un pequeño pueblo cercano a Amarillo, ciudad natal del presidente Maxwell Monroe."

Pasé las manos por el rostro; al menos aún no sabían el nombre de Maya, aunque era cuestión de tiempo para que lo descubrieran. Ella sería expuesta ante todo el país, quizá ante el mundo, y yo no tenía idea de cómo Maya reaccionaría ante semejante exposición.

La puerta de la habitación se abrió con un leve chirrido, dando paso a una enfermera que venía a hacer el chequeo de Maya.

—¿Cómo está? —pregunté, intentando mantener la voz estable.

—La tensión se está normalizando. El reposo y la medicación están ayudando. Pero, según el doctor —dudó, mirando las curas—, aún necesita tranquilidad. Nada de noticias ni visitas por ahora.

Ruby quería venir al hospital, pero le exigí que se quedara en la seguridad de la mansión, porque todavía no sabíamos dónde se había metido Zachary. Ese desgraciado que pensó que podía amenazar a mi mujer.

—Entendido —murmuré, y volví los ojos rápidamente hacia la pantalla del televisor.

Ahora mostraban imágenes de mi casa en Amarillo, y frente a los portones cerrados, protegidos por mis guardias y los soldados de la Cosa Nostra, se desarrollaba una protesta.

Qué difícil iba a ser manejar esa situación. Apoyé los codos sobre las rodillas, solo para enterrar el rostro entre las manos. Necesitaba pensar, mientras Maya estaba allí, en cómo hacer que el público entendiera que involucrarme con esa chica no había sido un error, sino un acierto.

—Parece que las cosas se han complicado —la dulce voz de Maya resonó en la habitación.

Levanté la cabeza al instante, con el corazón desbocado.

—Amor… —Estuve a punto de caer de rodillas y agradecer a todo lo sagrado que ella hubiese despertado.

Parecía que todo comenzaba a recuperar su ritmo, mientras la observaba y confirmaba que Maya estaba bien, que de verdad estaba allí, a salvo, después de todo lo que había vivido.

Llevé la mano hacia su rostro, pero ella se apartó, con una mueca de dolor, probablemente por las heridas que aún tenía en el cuerpo.

Sus ojos, tan deslumbrantes, seguían fijos en los míos, pero creí más prudente esperar a que ella me permitiera tocarla, solo para asegurarme de no estar cometiendo ningún error.

—Maya… yo…

—¿Dónde está Ruby? —preguntó ella.

—Está en Amarillo —respondí, odiando que en ese momento prefiriera saber de mi hija.

Maya miró fijamente la televisión, y otra vez estaban hablando de mi relación con la amiga de mi hija. Agarré el mando y apagué el aparato, furioso de que trataran aquello como un crimen. Aunque, siendo honesto, hasta hace unos meses yo pensaba igual que ellos.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Maya.

—Algunos conocidos importantes lograron localizar el lugar donde estabas.

Maya llevó la mano libre, la que no tenía el acceso, a su vientre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y el bebé? —Sus lágrimas empezaron a rodar y yo no lo soporté.

Me acerqué y tomé su rostro con delicadeza entre mis manos.

—Estáis bien, mi huracán. Tú y nuestro bebé estáis bien y cada día estaréis mejor. Voy a cuidar de vosotros, te voy a dar todo lo que necesites, voy a demostrar que soy digno de los dos.

Maya frunció el ceño y negó con la cabeza en ese mismo instante.

—No quiero que te quedes conmigo solo porque te enteraste del bebé.

Había entendido todo mal.

—Maya, no voy a estar contigo por el bebé. Siempre quise estar contigo, mi amor.

Ella soltó una risa sarcástica.

—Max, me secuestraron, y aunque me dieron un culatazo en la cabeza, no perdí la memoria. Recuerdo perfectamente lo que dijiste el día de las elecciones, así que no me vengas con eso de que siempre quisiste estar conmigo.

Cerré los ojos un momento, respiré hondo, y luego volví a mirarla.

—Mentí, Maya.

—¿Qué?

—Mentí. No deberías haber creído en mis palabras, era para que Sadie te dejara en paz. Yo no quería… —señalé la televisión encendida— que te expusieran. No quería que mi asesora, en quien no confío, hiciera algo si llegaba a entender que estaba contigo de verdad, que estaba contigo porque quería estarlo. Tenía miedo de lo que pudiera hacer, y por eso pensé que fingir que te rechazaba era una buena idea. Para evitar justo lo que terminó ocurriendo.

—¿Me estás diciendo que dijiste todo eso para engañar a Sadie?

Asentí, sin apartar los ojos de ella. Aún no podía creer que realmente estuviera allí, a salvo, conmigo.

Maya, en cambio, me miraba como si estuviera intentando decidir si creerme o no. Su expresión oscilaba entre la sorpresa y un dolor profundo, como si recordara cada una de las palabras que yo había dicho aquel día.

Respiró hondo, cerró los ojos por un momento, y luego habló:

—Max... eso no cambia el hecho de que todo lo que dijiste ese día era cierto. Yo no soy una mujer para ti. Hasta los medios lo están diciendo. Yo… ni siquiera sé qué pensar —su voz se quebró, y apartó la mirada—. Necesito tiempo. Necesito pensar. No puedo hablar de esto contigo ahora, no después de todo lo que viví en las últimas horas. Fue aterrador.

Sentí como si el suelo se deshiciera bajo mis pies. Cada palabra suya era una nueva puñalada en el pecho. Y sabía que aún estaba en shock, pero no podía rendirme. No ahora. No después de todo. No después de haber creído que la perdería, como ya había perdido un amor en el pasado.

—Maya, escúchame… Sé que tienes dudas. Lo entiendo, porque yo también las tuve, y cometí errores. Pero sé, aquí y ahora, que tú eres todo lo que quiero. Eres perfecta para mí. —Me acerqué de nuevo, con cautela, dejando que cada palabra llevara toda mi sinceridad—. Me cambiaste. Me sacaste de ese pozo oscuro en el que vivía. Me mostraste el camino para volver a amar. Sé que soy un hombre lleno de fallos, y que quizás no te merezco, pero eso no me impide desearte.

Estos días, recibiendo amenazas, sin saber dónde estabas, fueron los peores de mi vida. Porque pensé… —mi voz se quebró.

Vi que Maya me miraba, esperando que continuara.

—Pensé que iba a perderte. Perder de nuevo al amor de mi vida. Cuando vi tu foto, atada, y después ese secuestrador me enseñó los frascos de medicamentos para embarazadas, sentí como si me arrancaran la vida del pecho.

Ella no respondió de inmediato, pero la forma en que sus ojos, llenos de lágrimas, volvieron a encontrarse con los míos me hizo creer que estaba empezando a entender mi lado, aunque su mente siguiera dividida.

—Maya, tú no eres solo la mujer que amo. Eres la chica que me dio fuerzas que ni siquiera sabía que necesitaba. Eres mi caos, ese huracán que arrasó con toda mi monotonía. Me arrepiento de haber tardado tanto en aceptarte en mi vida. Y si volvemos a más de un mes atrás, cuando estábamos en aquella cabaña, puedo decirte con total convicción que yo también te amo, y que no hay nada de malo en haberte enamorado de mí, porque yo ya estoy completamente loco por ti. Haría cualquier cosa por ti. Me enfrentaría al mundo si hiciera falta. Estaba dispuesto a renunciar a

esta mierda de presidencia por ti. Porque te amo, joder. Y nunca voy a perdonarme por haberte hecho creer que no te amaba, que no eras suficiente para mí. Eres, joder, mi mundo. Por favor, lo único que te pido es que me dejes intentarlo, que me dejes demostrarte que puedo ser el hombre que mereces.

Sus labios temblaban, y las lágrimas le corrían por el rostro, pero las limpió rápidamente con el dorso de la mano.

—¿Tienes idea de cuánto dolió, Max? ¿Tienes idea del dolor que sentí aquel día? ¿De cómo se me rompió el corazón? Mentiste, vale. Pero ¿pensaste en algún momento en cómo tus palabras me iban a afectar? Solo pensaste en esconderlo de Sadie, pero la que salió herida fui yo.

Fui yo la que creyó cada una de esas palabras. Porque cuando me mandaste aquel mensaje diciendo que hablaríamos después, no dijiste que todo había sido una mentira. Me dejaste creyendo toda la noche que yo era una opción fácil, que solo era un pasatiempo, que solo servía para sexo.

Empecé a llorar. No podía soportar verla así. Pero tampoco podía seguir presionando. Maya necesitaba estar bien.

—Solo necesito tiempo. Necesito ordenar mi cabeza, porque, sinceramente, todo esto es demasiado para mí. No sé cómo lidiar con… contigo, con los medios, con todo lo que está pasando.

Ese tipo dijo que iba a violarme, Zachary dijo que iba a matarme incluso si tú renunciabas. Y yo solo pensaba que no sé si voy a ser una buena madre, pero que quería intentarlo, por el bebé que llevo dentro. Solo que todo apuntaba a que iba a morir. Y no morí, y estoy feliz por eso, pero tengo miedo, muchísimo miedo. No quería que nada de esto hubiera pasado, Max. No lo soporto. Yo solo te quería a ti, solo a ti en mi vida. Nunca pensé que eso me traería tantos problemas. Te amo, tanto, que cuando me destrozaste, ni siquiera podía respirar. Y ahora dices que todo fue mentira, pero estoy tan rota, que no quiero creerte, por miedo a volver a romperme.

Sentí cómo el pecho se me oprimía. Yo había empezado a destruir a Maya con mis mentiras, pero el secuestrador, a quien Romeu aún no había logrado identificar, y Zachary terminaron de joderle la mente a mi niña.

Voy a matar a ese cabrón cuando lo encuentre.

Intentando controlarme, asentí, aunque fuera en contra de todo lo que deseaba.

—Está bien, Maya. Te daré el tiempo que necesites. Solo quiero que sepas que estaré aquí, esperándote, y que mi amor por ti no va a cambiar. Por favor, solo cálmate. No puedes alterarte así. Estabas en estado de shock, completamente fuera de ti cuando llegamos aquí. Por favor, cálmate, mi amor.

Ella no respondió, pero la forma en que bajó la mirada y apretó la mano sobre su vientre hizo que mi corazón latiera más rápido. Sabía que eso aún no era una respuesta definitiva, pero era una rendija.

Solo necesitaba demostrarle, de todas las formas posibles, que nunca más dejaría que dudara de lo que siento por ella.

Y le enseñaría a lidiar con los medios, porque Maya tal vez no supiera cuál sería su futuro, pero yo sí lo sabía. Ella sería mi mujer, sería la persona que mostraría al mundo… sería la jodida primera dama del país.

CAPÍTULO 34



Maya Sanders

Nunca había visto tantos flashes dirigirse hacia mí de esa manera. Por suerte, sentía la mano de Max apoyada en mi espalda mientras salíamos del hospital. Los guardias de seguridad formaban un cerco a nuestro alrededor, y eran tantas las preguntas dirigidas al nuevo presidente que me estaba mareando de tantas voces al mismo tiempo, todas queriendo saber una única cosa: Señor presidente, ¿es cierto que ella es amiga de su hija?

Los flashes y las voces seguían zumbando a nuestro alrededor, incluso mientras los escoltas abrían paso. Cada paso parecía una batalla interminable hasta llegar al coche, y aunque Max estaba a mi lado, la sensación de asfixia era ineludible.

Sin embargo, la siguiente pregunta hizo que tropezara con mis propios pies.

—Señor presidente, ¿el bebé es suyo?

Dirigí la mirada hacia el periodista que la había formulado y lo fulminé con odio. Aunque intentáramos ocultarlo a toda costa de los medios, mi nombre y mi situación ya estaban por toda internet desde la noche anterior.

Maya Sanders, la joven tramposa… Maya Sanders, la interesada… Maya Sanders habría quedado embarazada para atrapar al presidente… Maya Sanders, una zorra sin escrúpulos.

Y esas eran solo algunas de las frases que recordaba; el resto intenté no ver, porque Max me impidió tocar el móvil. Mis redes sociales habían explotado de la noche a la mañana. Una hora era la chica con mil seguidores, y ahora, en solo cuarenta y ocho horas, tenía un millón de personas siguiéndome.

Pero lo peor eran los comentarios; muchos me atacaban con insultos, hasta que decidí desactivar esa maldita cuenta de Instagram. Ya no era solo una desconocida en el mundo; ahora era "la chica que sedujo a un hombre mayor". Y no a cualquier hombre, sino al presidente del país, que estaba a punto de asumir el cargo en dos meses y medio. La chica que, según todos, había usurpado el lugar de la difunta esposa de Maxwell. Estaba empezando a odiar profundamente ser tratada con tanto desprecio.

Max siguió guiándome hacia el coche y dejé de mirar al periodista, porque la rabia que sentía podía hacerme cometer una estupidez.

—¿Cuál es la reacción de su familia, presidente?

Max ni se molestó en contestar.

Cuando por fin llegamos al SUV, Max abrió la puerta y me ayudó a entrar, protegiéndome con su cuerpo. En cuanto cerró la puerta detrás de él, el estruendo de fuera quedó silenciado, dejando solo un tenso silencio entre nosotros.

Solté un suspiro tembloroso, recostando la cabeza en el asiento y cerrando los ojos por un momento. Sentía el corazón

desbocado y las manos temblorosas. Esas palabras seguían resonando en mi mente.

Max me miró; su expresión era una mezcla de preocupación y culpa.

—Maya… lo siento mucho por todo esto.

Él ya me lo había dicho el día anterior, esto era exactamente lo que temía que ocurriera si nuestra relación salía a la luz. Y confieso que ahora lo entendía.

—No es tu culpa, Max. La gente cree que tiene derecho a juzgar a los demás solo porque quieren vivir como les da la gana.

Él me tomó de la mano, pero la aparté. Todavía no lo había perdonado. Y como no estábamos frente a nadie, no había necesidad de fingir.

Por el rabillo del ojo, mientras el coche tomaba la carretera hacia Amarillo, vi la expresión herida de Max en el instante en que rechacé su mano.

—He convocado una rueda de prensa para más tarde. Creo que después de lo que voy a decir, dejarán de molestarnos.

—Ten cuidado. Aún no han atrapado a Zachary. No creo que sea buena idea exponerte así.

—Él solo consiguió tocarte porque estabas lejos de mí, Maya. Ese hijo de puta ya está siendo cazado por la policía y también por los… —Hizo una pausa—. Por algunos amigos. Nunca más volverán a tocarte ni un solo pelo. Ni a ti ni a nuestro bebé. Ya he perdido demasiado en la vida como para cometer los mismos errores. Prefiero que me maten antes de que te hagan daño a ti, a Ruby o a nuestro pequeño.

Sentí un nudo en el pecho, casi me puse a llorar, pero me contuve. No quería pensar en la posibilidad de que Max muriera. Aunque todavía no supiera qué pasaría con nosotros, no quería que le ocurriera nada. Porque lo amaba demasiado.

La policía había logrado detener a la señora que ayudó a secuestrarme. Según su declaración, necesitaba dinero y por eso aceptó hacerlo. Y el otro secuestrador —su sobrino— era uno de los guardaespaldas personales de Zachary. Mientras tanto, el hombre que ordenó el secuestro seguía desaparecido. Ni siquiera los amigos de Max, que fueron quienes me encontraron, lograron dar con él.

Cuando llegamos a la mansión de Max, vi a varias personas protestando en la entrada. Llegaron a lanzarnos comida al coche en el que íbamos. Me sobresalté, y el hombre a mi lado enseguida me rodeó con los brazos, visiblemente preocupado.

El coche atravesó la multitud y seguimos hacia la entrada principal. Y cuando vi quién nos esperaba, rompí a llorar. Eran las lágrimas que había estado conteniendo desde que salí del hospital.

—Te ha echado de menos —murmuró Max.

Todavía no había hablado con Ruby. Me daba vergüenza enfrentarme a mi amiga. Pero en ese instante, lo único que quería era abrazarla.

El coche apenas se había detenido cuando abrí la puerta y bajé. Cuando Ruby me vio, empezó a llorar y corrió hacia mí.

—¡Te odio! —gritó, mientras me abrazaba con fuerza—. Te juro que te odio. Desapareciste. Me dejaste sola.

Seguía hablando mientras me abrazaba, y yo la correspondí tan fuerte que temí hacerle daño.

—Perdón, perdón, perdón… —repetía entre lágrimas, mientras ella también lloraba abrazada a mí.

—¿Tienes idea de cómo me sentí? —preguntó, sin dejar de llorar.

—Perdóname, fui una insensible.

Nos separamos y ella me miró fijamente al rostro.

—Te quiero, Maya. No vuelvas a hacerme eso nunca más.

—Yo también te quiero, Ruby. ¿Me perdonas? —pregunté.

Y mi amiga me regaló esa sonrisa preciosa que siempre conseguía hacerme sentir viva.

—Claro que te perdono. Solo no lo habría hecho si no hubieras vuelto conmigo. —Miró hacia mi vientre, aún plano, sin ningún indicio visible de embarazo—. Y ahora tengo un hermano o una hermana. ¿Sabías que siempre quise dejar de ser hija única?

Le sonreí y la abracé una vez más.

—Pues ahora vas a cumplir ese deseo —bromeé.

—¡Gracias a ti!

Me tomó de la mano y me arrastró hacia el interior de la mansión, pero antes de alejarme, miré por encima del hombro y vi a Max observándonos, con el rostro algo más relajado al vernos juntas.

—Estaba muerta de miedo, Maya, pero él estaba destrozado.

Volví a mirar a mi amiga.

—Lo noté por las ojeras. —Max siempre había sido impecable, así que notar ese detalle lo decía todo, realmente había estado desesperado.

—Me dijo que no lo has perdonado. ¿Piensas hacerlo?

Tragué saliva mientras subíamos las escaleras hacia la habitación de Ruby.

—Sí, pienso hacerlo, pero todavía estoy intentando digerir todo lo que pasó.

Ruby asintió.

—Sí, aunque le pedí que no te hiciera sufrir, si quieres dejarle sufrir un poquito por tu perdón, te apoyo. Mi padre fue un imbécil.

Sonreí a mi amiga.

—Déjalo conmigo.

—Ahora cuéntamelo todo…

Fruncí el ceño.

—Va a doler… —murmuré.

—Para desahogarte, tiene que doler. Pero luego ese trauma pasará.

En cuanto entramos en la habitación de mi amiga, realmente le conté todo… desde el momento en que Max se creyó muy listo al rechazarme, aunque fuera una mentira, hasta el instante en que apareció para salvarme.

Hubo muchas lágrimas, pero realmente me hizo bien hablar con mi amiga. Y en medio del caos, me sentí en casa…

Me sentí parte de aquella familia. No lo era, pero Max y Ruby estaban haciéndome sentir que sí…

Y si seguía todo así, perdonaría a Max mucho antes de lo que pensaba.

Después de todo, amaba a ese hombre, y ya no sabía cuánto tiempo más podría mantenerme alejada de él…

CAPÍTULO 35



Maxwell Monroe

Estaba de pie frente a mi casa, la imponente fachada realzada por la luz del atardecer, mientras una ligera brisa agitaba las hojas de los árboles alrededor. Delante de mí, los periodistas a quienes había autorizado a entrar organizaban sus equipos, con micrófonos y cámaras ya apuntando hacia mí, ansiosos por cada palabra que pudiera decir. El murmullo de conversaciones y ajustes técnicos llenaba el ambiente, pero mi equipo estaba perfectamente colocado, cada uno en su sitio, atento y preparado. El clima era de

expectativa, como si todos allí contuvieran la respiración, esperando el momento en que daría inicio a la rueda de prensa.

Romeo y Tommaso seguían presentes, aunque más apartados, solo observando a su alrededor. Al fin y al cabo, esos dos estaban convencidos de que alguien de mi entorno era quien estaba filtrando información a los medios, y tal vez también había facilitado el acceso de Zachary a Maya.

Los hermanos Holstrom estaban al lado de los hermanos Bianchi.

Aún no había hablado con Alec desde que le di aquel puñetazo, pero tarde o temprano tendríamos que abordar el asunto. Aunque si volvía a atreverse a hablar de mi mujer, lo destrozaría.

—¿Estás listo, Maxwell? —preguntó Alfred.

—Sí.

—Entonces vamos a intentar salvar tu imagen. Confío en ti. —El hombre me dio una palmada en el hombro.

Asentí en su dirección, mientras Avery me entregaba la tarjeta con mi discurso, y le di las gracias. Eché un último vistazo hacia las

ventanas de la sala de televisión. Sabía que ella estaba allí, fuera de vista, pero podía sentir a Maya.

Si ni siquiera eso lograba salvar mi imagen ante los medios, que se jodan. Lo único que importaba era que ahora ella estaba a salvo.

Caminé con determinación hasta el lugar donde debía situarme y, finalmente, me detuve frente a todos los micrófonos allí dispuestos. Miré directamente a una de las cámaras que transmitía mi discurso.

—Señoras y señores, ciudadanos de nuestra amada nación —comencé, sintiendo el corazón acelerado—. Hoy he decidido dirigirme a ustedes de forma abierta y sincera, porque creo que la transparencia es un pilar fundamental del servicio público. Este momento, aunque personal, también es importante para que podamos seguir construyendo una relación de confianza entre nosotros. Para que pueda demostrarles que no eligieron a la persona equivocada para liderar este país. —Hice una pausa y miré a mi alrededor—. En los últimos días, mi vida personal se ha convertido en objeto de especulación pública. Esto tiene que ver con una relación que desarrollé con una persona cercana a mi familia, una

amiga de mi hija. Quiero confirmar, con el debido respeto a todos los implicados, que sí, esa persona y yo estamos en una relación.

Pude oír algunos murmullos entre los periodistas.

—Sé que esta revelación puede sorprender a muchos, pero les pido que vean este hecho con humanidad. Soy, ante todo, un ser humano, y no estoy exento de los sentimientos que forman parte de la vida de todos. Ocurrió de forma inesperada, pero es genuino. —Hice otra pausa, respiré hondo, miré aquella maldita hoja que tenía en las manos y le di la vuelta. Iba a hablar con el puto corazón, no con un discurso redactado por mis asesores.

—Creo que todos saben que hace unos años perdí a mi esposa, y eso me cerró al mundo, hasta que la señorita Sanders apareció en mi vida y me hizo ver cosas que ya no veía. Entiendo que, como presidente, tengo la responsabilidad de ser un ejemplo, y por eso estoy hoy aquí, con la cabeza en alto, para asegurarles que mis decisiones personales jamás comprometerán mi compromiso con este país. Mi amor por la nación siempre será mi prioridad, y mi gobierno seguirá trabajando incansablemente por los intereses del pueblo.

Noté por las miradas de los periodistas que había tocado algo en sus sentimientos.

—Sé que vendrán preguntas, críticas y, quizás, dudas sobre mi capacidad para liderar. Acepto eso con serenidad.

Demostrar que puedo ser un profesional competente, íntegro y dedicado, incluso ante desafíos personales, será mi compromiso inquebrantable. Por último, agradezco a quienes, incluso en momentos difíciles, creen en mi trabajo y en mi dedicación a este país. Quiero reafirmarlo: este gobierno es de todos ustedes. Seguiré trabajando día y noche para que cada ciudadano se sienta orgulloso de la nación que construí como senador y, ahora, la que construiré como presidente. Gracias por la comprensión, por el apoyo y, sobre todo, por la confianza. Pero me gustaría pedir más respeto hacia mi mujer; no es una aventura pasajera, es la madre de mi segundo hijo o hija, aún no lo sabemos, y pronto nos casaremos. Maya Sanders será la primera dama de los Estados Unidos. Buenas noches.

Todos los periodistas presentes quisieron hacer preguntas, empezaron desesperados a llamar mi atención, pero evité a cada uno de ellos, volviendo al interior de la mansión mientras los guardias de seguridad los echaban fuera.

Me encaré con Avery, que tenía una sonrisita, y levanté las cejas, preguntando a continuación.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Que usted cogiera el discurso en el que todos tardaron horas en trabajar y aun así dijera cosas mucho mejores que las que estaban en ese papel.

—Soy muy bueno en lo que hago —presumí.

Avery soltó una risita, justo cuando los asesores entraron detrás de mí, y enseguida los hermanos Bianchi y Holstrom hicieron lo mismo.

—Realmente sabes cómo matarme del susto —murmuró Alfred.

Mientras el equipo de mis redes sociales empezaba a verificar el impacto de mis palabras.

—Por increíble que parezca, aunque usted no haya seguido el discurso que hicimos, sus redes sociales están ganando más seguidores —comentó uno de los asesores de medios sociales, visiblemente sorprendido.

Miré alrededor, percatándome de que Tommaso miraba fijamente hacia un punto al fondo del pasillo. No había nadie allí, ¿qué coño estaría tramando ese loco?

—Monroe, ¿dónde se ha metido esa asesora entrometida? —preguntó el mismísimo diablo.

Fruncí el ceño y miré a mis empleados para saber de quién estaba hablando… ¿Sadie? ¿Dónde estaba Sadie?

—¿Dónde está Sadie? —gruñí.

Cuando noté por la expresión de todos que no tenían ni idea de dónde estaba, los aparté empujones y fui directo a la sala donde estaban Maya y Ruby. Se suponía que debían estar protegidas dentro de mi casa, y allí estaban, sin ningún tipo de seguridad, y fue entonces cuando abrí la puerta del salón y, por un momento, mi mundo se congeló.

¿Será que no puedo tener un solo día de paz?

Sadie estaba sosteniendo un arma apuntando a Ruby y a Maya. Las dos estaban abrazadas en un rincón de la sala, y en cuanto Sadie me vio entrar, soltó una carcajada.

—Ah, llegó el salvador de la patria —soltó con desprecio.

—Sadie… —murmuré, mientras levantaba las manos y me acercaba lentamente a ella.

—¡Ni un paso más! —apuntó el arma hacia mí.

Mucho mejor así, prefería eso antes que ver a mi mujer y a mi hija acorraladas.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté, mientras escuchaba que se acercaban algunas personas. No necesitaba mirar para saber que probablemente eran los mafiosos.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —gritó, completamente fuera de sí, con lágrimas corriendo por su rostro—. He dedicado años de mi vida a este trabajo. Años intentando seducirte, intentando mostrarte que yo era la mujer perfecta para ti y aun así elegiste a esa mocosa para llevártela a la cama. ¿Tienes idea de lo difícil que fue montar el atentado que acabó con la vida de Estela? ¿Lo mucho que tuve que calcular para que ocurriera en el momento exacto, para que ella muriera? ¿La cantidad de personas que tuve que contratar para hacerlo? La intención siempre fue que yo te consolara

en ese momento tan duro y que vieras lo perfecta que sería como tu compañera.

Sus palabras me atravesaron y dolieron mucho más que si hubiera apretado el gatillo. Habría preferido que disparara antes que revelar que durante años dejé que la asesina de mi mujer entrara en esa casa, viviera cerca de mi familia.

—Pero no, en lugar de querer consuelo, simplemente te encerraste en ti mismo, y cuando decidiste tener una nueva relación, elegiste a esa puta traicionera. Me sentí tan feliz al ver la forma en que hablaste de ella aquel día, pero para que todo fuera perfecto, ella tenía que desaparecer. Así que, ¿por qué no instigar a tu enemigo para que te destruyera? Le pasé todo a Zachary, toda la información sobre ella. Puso a gente para seguirla desde el momento en que salió de esta casa el día de tu victoria. Pero tú tenías que mover cielo y tierra por ella. Nunca me diste la oportunidad de mostrarte que yo soy perfecta, que soy maravillosa, que nací para ser primera dama. Y ahora, delante de todo el mundo, asumes que vas a convertir a esa cría en una primera dama. No lo vas a hacer, porque voy a matarlas, voy a acabar con tu vida. Acabar con la de tu hija y con la gran zorra que decidiste convertir en…

El estampido resonó en el ambiente, haciendo que Ruby y Maya gritaran, mientras Tommaso seguía con el arma apuntando hacia Sadie. El cuerpo de la mujer cayó hacia atrás, con un hilo de sangre escurriendo del disparo justo en medio de la frente. Ese hijo de puta, siempre tan certero.

—Estaba perdiendo el control —murmuró el hombre.

—De acuerdo, hermano —respondió Romeu.

—Pensé que tendría que actuar en tu lugar, Tommaso —dijo Austin.

Y yo aún intentaba asimilar todo lo que había pasado. Sadie estaba implicada en la muerte de Estela. Sadie convivió con Ruby durante años. Sadie casi mata a mi hija y a Maya…

Salí de mis pensamientos cuando Ruby se lanzó a mis brazos. Abracé a mi hija y agradecí que estuviera bien. Mis ojos fueron hacia Maya, que seguía en el mismo lugar. Ella también estaba bien.

—Papá, ¿de verdad confesó que mató a mamá? —preguntó Ruby.

—Sí, hija —me dolió el pecho al decirlo.

Vi la tristeza en los ojos de Ruby, pero asintió.

—Perdóname por haber sido tan negligente —le pedí.

—No es tu culpa, papá. ¡Nunca lo fue!

Mi cuerpo temblaba, el corazón me latía con fuerza y todo me dolía. Ella había matado a mi mujer, convivido con Ruby, y casi me quitó a mi hija en ese instante. ¡Dios mío! ¿Cómo no me di cuenta de que Sadie era un monstruo?

Abracé a Ruby con más fuerza, como si mi propio cuerpo pudiera protegerla de cualquier mal que el pasado aún pudiera traer. Sentía un peso insoportable de culpa, pero sabía que debía mantener la compostura, por el bien de las mujeres que amaba en esa sala.

Volví a mirar a Maya, aún acurrucada en el rincón del salón, con los ojos muy abiertos y clavados en mí. Aparté un poco el cuerpo de mi hija del mío y pregunté:

—¿Puedo ver cómo está? —Asentí con la cabeza en dirección a Maya, y Ruby respondió con un gesto afirmativo.

Dejé a mi hija junto a Alfred, que había entrado en la sala en silencio, con el rostro marcado por la tensión de lo que acababa de ocurrir. Miraba fijamente a la mujer caída en el suelo, como si no pudiera creer lo que veía.

Me acerqué a Maya, que aún no me había quitado los ojos de encima.

—Maya... —murmuré, extendiéndole la mano.

Ella dudó un momento, pero luego se acercó a mí, sus pasos inseguros resonando en el ambiente ahora silencioso. Cuando por fin estuvo a mi alcance, la atraje hacia un abrazo firme.

—Se acabó —susurré, intentando tranquilizarla tanto a ella como a mí mismo—. Te lo prometo, se acabó.

Asintió contra mi pecho, pero yo sabía que esas palabras eran más un deseo que una certeza. Sobre todo, porque Zachary aún no había sido capturado.

A mi alrededor, los hermanos Holstrom y Bianchi observaban la escena en silencio, con la preocupación escrita en sus rostros. Romeu me miró con una expresión firme.

—Tenemos que revisar tu seguridad, Maxwell —dijo con voz grave—. Esto no puede volver a pasar.

—Lo sé —respondí, volviendo mi atención hacia Maya.

Ella seguía abrazándome, como si no pudiera creer que todo aquello había sucedido. Ruby se acercó a nosotros, ahora más tranquila, aunque con los ojos aún empañados. Rodeó mi cuerpo y el de su amiga con los brazos. Maya la atrajo más cerca y nos quedamos allí, en medio del salón, abrazados, intentando confiar en que ahora todo estaba bien.

—Austin, llama al comisario para que venga a limpiar la mierda —murmuró Tommaso.

La policía de aquella ciudad estaba controlada por los Holstrom, que a su vez eran controlados por los mafiosos, y todos ellos tenían un cierto poder sobre mí. Y aunque todos fueran peligrosos, aunque destrozaran la vida de quien se atreviera a molestarlos, prefería estar de su lado antes que en su contra.

Sin embargo, en ese momento, que se encargaran ellos de ese puto desastre, yo solo quería quedarme allí, con Maya y Ruby. No

me alejaría de ellas ni un segundo, hasta que todo estuviera bien y me asegurara de que estaban a salvo.

Ya había perdido demasiado de lo que amaba en mi vida, y ahora no iba a perder a nadie más.

CAPÍTULO 36



Maya Sanders

Me sobresalté y me incorporé en la cama al instante, sintiendo el sudor resbalar por mi nuca, mientras el suceso de hacía dos días seguía asustándome.

Cuando Sadie irrumpió en el salón, yo aún estaba atónita por lo que acababa de escuchar. Max, delante de un montón de cámaras, había dicho que yo sería la primera dama del país. Una chica de veintiún años, ya juzgada por toda una nación, recibiría ese título. Tenía que haberse vuelto loco.

Pero ni siquiera tuve tiempo de asimilarlo, porque en cuanto Ruby vio a Sadie, me apartó de la ventana desde la que observaba a Max y nos acorraló en una de las esquinas del salón.

Juré en ese momento que iba a morir, sobre todo por las palabras de Sadie: *—Voy a acabar con esas dos desgraciadas que están arruinando mi vida.*

Miré hacia un lado y vi que Ruby dormía plácidamente. Se lo agradecía al cielo, mi amiga no merecía seguir sufriendo con sus crisis de pánico por culpa de una hija de puta como Sadie.

Después de que aquel hombre de expresión severa la matara, llegó la policía, tomó declaración a todos los presentes y por fin se llevaron el cadáver sin vida de esa desgraciada que estaba metida no solo en la muerte de Estela, sino también en mi secuestro.

Sin embargo, desde aquella noche, Max se vio sepultado por un sinfín de responsabilidades. Tenía que limpiar su imagen ante los medios por haberse involucrado con una chica tan joven. Y desde entonces, ni siquiera tuve tiempo de preguntarle si estaba bien. La seguridad de la mansión se había reforzado. Los hombres de Chicago se habían marchado, pero dejaron más guardias de los

suyos en la casa, y los hermanos Holstrom aparecían de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba en orden.

Aun así, dos días después, yo seguía asustada con todo lo que había pasado. Apenas había salido de un secuestro, cuando una loca llegó apuntándome con un arma. La vida en medio de la política ya era complicada, y cuando las cosas tomaban el rumbo de las amenazas, todo se volvía aún peor.

Aparté las sábanas y me levanté de la cama. Necesitaba caminar un poco por la casa, para ver si me volvía el sueño. Bajé las escaleras como hacía siempre cuando dormía allí, antes de que todo se convirtiera en ese caos. Y en cuanto llegué al piso de abajo, la luz que salía del despacho de Max llamó mi atención.

Él había ido a Washington para una reunión importante, ni siquiera sabía que había regresado. Al menos, hasta que me dormí aquella noche, él todavía no había vuelto. Por un momento, sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo, porque si no era él… Negué con la cabeza; no podía pensar en eso.

Caminé despacio, para no hacer ningún ruido, y en cuanto abrí la puerta lentamente, confirmé que realmente era Max. Llevaba los primeros botones de la camisa desabrochados, dejando a la vista

algunos pelos del pecho, mientras un mechón de su pelo caía sobre la frente, completamente despeinado. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, y debía de estar tan cansado que se había quedado dormido allí mismo.

Entré en el despacho y, aunque aún no lo hubiera perdonado, sentí la necesidad de tocarlo, de asegurarme de que era real. Rodeé su mesa y me acerqué a su cuerpo; algo vacilante, llevé la punta de mis dedos hasta el mechón que le caía sobre la frente y, en cuanto lo toqué, se sobresaltó y me agarró la muñeca con fuerza.

—Ay —me quejé por la presión en mi muñeca.

Cuando Max se dio cuenta de que era yo, me soltó de inmediato, cerró los ojos y respiró hondo.

—Perdóname, pensé que eras otra persona.

Estaba tan asustado como yo.

—Tranquilo. No debería haberme acercado así.

Volvió a abrir los ojos y me miró fijamente. La preocupación se apoderó de él al instante.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

¡Joder! ¿Por qué tenía que ser tan guapo y tan atento?

—Estoy bien. Vi la luz encendida y por un momento pensé que alguien podía haberse colado aquí.

Max se relajó en la silla y la alejó un poco de la mesa, solo para sorprenderme y atraerme hacia su regazo. En cuanto me acomodé, lo miré fijamente, mientras él devolvía la mirada y me desafiaba a decir algo. Como me quedé en silencio, ese descarado continuó:

—Con la seguridad que tenemos ahora, dudo que alguien esté tan loco como para intentar entrar.

—¿Quiénes son esas personas de Chicago que parecen tener tanto poder?

Soltó una risa cargada de desprecio.

—Es mejor que no lo sepas, mi amor.

Mi amor… llevaba llamándome así desde que me encontró en el cautiverio. Era difícil no perdonarlo cuando hablaba de esa manera.

—¿Por qué?, ¿son peligrosos? —pregunté.

—Sí, lo son.

Mi corazón se aceleró.

—Max…

—Pero está todo bien, tranquila.

Recorrió mi rostro con la mirada y se quedó observándome por un momento.

—¿Puedo tocarte la barriga?

¡Joder, quería desarmarme por completo!

Tragué saliva, pero asentí. Max no apartó los ojos de los míos mientras llevaba su mano hasta la cintura del pijama que llevaba puesto. Subió la tela de seda y sus dedos gruesos tocaron mi piel; solo en ese instante bajó la mirada hacia mi vientre.

—Hola, mi bebé —saludó al fruto de nuestro pecado, y sentí un nudo formarse en mi garganta mientras intentaba contener las lágrimas—. Aún eres tan pequeñito, pero ya te quiero tanto. Ya formas parte de mi vida, ¿lo sabías? Voy a cuidar de tu mamá como se merece, y te vamos a esperar con ansias.

Las lágrimas por fin resbalaron por mi rostro y cayeron sobre la mano de Max. Él volvió a mirarme, y con los mismos dedos que antes habían estado en mi vientre, acarició mi rostro. Los pasó por mis lágrimas, secándolas, pero no tardaron en volver a mojarme la cara.

—No llores, mi amor.

—Deja de llamarme así —le pedí, mientras él sostenía mi rostro entre sus manos.

—¿Por qué? —preguntó Max, mientras acercaba su rostro al mío, apoyaba su frente contra la mía y rozaba mi nariz con la suya.

—Porque no quiero perdonarte ahora, y si me llamas así, no sé si podré resistirme.

Max soltó una risita y, aún sosteniéndome la cara, me alejó un poco de él.

—¿Maya? —me llamó.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—¡Te amo! —susurró Max—. Eres mi mujer, aunque estés dolida conmigo. Eres mi mujer, la madre de mi bebé, y vas a seguir

siéndolo.

—Eres tan prepotente —murmuré, sorbiéndome los mocos, porque aún estaba llorando.

Max esbozó una sonrisa ladeada, esa sonrisa irritante, preciosa, pero irritante.

—No es prepotencia, es solo la verdad —respondió con una calma que contrastaba con el torbellino que llevaba dentro de mí—. Lo arruiné todo, lo sé. Pero voy a arreglarlo, Maya. Aunque tenga que pasarme el resto de mi vida haciéndolo.

Aparté la mirada, intentando protegerme de esa intensidad. Era difícil mantener mi coraza con él tan cerca, con el calor de sus manos todavía en mi rostro. Conmigo sentada en la puta de su regazo.

Me aparté y me levanté enseguida.

—Lo pensaré —respondí—. Y Max, ¿cómo se te ocurrió decirle a todo el mundo que yo sería tu mujer?

Encogió los hombros, parecía dolido por la distancia entre nosotros, pero no intentó obligarme a acercarme de nuevo.

—Dije la verdad. Vas a ser la primera dama del país.

Puse los ojos en blanco.

—¿Sin consultarme? —pregunté, cruzando los brazos.

—Bueno, puede que esté viejo, pero aún no estoy delirando. Dijiste que me amabas, así que, si ese amor sigue ahí dentro, significa que en algún momento me vas a perdonar. Y cuando eso pase, voy a ponerte una maldita alianza en el dedo... O tal vez ya haya comprado un anillo con un diamante enorme, que será exhibido en cuanto aceptes casarte conmigo.

Estaba loco.

—¿Eso es una propuesta de matrimonio?

Max soltó un suspiro.

—Huracán, solo te estoy informando de que vas a ser mi mujer. Cuando te pida matrimonio de verdad, será cuando me hayas perdonado.

—Necesito un tiempo, Max —confesé.

Al menos me di cuenta de que había dejado de llorar.

—Te daré el tiempo que necesites. Solo no me pidas que me aleje, Maya. Porque eso... eso no puedo hacerlo. Y menos ahora, sabiendo que estás esperando un hijo mío.

Me quedé en silencio, luchando contra las emociones que me desgarraban por dentro. Ruby y yo habíamos hablado; me contó todo sobre los días en que estuve desaparecida. Y entendí que Max realmente quiso protegerme, sobre todo después de todo lo que había pasado. Aún no lo había perdonado, porque era una imbécil que quería hacerse un poco la difícil.

—Vale —respondí, dándole la espalda, pero fue el suspiro de Max lo que me detuvo antes de llegar a la puerta.

Pude sentir en ese suspiro el dolor que él estaba sintiendo. Se parecía al mío, ese dolor desgarrador que parecía no tener fin, y que solo dejaba de irradiarse por todo mi cuerpo cuando sentía sus brazos a mi alrededor. Cada vez que él se alejaba, volvía. Y más aún ahora, que ni siquiera compartíamos ya la cama.

Sin contar que Max también debía de estar sufriendo por todo lo que había descubierto. Y yo, egoísta, estaba pensando solo en mí en ese momento.

Giré el rostro hacia él y noté que la máscara que tanto se empeñaba en mantener había caído en ese instante. Había demasiado dolor allí; ese hombre estaba hecho pedazos y, aun así, delante de mí y de Ruby, intentaba demostrar lo fuerte que estaba.

En cuanto Max me vio mirándolo, disimuló la expresión de tristeza.

—Max, ¿estás bien? —pregunté.

—Claro. Todo está bien ahora, así que yo también lo estoy. —Mentira.

—No me mientas. Si quieres que te perdone, dime la verdad. Cuéntame cómo estás —le respondí, girándome hacia él.

Sus hombros se hundieron, como si mis palabras fueran un peso más sobre el dolor que ya cargaba, y simplemente dejó de intentar mantenerse completamente imponente.

—Max…

—¿Qué quieres que diga? ¿Que estoy hecho una puta mierda? ¿Que estoy destrozado? ¿Que dejé que esa mujer estuviera cerca de mi hija durante años, sin saber que había mandado matar a mi

esposa, que casi te mata a ti, a Ruby y a nuestro bebé? ¿Qué quieres que diga, Maya? —Los ojos de Max se llenaron de lágrimas —. Me siento como una basura. La cagué contigo. Todo lo que llevó a que te secuestraran, el cabrón que lo hizo aún no ha sido encontrado, casi mueren. Una parte del país me quiere, y la otra grita a los cuatro vientos que no confían en mí, que soy un abusador, que me lié con la amiga de mi hija. Estoy cansado, me duele, y me siento tan culpable que no puedo ni respirar. ¿Eso era lo que querías oír? ¿De verdad quieres saber que ya no tengo paz, que no puedo dormir porque, si me duermo y pasa algo contigo o con Ruby… yo… yo no lo soportaría? ¿Que hice que mi equipo se volviera hoy mismo de Washington porque no podía ni plantearme estar más horas lejos de vosotras? Que si tengo que meterme delante de una bala por vosotras, lo haré. Prefiero morir, Maya, prefiero morir antes que quedarme sin vosotras.

Y fue ahí cuando dejé atrás cualquier rastro de rencor. Ese hombre me necesitaba, y yo lo necesitaba a él.

Fue en ese momento cuando perdoné a Maxwell Monroe.

CAPÍTULO 37



Maxwell Monroe

En cuanto caminó hacia mí, me derrumbé y empecé a llorar. Maya se sentó en mi regazo, me abrazó y acercó mi cabeza para que la apoyara en su pecho. Lloré sin ninguna vergüenza, porque ya no podía contener más ese dolor que me estaba consumiendo.

Rodeé su cuerpo con mis brazos y lloré, lloré, lloré. Necesitaba sacar ese dolor de dentro de mí. No me dejaba respirar bien, no me dejaba dormir, no me dejaba comer. No era más que un fantasma de lo que alguna vez fue un hombre.

Maya besó mi cabello y susurró:

—Todo va a estar bien. Yo voy a estar aquí contigo. Ruby va a estar bien. Yo voy a estar bien, y nuestro bebé también. Vas a ser el mejor presidente que este país haya tenido, vas a demostrarle a esos idiotas que eres un hombre íntegro. Que no es por haberte liado con una jovencita que eso te convierte en un mal dirigente de país.

Solté una carcajada entre lágrimas por las palabras de Maya. Ella realmente era una jovencita.

Mi chica pasó las manos por mi pelo y aparté mi rostro de su cuerpo, notando que había empapado su camisa con mis lágrimas. Sin embargo, me sentía mucho más tranquilo en ese momento, después de haber sacado todo ese dolor de dentro.

Ella sostuvo mi rostro entre sus manos, como yo lo había hecho hace unos minutos.

—No me vuelvas a mentir nunca más, Max. Ni siquiera para engañar a otra persona. Porque si lo haces, no volveré a mirarte a la cara.

Asentí.

—Nunca más, Maya… —Ella colocó el dedo índice sobre mis labios.

—Cállate, que no he terminado de hablar.

Asentí de nuevo, porque por esa chica me volvería hasta un perrito obediente.

—Eres el hombre más increíble que he conocido. Siempre me pareció precioso el modo en que amas a Ruby. Nunca tuve un padre de verdad que me quisiera así, ni siquiera cuando mi madre seguía casada con él. Así que eso fue lo primero que me hizo enamorarme de ti. Lo segundo fue cuando te vi decirle a uno de tus asesores que no ibas a mentir en un debate y tiraste los papeles del discurso a la basura. Siempre he odiado la política, pero en ese instante decidí amarte también en la política. Lo tercero fue cuando te vi sin camiseta por accidente. Porque estás buenísimo y me ganaste con esos abdominales —me acordaba de eso, fue hace casi un año, cerca del cumpleaños de Ruby. Solté una risa. —Lo cuarto, cuando me defendiste de mi padre. Lo quinto… —se detuvo y me miró a los ojos—. El quinto lo estoy viviendo contigo desde la primera vez que me besaste. No puedo olvidarte, el sabor de tu boca me parece el mejor que ha existido. Tus brazos a mi alrededor son mi lugar

favorito. Sentirte dentro de mí se ha convertido en una religión que quiero seguir hasta el final de mi vida. Ser la madre de tu bebé me llenó de miedo, pero al mismo tiempo me dio una fuerza que no sé de dónde sale. Te amo, Max. Y no quiero verte roto por nadie, ni siquiera por mí.

Eres más que un presidente, eres humano, un padre amoroso, y eres mi hombre. Así que ahora vas a dejar de sufrir solo y vas a compartir tu dolor conmigo, porque quiero ser tu compañera en todo, en la felicidad y en la tristeza. No necesitas pedírmelo, porque ya me has demostrado tu amor. Y precisamente por eso, acepto ser tu mujer, presidente.

La puta del dolor se había acabado…

Pero aun así, quería llorar de emoción…

¡Joder!

Yo…

—Ahora quita esa carita de tonto y hazme tuya donde todo empezó. Te echo muchísimo de menos, Max.

Parpadeé, aturdido.

—Tú… —No llegué a terminar la frase, y Maya puso los ojos en blanco mientras se levantaba de mi regazo.

Se quitó la camiseta, dejando sus tetas ricas al aire. Se bajó el short del pijama, y mientras se arrancaba las bragas y subía a mi mesa, separando las piernas y dejando el coño completamente expuesto, murmuró:

—Olvídate del mundo ahí fuera, Max… y fóllame. Ven a olvidarte de los problemas haciéndome tuya.

Como la primera vez…

Y fui...

Agarré sus piernas, apretándolas con fuerza, mientras Maya soltaba un ronroneo al sentir mis dedos en su piel. Aproveché que estaba sentado para besar uno de sus muslos, y ella soltó un gemido fuerte.

Soplé sobre su coño, haciendo que mi chica se moviera sobre el borde de la mesa.

—Max…

Le sostuve la mirada desde donde estaba.

—¿Sí, huracán?

—¡Rápido!

—Siempre tan apresurada.

Abrí más sus piernas y llevé mi boca a ese coño al que tanto había echado de menos. Aunque lleváramos apenas unos días distanciados por nuestra pelea, Maya y yo ya casi no nos veíamos desde antes, por culpa de la campaña presidencial, así que su ausencia ya me pesaba desde hacía tiempo.

En cuanto sentí su sabor en mi boca, solté un gruñido, profundizando las chupadas en su carne ya empapada.

—¡Ah, Max! —Maya llevó las manos a mi pelo y empezó a moverse contra mi boca.

Deslicé mis brazos bajo sus piernas, tirando de ella hacia el borde de la mesa, mientras mi boca se deleitaba con su sabor único. Penetré su coño con la lengua al mismo tiempo que Maya gemía cada vez más fuerte.

—¡Ah, joder! Sí, Max… ah, sí…

Saqué la lengua solo para succionarle el clítoris una vez más y hacer que mi mujer gimiera aún más alto. Mi polla, que ya estaba dura, parecía asfixiarse dentro del bóxer. Seguí devorando a mi chica hasta que sentí su cuerpo empezar a temblar.

Y el orgasmo de Maya estalló en mi boca… ¡puta falta que me hacía!

La bebí hasta la última gota, justo cuando la volví a acomodar sobre la mesa, con cuidado de no dejarla caer. Al fin y al cabo, llevaba dentro de ella a nuestro bebé, y yo iba a cuidar de mi chica.

Maya, completamente jadeante, llevó los dedos a los botones de mi camisa y empezó a desabrocharla. Me la arrancó, y enseguida bajó las manos a mi cinturón, pero se trabó al intentar quitármelo.

—Deja que lo hago yo, huracán.

Ella se apartó y se quedó mirándome con expectación. En cuanto bajé los pantalones junto con el bóxer, dejando que mi polla saltara hacia fuera, la muy perra se mordió el labio inferior.

Agarré mi polla y empecé a masturbarme, dejando que mis ojos recorrieran su cuerpo. Tal vez sí necesitara una buena dosis de sexo para olvidar todo lo que estaba pasando. Pero ahora, sabiendo

que Maya estaba de mi lado, todo iba a ser mejor. Podía con cualquier cosa, teniéndola a ella ahí, apoyándome.

—Max… —gimió, y yo sabía perfectamente que era porque estaba tardando en enterrarme dentro de ella.

—Mandona… —bromeé, rozando su coño empapado con el glande.

—Deja de jugar, joder, fóllame —exigió.

Eso me hizo reír, pero terminé obedeciendo su orden, y me hundí en Maya sin esperar. Me metí hasta el fondo, clavándosela entera de una sola embestida.

Ella soltó un grito fuerte y enredó sus piernas alrededor de mi cuerpo, atrayéndome aún más dentro de ella. Maya pasó uno de sus brazos por detrás de mi cuello y buscó mi boca con la suya.

En cuanto nuestros labios se tocaron, empecé a moverme, entrando profundo, saliendo y volviendo a entrar. Follando a mi mujer… mía, completamente mía. Mi lengua se encontró con la suya, solo para que incrementara el ritmo de mis caderas, metiéndola con más ganas dentro de ella.

Cuando nos separamos para respirar, el gemido fuerte de mi huracán retumbó en la habitación.

—¡Más fuerte, Max!

Sujeté su cadera, manteniéndola atrapada sobre la mesa mientras la follaba más rápido, de forma enloquecida.

Nuestras respiraciones agitadas eran el único sonido que se oía, al mismo tiempo que mi polla se clavaba hasta el fondo de su coño jodidamente apretado, completamente mío...

Llevé una de mis manos a su cuello, sin dejar de mover las caderas, aún follándola con ganas.

—Eres mía. Solo mía.

—Soy tuya —gimió, con los ojos llenos de placer.

Pasé mi lengua por sus labios y bajé por su barbilla hasta llegar a su cuello. Chupé su carne allí, haciendo que mi chica se moviera aún más, mientras yo seguía penetrándola. Bajé mi boca, después de chupar su piel, hasta un pezón endurecido, y lo succioné con hambre.

—¡Ah, Max! Yo voy… yo voy…

Llevé mis dedos a su clítoris y empecé a masturbarla, mientras la follaba y le chupaba el pecho. Maya palpitó a mi alrededor y aparté la boca de su pezón solo para verla poner los ojos en blanco. Maya se corrió mientras mi polla estaba dentro de ella, y la imagen fue tan jodidamente deliciosa que mi orgasmo estalló dentro de ella, mientras aún seguía corriéndose y yo la llenaba con toda mi leche.

Aparté los dedos de su clítoris mientras Maya se dejaba caer sobre la mesa, completamente jadeante y sin fuerzas. La visión era perfecta, ella ahí, sobre todos los documentos importantes que estaba leyendo antes de quedarme dormido, completamente desnuda y con esa expresión de mujer bien follada.

Yo era un gran hijo de puta con suerte.

Aún dentro de ella, abrí el cajón de mi escritorio y saqué la cajita que llevaba guardada allí hacía días. Mucho antes de las elecciones. Me tumbé sobre su cuerpo y deposité un beso en sus labios entreabiertos.

Enseguida abrí la caja y saqué el anillo con el diamante azul que había encontrado. En cuanto lo deslicé en el dedo de Maya, ella se sobresaltó y se incorporó sobre los codos, viendo lo que estaba haciendo.

—Max…

—Iba a pedirte matrimonio. Solo estaba esperando ganar las elecciones. Ese anillo está aquí desde que volvimos de la cabaña y me dijiste que te habías enamorado. No quise corresponderte ese día porque tenía miedo, Maya. Pero quiero que sepas que ya te amaba, ya estaba loco por ti desde antes.

Maya sonrió y me abrazó, pero enseguida soltó una risita.

—Jamás imaginé que me pedirían matrimonio de esta forma.

Solté una carcajada, porque sí, era realmente muy loco. Los dos completamente desnudos, mi polla aún dentro de ella, y yo poniéndole un anillo en el dedo.

Aun así, le respondí:

—Si quieres, puedo montar el evento del siglo para formalizar nuestro compromiso.

Maya puso una mueca, y finalmente salí de dentro de ella, pero no me alejé. Me quedé ahí, tumbado sobre su cuerpo.

—No quiero focos sobre mí, señor presidente.

Besé su pecho y mordí su pezón, haciendo que Maya soltara un gemidito.

—Pero ahora lo tendrás, serás la primera dama del país —pasé mi lengua por su pezón.

—Lo sé, pero no necesito fiestas grandiosas para tener pruebas de tu amor, Max.

Perfecta. ¡Tan perfecta! Besé uno de sus lunares y pregunté:

—Sé que te estoy pidiendo mucho. Eres joven, tienes toda una vida por delante, pero te amo, Maya. Me hiciste volver a vivir, me hiciste ver color en un mundo que estaba gris, me diste ganas de respirar de verdad. Soy un hombre mayor, con un pasado complicado. Está esta exposición constante de la vida privada, así que, si estás aceptando ser mi esposa solo para no herirme o por compromiso, por favor, no lo hagas. Puedes rechazarme, puedes romperme, sé que no te merezco. Eres tan perfecta, y yo…

—Max, cállate. Lo que más quiero es ser tuya. Y si hace falta dejarle claro a todo el mundo que soy tu mujer, salgo ahora mismo frente a esas puertas y enseño este anillo precioso, aunque exagerado. Ahora ven aquí y bésame.

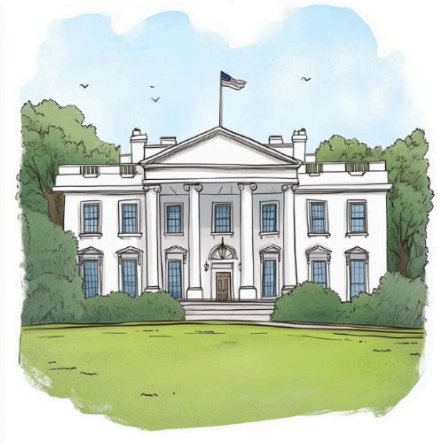
Y como siempre… fui.

Porque tener de vuelta a Maya era lo que necesitaba para vivir. Tenerla de nuevo era como renacer. Tener de nuevo en mi vida a la mujer de la que me enamoré era lo que necesitaba para lidiar con todo aquello.

Amaba a ese pequeño huracán y haría todo para convertirla en la mujer más feliz del mundo…

Maya lo merecía… yo lo merecía… y la familia que íbamos a formar, también lo merecía.

CAPÍTULO 38



Maya Monroe

Sonreí al ver la expresión de Ruby hacia su padre.

Estaban discutiendo sobre qué color elegir para el árbol de Navidad. Diferente del pequeño árbol que tenía en el dormitorio de la universidad en Amarillo, que ese año ni siquiera había sido montado. Ya que Max no me dejó volver allí, y nos habíamos mudado a la capital del país hacía unas semanas. Querían hablar con la decoradora.

Eso sí que era un derroche de dinero, e incluso los asesores estaban reunidos para decidir cuál era el mejor color para la decoración del árbol del presidente, que pronto asumiría su cargo en Washington.

Puse los ojos en blanco y respiré hondo, intentando controlar las náuseas que estaba sintiendo, mientras tomaba una infusión para calmar el estómago.

—¿Estás mejor, amor? —preguntó Max, todo atento, olvidándose del árbol por unos segundos.

—Pronto se me pasará —respondí. Estaba sufriendo mucho con las náuseas del inicio del embarazo, y tenía mucho miedo de seguir así durante todo el proceso. Ya que, según mis investigaciones, muchas embarazadas las sufrían durante toda la gestación.

—Si quieres, te llevo a la habitación —se ofreció, pero negué con la cabeza.

—Solo son náuseas, estoy bien —Max asintió, aunque era evidente la preocupación en su mirada.

—Maya, ¿qué color crees que queda mejor: rojo con dorado, o algo más azul, quizá rosado? —preguntó Ruby, mostrándome la paleta que la decoradora había enviado.

Se sentó a mi lado y pasé el catálogo en la pantalla de la tablet. Ruby y yo seguiríamos estudiando Derecho, pero ahora en una universidad de Washington. Mientras ella decidió asistir de forma presencial, yo opté por estudiar desde casa, porque no podía lidiar con tantos periodistas encima de mí, en mi día a día.

—Creo que este es bonito —señalé el rosado.

—¿Ves? Maya piensa igual que yo —dijo Ruby en voz lo bastante alta como para que incluso los asesores la oyeran.

—Vosotras dos ni deberíais contar, si pensáis igual —comentó Max, mientras se sentaba en la mesita de centro de la casa en la que vivíamos hasta mudarnos a la Casa Blanca a comienzos de año.

Mi marido. Sí, habíamos oficializado nuestra unión en Amarillo dos semanas después de que él pusiera un anillo en mi dedo. La ceremonia fue sencilla. Había pocos invitados, entre ellos los Holstrom y los mismos hermanos de Chicago; en realidad, ese día trajeron a sus esposas y a su hermana con su marido. Ruby y

algunos empleados, incluso Lex, que por desgracia no quiso acompañarnos a la Casa Blanca.

Casi me deshice en lágrimas al despedirme de la mujer que cuidó tan bien de Ruby cuando su madre se fue, y también de la misma mujer que nunca me juzgó por involucrarme con Max.

—¿Ah, sí? —respondí alzando una ceja.

Max tragó saliva y miró a los asesores.

—Ya hemos decidido el color, será el rosado, como quieren Ruby y Maya.

—Si hubiera sabido que iba a hacer todo lo que quisiéramos, te habría pedido que te casaras con él de una vez —bromeó Ruby.

Y yo solté una carcajada, mientras su padre la fulminaba con la mirada.

—Te quiero, papá —dijo mi amiga con cara de niña buena.

Y yo seguí riendo.

—Yo también te quiero, mocosa.

Ruby apoyó la cabeza en mi hombro.

—Solo quería recordarte que, si yo soy una mocosa, tu esposa también lo es, porque tiene la misma edad que yo.

Max se puso pálido y yo me reí aún más fuerte. Mi amiga había cumplido veintiuno el mes pasado, para desgracia de su padre. Y ahora siempre lo fastidiaba, diciéndole que tenía la misma edad que yo y que ya podía tener un bebé.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? —me preguntó Max.

—Ni siquiera está mintiendo.

—¿Ahora os habéis aliado contra mí?

Iba a responder, pero las náuseas empeoraron y me levanté del sofá para ir al aseo. Por supuesto que Max me acompañó, y cuando me arrodillé, él me sostuvo el pelo mientras lo vomitaba todo.

Se arrodilló a mi lado y me pasó una mano por la espalda. Cuando mi estómago se calmó, me levanté con su ayuda y me enjuagué la boca.

Max me tomó en brazos y, en silencio, me llevó hasta el dormitorio.

—Sabes que no estoy enferma como para que me lleves en brazos, ¿no?

Mi barriga aún era mínima, pero aun así quien me conocía bien podía notar el pequeño bultito en mi vientre.

—Claro que lo sé, nuestro bebé solo está alborotando un poco ahí dentro, pero puedo mimarte.

Amaba a ese hombre.

—Así me voy a malacostumbrar.

—Pues malacostúmbrate, porque siempre voy a cuidar de ti, mi huracáncito.

En cuanto llegamos al dormitorio, Max me acostó en la cama y se tumbó a mi lado. Apoyé la cabeza en su pecho y me quedé sintiendo las caricias que me hacía en el pelo.

—Quién diría que después de tanto tiempo iba a conocer a un hombre que me mimara.

Dejé un beso en su pecho.

—Te amo, y voy a mimarte hasta el último día de mi vida.

No me gustaba oír aquello.

—No hables así, por favor —le pedí.

—Perdón, amor. No quería dar la impresión de que me voy a ir pronto…

Max fue interrumpido por el sonido de su móvil personal. Lo sacó del bolsillo del pantalón y yo seguí acurrucada en sus brazos, hasta que sentí cómo su cuerpo se tensaba.

—Dime —murmuró con su voz grave.

Aparté la cabeza de su pecho y me quedé mirando su rostro. Su expresión, que hasta hacía unos segundos era tranquila, ahora se había vuelto completamente seria.

—¿A dónde lo van a llevar?

Hizo otra pausa y me miró a los ojos. Vi tanto amor en ellos que, aunque una parte de mí quería mantenerse serena, no sabía si lo lograría mientras mi marido no me dijera qué estaba pasando.

—Vale. Estaré allí.

Max colgó el teléfono, soltando un suspiro profundo. Nuestros ojos se encontraron y supe al instante que algo serio había ocurrido.

Intentó forzar una sonrisa, pero no pudo ocultar la preocupación mezclada con amor que se agitaba en su mirada.

—Está todo bien, mi amor. No hace falta que me mires así, toda asustada —empezó, acariciando mi mano—. Pero voy a tener que salir por unas horas.

Mi corazón se aceleró. No, no tenía idea de qué se trataba, pero no quería que se fuera.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté, intentando que el miedo no me dominara, pero ya lo había hecho por completo.

Max dudó, como si buscara las palabras correctas. Finalmente, respiró hondo antes de decir:

—Te prometí que nunca más te mentiría, pero tengo miedo de contarte y que te pongas mal.

—¡Max, por el amor de Dios! Dímelo, ahora.

Él sostuvo mi rostro entre sus manos y besó mis labios rápidamente; al separarse, murmuró:

—Han encontrado a Zachary.

—¿La policía lo encontró? —No sabía si sentir alivio por no tener que temerle más a ese hombre, o aún más miedo, porque sabía que Max querría ir tras él.

—Otras personas lo encontraron. No ha salido en las noticias ni nada. Así que no sabrás nada si lo buscas por internet.

Entonces habían sido los amigos peligrosos de Max, los amigos de Chicago de los que nunca me hablaba con claridad.

—Amor, no quiero que vayas. Y si Zachary… —No pude terminar la frase.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. La simple mención de su nombre me revolvía el estómago más que las náuseas del embarazo. Zachary representaba todo lo malo que había tenido que enfrentar.

—Tengo que ir, amor. Quiero ir. Quiero demostrarle a ese desgraciado que intentó destruir lo que más amo, pero que quien salió ganando fui yo. Solo yo —respondió Max con firmeza, apretando mi mano para darme seguridad—. Y no va a hacerme daño. Confía en mí cuando te lo digo. El lugar donde está... bueno, quizá preferiría estar en el infierno antes que donde está ahora.

¡Dios mío! ¿Qué eran Romeu y Tommaso Bianchi?

—Max… —mi voz salió en un susurro—. Tengo miedo.

Él me rodeó de inmediato con un abrazo, apretándome contra su pecho.

—Lo sé, mi huracáncito. Pero aquí estás segura. Nuestros guardaespaldas están aquí, Ruby está aquí, y yo nunca dejaría que te pasara nada a ti ni a nuestro bebé. Y yo también voy a estar bien, te lo prometo. Pero déjame vengar a nuestra familia.

Yo lo entendía, porque yo también quería venganza, aunque ese sentimiento fuera incorrecto. Pero quería acabar con ese desgraciado.

Respiré hondo y, aun con miedo, respondí:

—¿Prometes que vas a volver rápido? —Las lágrimas me inundaban los ojos.

—Lo prometo —besó mi frente con ternura—. Será rápido, solo lo suficiente para verlo sufrir.

Sufrir… Max iba a presenciar un asesinato. No quería pensar en eso, porque no sabía si estaba preparada para aceptar algo así. Max

se levantó, pero antes de salir volvió a agacharse frente a mí, colocando sus manos en mi rostro.

—Te amo. Y nada, nada en este mundo va a apartarte de mí. Me voy a encargar de esto y volveré contigo.

Asentí, apretando con fuerza sus manos, intentando absorber la calma que él intentaba transmitirme. Max dejó un último beso en mi frente antes de alejarse. En cuanto salió de la habitación, me sentí vacía, pero respiré hondo, tratando de calmar mi corazón.

Todo iba a salir bien. Max lo había prometido. Y yo necesitaba creer en él.

Solo iba a vengar a nuestra familia… y Zachary King no volvería a tocarnos jamás.

CAPÍTULO 39



Maxwell Monroe

Todavía no podía creer que ese desgraciado hubiera estado tan cerca de mi familia todo este tiempo. Cuando Romeu me dijo su localización, quise gritar de rabia. Pero, por suerte, no había hecho nada... *aún*.

Salí del coche sin identificación, con gorra y gafas de sol. Algunos de los soldados de la Cosa Nostra, que Romeu había dejado para protegerme a mí y a mi familia, me acompañaban.

Miré la calle desierta de Baltimore y agradecí mentalmente que Romeu hubiera puesto a su equipo a vigilar a mi familia tan de cerca, porque solo así consiguieron encontrar a ese malnacido de Zachary King. Y solo lo lograron porque cometió un error, llamó a su hija y tardó más de lo necesario en la llamada. Lo localizaron.

Idiota... un desgraciado idiota.

Entré en el pequeño edificio abandonado y seguí hacia el lugar que los soldados me habían indicado. En cuanto se abrió la puerta de un apartamento, me encontré de frente con Zachary, atado a una silla, amordazado, y Tommaso de pie a su lado, con esa pose de la Parca.

El mafioso se había quedado en Washington después de mi boda; quería asegurarse de que el presidente, al que tanto necesitaban en el poder, asumiera su cargo sin interferencias. Por lo que sabía, Tommaso había traído a su mujer con él al estado, y la había instalado en un rascacielos, para mantenerla a salvo.

Sobreprotector... y no podía juzgarle. Cuando se ama, uno comete locuras, como la que estaba a punto de cometer yo ahora.

Tommaso alzó la mirada en cuanto entré. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, y pude ver la muerte reflejada en ellos, haciendo que el silencio en la habitación se volviera aún más pesado.

Zachary King era un desastre. Tenía el rostro hinchado, marcas de sangre seca en la comisura de los labios y los ojos tan abiertos como los de un animal acorralado. La mordaza ahogaba sus quejidos, pero era evidente que sabía que su final estaba cerca.

—Ya era hora de que llegaras. Pensé que iba a matar a este desgraciado antes de que mostraras tu carita bonita —el tono del mafioso era puro sarcasmo.

—Bueno, más de una hora en coche hasta aquí. Hice lo que pude —respondí, aunque mis ojos estaban completamente clavados en Zachary.

Por el rabillo del ojo, vi a Tommaso girarse lentamente, coger algo que había sobre una mesa al lado, y no tardó nada en acercarse a mí. Su rostro mostraba una expresión gélida mientras me extendía un par de guantes de cuero negro.

—Toma —dijo con voz baja—. Ponte esto.

Me quedé mirando los guantes un momento antes de aceptarlos.

—¿De verdad tengo que usar esto? —pregunté frunciendo el ceño.

Tommaso esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Ah, presidente… Veo que nunca ha golpeado a nadie de verdad. —Levantó el dedo índice—. Primero, protección. No quiero que te hagas daño en los puños cuando hagas lo que tienes que hacer. Segundo, no quiero pruebas en ese desgraciado. Así que tus huellas tienen que estar cubiertas.

Asentí y volví a mirar a Zachary, que seguía atado. Su respiración acelerada delataba el terror que lo consumía. Me puse los guantes despacio, cada gesto cargado de un peso que parecía hacer el aire aún más denso.

Una vez protegidas mis manos, caminé hacia Zachary. Se movió en la silla, y me reí de su desesperación.

—Es bueno verte tan indefenso. Me da más gusto hacer lo que vine a hacer. Porque así fue como trataste a mi mujer —el hombre gimió, pero la mordaza le impedía articular lo que quería decir—. He

venido a vengarme, y tú sabes perfectamente por qué lo hago —mi voz salió firme, pero baja, como si de verdad hubiera encarnado a un asesino—. Pusiste las manos sobre mi mujer. Hiciste que nuestro bebé corriera peligro. Mi familia… —Hice una pausa, sintiendo el calor de la rabia subir por mi pecho—. No solo los pusiste en riesgo. Lo hiciste sabiendo que eran todo lo que yo tenía.

Tommaso se mantuvo en su sitio, sin mover un solo músculo, pero su voz sonó baja y letal:

—Adelante, Max. Tiene que entender lo que significa cruzarse con nosotros.

Lo hice… le di otro puñetazo, y en ese mismo momento la sangre empezó a brotar de la nariz de ese cabrón. Gimoteaba de dolor, y mi sonrisa se ampliaba cada vez más. Otro golpe... nariz rota. Uno más, le reventé la ceja, empezó a sangrar sin parar…

¡Joder! Ahora entendía a Tommaso. Pegarles a unos hijos de puta que se merecen morir era increíble. Gratificante. Liberador.

Golpeé a Zachary tantas veces que ya no podía distinguir una sola parte de su rostro que no estuviera abierta. El hijo de puta se

desmayó, y cuando fui a darle otro golpe, Tommaso me sujetó el codo.

—Ya basta. Ya lo has descargado. A partir de aquí, me encargo yo.

Tommaso señaló la muda de ropa a lo lejos.

—Cámbiate. Esa ropa que llevas va directa al fuego.

Por supuesto, no podía haber pruebas de nada.

Antes de cambiarme, me quedé observando mientras Tommaso despertaba al desgraciado y entonces sí... empezaba a torturarlo y a matarlo.

Lo presencié todo. Vi cada detalle, cada parte de su cuerpo golpeada estratégicamente para que Zachary sufriera hasta que la vida se le escapara de los ojos.

Debería estar mal disfrutar de la muerte de ese infeliz, pero no sentí el menor remordimiento al ver cómo asesinaban a ese hombre. Cuando la cabeza del desgraciado cayó de lado y sus ojos vidriosos se quedaron mirando al vacío, en lugar de sentirme mal, me sentí genial.

Estaba libre de preocupaciones… mi familia estaría a salvo y no correría más riesgos por culpa de ese hombre.

En cuanto tuve la certeza de que había muerto, me cambié de ropa y miré a Tommaso una sola vez. Él asintió en mi dirección y yo hice lo mismo. Luego, salí de aquel edificio, listo para volver con mi familia.

En cuanto subí al coche, el conductor arrancó de inmediato. Dejamos atrás el edificio y todo lo que había ocurrido allí. Mis manos seguían marcadas, no físicamente, sino en mi mente. Pero ese era un precio que estaba dispuesto a pagar.

Mientras el vehículo se deslizaba por las calles oscuras, miré por la ventanilla y vi el reflejo de las luces tenues parpadeando en el cristal. Mi mente ya estaba en casa, con mi hija, mi mujer y nuestro bebé. Ellas nunca sabrían lo que hice allí, lo que presencié, pero cada día les transmitiría la certeza de que estaban seguras.

Y eso era lo único que importaba.

Cuando llegué a la casa en la que vivíamos hasta el momento de mudarnos a la Casa Blanca, apenas crucé la puerta, encontré a Maya esperándome en la entrada.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, probablemente buscando algún signo de herida. Sin embargo, noté el instante en que se deu cuenta de que me había cambiado de ropa. No dijo nada al respecto. Mi mujer sabía que algunas cosas era mejor mantenerlas en secreto.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡Estoy genial! —respondí.

Maya suspiró profundamente, se acercó a mí y pronto me abrazó.

Yo respondí a su gesto, besándole la parte alta de la cabeza y estrechándola aún más entre mis brazos.

—Ya no tenemos que preocuparnos, ¿vale? —murmuré.

Maya asintió contra mi pecho.

—Gracias por cuidarnos, Max —susurró.

—Para siempre, Maya. Eso fue lo que te prometí cuando nos casamos, y eso es lo que voy a cumplir. Eres mía para siempre, mi mundo, mi vida.

—Te amo, Max —susurró.

Separé su rostro del mío y, antes de besar esa boca que se había convertido en mi vicio, murmuré:

—Yo te amo más, mi huracán.

Por fin dejé que mis labios encontraran los suyos, entregándome a ese beso que siempre lo contenía todo: hambre, deseo y una pizca de desesperación. Cada gemido ahogado contra mi boca era una confesión silenciosa, una súplica y una entrega al mismo tiempo.

Besé a Maya como si el tiempo se nos acabara, como si el mundo a nuestro alrededor hubiese desaparecido. Cuando por fin nos separamos, los pulmones clamando por aire, nuestros cuerpos seguían pegados, ansiosos, como si un solo beso nunca fuera suficiente.

Si alguna vez creí que no debía involucrarme con esa chica, ahora sabía cuán equivocado estaba. Maya era el punto de luz en medio de la oscuridad de mi vida miserable. Era el error más acertado que había cometido.

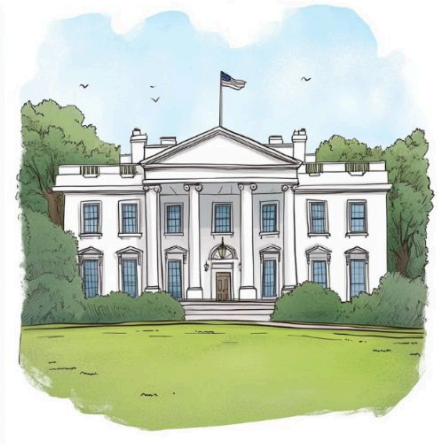
La amaba con una intensidad que desafiaba toda lógica, y, en ese momento, por fin lo tenía todo.

Era el presidente del país, mi hija era verdaderamente feliz y, justo frente a mí, estaba ella: la mujer que me miraba con un amor tan profundo que desbordaba de sus ojos y me alcanzaba el alma.

Sin ninguna duda, era el hombre más afortunado del mundo.

Y al final, di gracias por haberme rendido a la tentación, por haber sido lo bastante humano como para entregarme al deseo. Porque Maya no era solo una parte de mi historia. Ella era el comienzo, el centro y el final de todo lo que yo era.

CAPÍTULO 40



Maya Monroe

Si dijera que no estaba nerviosa, estaría mintiendo.

Mi corazón latía con fuerza mientras me miraba en el espejo. Era la primera vez que realmente aparecería delante de todos como la esposa de Maxwell Monroe, el presidente del país, y joder… yo era la primera dama...

Solté una risa cargada de puro desdén, porque el pueblo tenía toda la razón al preocuparse por la cordura de Max. Solo tenía

veintiún años, aún estudiaba en la universidad y no tenía muchas competencias para estar al lado del hombre que dirigiría el país.

Pero bueno, Max me había elegido a mí, y yo lo había elegido a él. Ahora necesitábamos aprender cómo haríamos aquello. Aun así, no dudaba de que mi marido acertaría en su papel de hombre al mando del país. Max había nacido para eso, había nacido para ser un político ejemplar.

—¿Estamos listos? —preguntó Alfred desde la puerta, mientras Avery me ayudaba a ponerme una pulsera.

—Casi —respondí.

—¡Estás preciosa! —comentó Avery.

—¿No parezco demasiado joven con este vestido? —pregunté, mirando el vestido azul que dejaba mi vientre ligeramente expuesto. Todavía era pequeño, pero ya se notaba que mi niño estaba allí dentro.

Sí, la semana pasada descubrí que era un niño, y Max estaba completamente eufórico con la noticia. Al mismo tiempo, seguía atormentado por nuestra tristeza de hace unos meses, diciéndose a sí mismo que me había rechazado sin saber que yo estaba

embarazada. Aunque fuera mentira, fue un rechazo, y aún no se lo perdonaba.

Avery me apretó suavemente el hombro, intentando devolverme al presente.

—Sería difícil que no parecieras joven. Eres joven, pero eso no significa que seas una niña ingenua —sonrió con orgullo y señaló mi vientre—. Y ese bebé es un recordatorio para el país de que una nueva era está comenzando. Además, tienes una luz que ninguna otra primera dama podría tener.

Me reí, sin saber si intentaba animarme o disimular el hecho de que aún parecía una universitaria perdida en un baile de gala. En cualquier caso, no había tiempo para cambiar nada ni para envejecer. Así que el momento era ahora, necesitaba ser la primera dama de este país.

—El coche ya está listo. Maya, Max te está esperando —murmuró Alfred.

Respiré hondo, ajustándome el vestido una última vez. Avery me apretó la mano antes de guiarme fuera de la habitación. En cuanto salí al pasillo, allí estaba él, Maxwell Monroe, mi marido y

ahora presidente de los Estados Unidos, con su porte impecable y su mirada segura. A su lado, Ruby. La sonrisa de mi amiga era enorme, y me miró con orgullo al verme.

—La primera dama más guapa —murmuró, guiñándome un ojo.

Ruby llevaba un vestido elegante, de color neutro, y aunque sonreía, podía ver que estaba seria. Era impresionante cómo ella y Max compartían esa misma aura de autoridad natural. Todos solían decir que Ruby era como su madre, pero yo veía mucho de Max en mi amiga.

—Y la más joven —constaté, sintiendo cómo me sudaban las manos.

—Eso significa que podrás conectar con el público más joven —Max tomó la iniciativa, como siempre hacía, para apartar de mi mente esos pensamientos inseguros.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y vi cómo esa mirada de posesión se apoderaba de su expresión. Suspiró profundamente, probablemente para contenerse y no lanzarse sobre mí delante de todo el mundo.

—Estás increíble, Maya —dijo Max, extendiéndome la mano. Su tono era cálido, y lleno de segundas intenciones—. ¿Lista para cambiar la historia?

¿Cómo lograba fingir que no me estaba devorando con la mirada, haciendo que mi cuerpo se encendiera? Maldito cabrón encantador.

—Solo si tú lo estás —respondí, tomando su mano con firmeza, dejando claro que entendía perfectamente esa mirada que me lanzaba.

Max sonrió, esa sonrisa que siempre conseguía hacerme olvidar el mundo. Ruby carraspeó suavemente, llamando nuestra atención.

—¿Podéis dejar eso para después? —preguntó con ironía.

Max desvió la mirada hacia su hija.

—¿Dejar qué? Solo estoy admirando a mi mujer.

—¡Ay, papá! Ojalá pudiera creerme esa mentira.

Solté una carcajada y empezamos a caminar, porque no podíamos llegar tarde a la ceremonia de investidura.

—Vamos allá —murmuré.

Pronto estábamos dentro del coche que nos llevaría a la ceremonia. El trayecto transcurrió en silencio, pero mi pie no paraba de golpear el suelo del coche, porque estaba muy nerviosa. Cuanto más nos acercábamos al lugar, más sentía el peso de cada mirada a través de las ventanas, y me aterraba el juicio que podría recibir cuando terminara la ceremonia.

Jamás olvidaría el momento en que toda mi historia y la de Max salió a la luz. Cómo dudaron de que mi hijo fuera realmente suyo, cómo me llamaron interesada y zorra. Al final, aquella etapa, después del discurso de Max de hace unos meses, había cambiado un poco, y ahora las críticas eran mínimas.

Al llegar, la multitud parecía infinita. Gritos de apoyo mezclados con el sonido constante de los flashes nos rodeaban. Max fue el primero en bajar, con esa presencia casi magnética que dominaba el ambiente. Ruby le siguió justo detrás, caminando con la misma gracia y seguridad que parecía innata. Ellos habían nacido para eso.

Yo era una intrusa en ese mundo, pero haría lo mejor posible. No avergonzaría a mi familia.

Respiré hondo cuando llegó mi turno; mis pies dudaron por un segundo, pero la mirada de Max me alcanzó, esa mirada llena de amor que me dio la confianza que necesitaba. En ella vi todo lo que él querría decirme con palabras, pero no podía en ese momento. Estaría conmigo siempre, sin importar las críticas. Por eso, extendí mi mano hacia él, que me esperaba con Ruby a su lado, y al sentir su contacto, reuní el valor que me faltaba.

Mientras caminábamos hacia el escenario preparado especialmente para el discurso de Max, esbocé una sonrisa. Y no fue por la multitud que lo ovacionaba, sino por notar, en ese instante, con Max entre Ruby y yo, que tenía una familia.

Una familia que me amaba, que no me juzgaba, y esa familia pronto crecería, cuando naciera nuestro niño. Esperé tanto tiempo para ser feliz, pero ahora que la felicidad por fin había tocado mi vida, supe que lo haría todo de nuevo, si eso significaba vivir al lado de las personas que me amaban.

Mi padre, después de que fui rescatada, quiso disculparse conmigo. Incluso salió en los medios que no teníamos una buena relación, pero no me importó lo que dijeran. Nadie sabía lo que

había pasado en manos de ese hombre, y por eso mismo le pedí que nunca más me buscara, porque nunca lo perdonaría.

Y esa era la única verdad. No necesitaba a ese hombre en mi vida. Nunca quiso tratarme como a una hija, así que ahora que tenía a quienes me amaban y me completaban, no necesitaba las migajas de atención que él intentaba ofrecerme.

Y para ser sincera, estaba demasiado feliz como para preocuparme por quien no aportaba nada a mi vida.

Nos detuvimos cerca del micrófono. Ruby seguía sonriendo radiantemente, y yo también sonreí a las personas que parecían felices con la investidura de Max.

—Señoras y señores… —empezó Max su discurso.

Su mirada se cruzó con la mía por un instante… no necesitábamos nada más, teníamos nuestro "para siempre".

Quise a ese hombre desde la primera vez que lo vi, y ahora… *ahora lo tenía…*

El presidente del país, el padre de mi mejor amiga, ahora era mi marido y el padre de mi hijo…

Qué suerte la mía. Aunque hayamos pasado por algunos desafíos, al final, el amor que nunca imaginé que sentiría… ganó.

Y yo… yo era la persona más feliz de este mundo.

EPÍLOGO



Maxwell Monroe

Ocho años después

Últimos meses de mandato…

No solo había conseguido el título de mejor presidente del país, sino que también logré la reelección para un segundo mandato. Ahora, ese ciclo estaba llegando a su fin. En dos meses dejaría la Casa Blanca para, por fin, abrazar mi merecida jubilación junto a la mujer de mi vida —hermosa, demasiado perfecta para ser real—, y

también junto a mi hijo, mi pequeño pedazo de felicidad, que esa misma mañana había afirmado, con toda la convicción infantil, que cuando fuera mayor también sería presidente de este país.

Si esa era su voluntad, entonces movería cielo y tierra para que Dylan no solo fuera presidente, sino el mejor político que nuestra nación haya visto jamás. Mi mirada se posó en el portarretratos sobre el escritorio. Sonreí al contemplar la imagen de Maya y Ruby a mi lado, mientras Dylan, mi pequeño heredero, estaba delante de mí, con mis manos descansando sobre sus hombros.

Era mi viva imagen, algo que Maya adoraba señalar. Yo, en cambio, bromeaba diciendo que sería aún más guapo si se hubiera parecido a ella: esos ojos deslumbrantes, esa sonrisa capaz de iluminar cualquier espacio.

Recibí otro mensaje y aparté la vista del portarretratos para leer lo que Alec me había enviado. Hablamos más temprano, y ahora me confirmaba que mi casa estaba lista para recibirme de nuevo. Amaba Amarillo y, en cuanto terminara mi mandato, planeaba volver a aquella ciudad.

Nuestra amistad pasó por un momento delicado después de que le soltara un puñetazo durante el secuestro de Maya. Alec comprendió lo fuera de control que yo estaba, especialmente con la llegada de Emilia a su vida. Aun así, logramos superar aquel episodio y volver a ser grandes amigos.

Suspiré, perdido en esos pensamientos, cuando la puerta del despacho se abrió. Allí estaba ella, la razón de toda mi vida. Maya.

Su cabello, ahora algo más largo, caía más allá de los hombros, resaltando aún más su belleza arrolladora. No necesitaba nada para ser hermosa, pero parecía superarse cada día.

—Llevas horas metido en este despacho, señor presidente.

Aparté la silla del escritorio mientras Maya rodeaba la mesa y se sentaba en mi regazo.

—Estoy resolviendo unos últimos detalles, para poder ir a ver ese drama coreano que tanto quieres que veamos.

Maya puso una carita dulce.

—Este te va a encantar. —Se acomodó en mi regazo, llena de entusiasmo.

Odiaba esas películas y series que ella me obligaba a ver. Pero si eso significaba poder observar sus ojos brillar de esa forma, haría cualquier cosa que quisiera.

—Voy a amarte a ti. A los coreanos, los dejo de lado.

Maya soltó una risita y volvió a moverse sobre mi regazo. Sonreí de lado, porque sabía perfectamente lo que estaba intentando. Apoyé mi mano sobre su muslo, expuesto por el pijama, y le apreté la piel. Y mi esposa, la muy descarada, dejó escapar un gemido bajito.

—¿Dylan ya se durmió? —pregunté en voz baja, llevando mi boca a su oído y deslizando la punta de mi lengua por su lóbulo.

—Sí… —respondió, mordiéndose el labio inferior.

—Qué bien, porque ya sé lo que necesita mi huracán. —Deslicé los dedos bajo el pantalón de su pijama.

—¿Qué necesito, señor presidente? —Maya ronroneó, mientras mis dedos apartaban su braguita a un lado.

—A mí…

—Sí, Max… te necesito, para siempre.

Cuando mi boca se fundió con la de esa mujer, me olvidé de todos los compromisos que aún tenía por resolver. Porque Maya Sanders Monroe tenía ese poder sobre mí…

Me hechizó…

Me volvió loco…

Convirtió mi vida en un auténtico caos…

Y se convirtió en mi huracán favorito.

Amaba a esa mujer, me hacía feliz, era mi mundo… la jodida dueña de mi corazón.

Hubo un tiempo en el que pensé en sacarla de mi vida, solo para darme cuenta de que era perfecta para mí.

Perfecta y completamente mía.

Fin

ESCENA EXTRA



Ruby Monroe

Esta escena transcurre durante el primer mandato de Max…

Caminaba con prisa por los pasillos del Tribunal Supremo de EE. UU. (SCOTUS) —la Corte Suprema de los Estados Unidos. Llevaba ya algunos meses trabajando allí, pero me parecía un verdadero infierno.

Había preparado ese documento con el más mínimo detalle para ese… imbécil, idiota, grosero, bruto… guapo… y jodidamente sexy. Sacudí la cabeza. Otra vez estaba perdiéndome en mis pensamientos. Tenía que odiar a Nathaniel Wolfe, el malnacido de mi jefe que se había empeñado en convertir mi vida en una auténtica pesadilla.

Estaba a punto de terminar la carrera de Derecho, así que para mí, trabajar en el Tribunal Supremo de EE. UU. (SCOTUS), que solo aceptaba a los abogados más selectos, era una gran victoria. Hasta que empecé a convivir con Wolfe…

Ese desgraciado que no salía de mi cabeza, pero que necesitaba con todas mis fuerzas arrancar de ella. Estaba harta de los sueños que venía teniendo… Harta de despertar sudada y… excitada.

Me detuve frente a la puerta de su despacho y di dos golpes para anunciarme. En cuanto me autorizó a entrar, abrí la puerta y pasé a ese lugar totalmente profesional… frío y calculador, como ese idiota.

—Ya era hora —murmuró en cuanto notó mi presencia.

Entré en la sala y cerré la puerta de un portazo. Estaba agotada… había sido una semana de mierda y lo único que quería ese viernes era descansar. Pero, por lo visto, no iba a irme a casa tan pronto.

—He terminado, otra vez, de revisar el documento, señor —murmuré entre dientes.

Nathaniel apartó la vista de la pantalla del portátil y me miró fijamente.

—Parece usted nerviosa, señorita Monroe.

—No estoy nerviosa —respondí, con la mandíbula apretada, porque ya había pasado de ese punto, estaba hecha una furia.

—No se vaya todavía. Si encuentro un error, tendrá que rehacerlo todo, ¿de acuerdo? —El cabrón, con el pelo peinado hacia atrás, la barba de dos días y esas canas que se mezclaban con descaro, me miraba con aire burlón.

Y fue en ese momento que estallé…

—No voy a hacer una mierda. He dado lo mejor de mí en ese documento. No tiene ni un solo error desde la primera vez que se lo

entregué. ¿Quién se cree que es para humillarme así?

Wolfe empujó la silla con tal fuerza que chocó contra la pared. Rodeó el escritorio, y yo retrocedí un par de pasos, algo tensa por su cercanía.

En cuanto se plantó frente a mí, Nathaniel cruzó todas las líneas que no debía. Me agarró del cuello con su mano grande, sus dedos gruesos apretaron mi piel, dejándome levemente sin aliento…

¿Y por qué carajos me había gustado eso?

—¿Y tú crees que por ser la hijita del presidente puedes hablarme como te dé la gana? —gruñó, justo cuando se inclinó para quedar a mi altura y clavar sus ojos en los míos.

Pero yo ya estaba tan llena de rabia que ni me medí al hablar.

—No creo una puta mierda. Mi padre me enseñó a ser una persona íntegra, que no usa su nombre para conseguir favores. Ni siquiera sé por qué coño lo estás metiendo en esta conversación.

—Ah, yo sí sé por qué —Los ojos del juez ardían al mirarme.

—¿Y cuál sería? —pregunté, notando que apretaba aún más los dedos contra mi cuello.

—Para recordarme que estás prohibida.

Mi corazón retumbó en el pecho mientras tragaba con dificultad, por la presión de su mano.

—¿Qué?

Pero esa sonrisa salvaje que apareció en su boca me desarmó por completo.

—Pues que se joda lo prohibido.

Y fue entonces, para mi total desesperación… *o no*, que Nathaniel estampó su boca contra la mía.

PRÓXIMAMENTE EN AMAZON